



Fredric Brown

**VAGABUNDO
DEL ESPACIO**

Lectulandia

Le podríamos llamar Crag, puesto que era el que usaba, y le vendrá muy bien como nombre. Era un ladrón y un criminal asesino. Una vez fue un hombre del espacio, de cuyo recuerdo le quedó una mano de metal. Eso y el gusto por los licores exóticos, además de una horrible aversión por cualquier clase de trabajo, podría resumir fácilmente el retrato somero de nuestro personaje. Crag, en efecto, es un pícaro, un simpático pillo dedicado a burlar la policía del Espacio, que lo persigue implacablemente para someterlo al terrible cambio de personalidad, que haría de él un hombre honrado. Pero Crag siempre consigue escapar... hasta el final.

Lectulandia

Fredric Brown

Vagabundo del espacio

ePub r1.0

Titivillus 30.04.16

Título original: *Rogue in Space*
Fredric Brown, 1957
Traducción: Francisco Cazorla Olmo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

No se le podía llamar por ningún nombre, porque no tenía nombre. Ni siquiera conocía el significado de nombre, o de cualquier otra palabra. No tenía lenguaje, puesto que jamás había estado en contacto con cualquier otro ser viviente en los miles de millones de años-luz de espacio que había atravesado desde las lejanas profundidades de la Galaxia, y en el incontable espacio de tiempo que duraba su viaje cósmico. Todo cuanto sabía o había sabido siempre, era que constituía el único ser viviente en el Universo.

No había nacido, puesto que no había otro igual a él. Era un trozo de roca poco mayor de una milla de diámetro, flotando libre en el espacio. Existen miríadas de tales pequeños mundos; pero todos son materia muerta, inanimada. Pero él tenía conciencia, era una entidad. Una combinación accidental de átomos en moléculas habían hecho de él un ser viviente. Para nuestro conocimiento presente, tal accidente ha ocurrido solamente dos veces en el infinito y en la eternidad; el otro ocurrió en la materia primigenia de la Tierra, cuando los átomos de carbono formaron la vida sensible que se multiplicó y evolucionó después.

Las esporas de la Tierra, se trasladaron a través del espacio y sembraron la vida en dos planetas próximos, Marte y Venus y cuando un millón de años más tarde el hombre puso los pies en esos planetas, encontró en ellos una vida vegetal; pero tal vida vegetal, aunque había evolucionado de forma completamente diferente de la de la Tierra, tal y como el hombre la conocía, se había originado, no obstante, en el planeta madre. En ninguna parte, excepto en la Tierra se había originado la Vida para evolucionar y multiplicarse.

La entidad procedente de las lejanías cósmicas de la Galaxia no se multiplicó. Permaneció como una entidad solitaria y única. Ni evolucionó, excepto en el sentido de que su conocimiento y su conciencia comprensiva evolucionaron aumentando tales facultades. Sin órganos sensoriales, aprendió a comprender sus principios y su mecánica y cómo hacer uso de ellos para moverse en el espacio libremente y a hacer muchas otras cosas.

Podría llamársele una roca pensante, un planetoide sensitivo... O igualmente un tráfuga, en el sentido biológico de la palabra; y que en realidad era una variación artificial de la materia.

Podría ser llamado, en fin, un vagabundo del Espacio.

Deambulaba por el espacio sin fronteras; pero no buscando otra clase de vida, otra conciencia, ya que desde siempre había asumido la certeza de que ninguna otra existía.

Y no se creía solo, ya que carecía del concepto de la soledad...

También ignoraba los conceptos del bien y del mal, ya que un ser solitario no puede conocer ni lo uno ni lo otro; la Moral, surge de una actitud hacia los demás. Carecía también del concepto de emoción, poseyendo solamente un constante deseo

de incrementar su conciencia y su conocimiento, y que podría denominarse curiosidad. En tal caso, sí que podía atribuírsele un estado emotivo.

Y súbitamente, tras centenares de millones de años, aunque jamás joven ni viejo, se encontró aproximándose a un pequeño Sol amarillo con nueve planetas girando a su alrededor en órbitas elípticas.

Tal y como existen muchísimos otros en el Universo sin límites.

II

Le podríamos llamar Crag, puesto que era el nombre que usaba y le vendrá muy bien como nombre. Era un ladrón y un criminal asesino. Una vez, fue un hombre del espacio, de cuyo recuerdo le quedó una mano de metal. Eso y el gusto por los licores exóticos, además de una horrible aversión por cualquier clase de trabajo, podría resumir fácilmente el retrato somero de nuestro personaje.

El trabajo habría sido una cosa fútil para él en cualquier caso; habría trabajado quizás una semana en cualquier faena criminal sólo para pagarse una francachela o cualquier licor que de por sí hiciera la vida digna de vivirse. Sabía distinguir perfectamente el bien del mal; pero no le preocupaba ninguno de ambos conceptos, ni en el valor de un grano de arena de los desiertos de Marte. Tampoco se sentía solitario; porque se había hecho a sí mismo autosuficiente como para aborrecer al resto del género humano.

Especialmente ahora, que le tenían bien sujeto. De todos los lugares, allí en Alburquerque, el centro de la Federación, era seguramente el más difícil de cuantos existían para dar cualquier golpe, en los cinco planetas conocidos. Alburquerque, donde la justicia era más deshonesto que el crimen, era un lugar donde un criminal no tendría la menor oportunidad de realizar cualquier trabajo, a menos que no formase parte de la máquina. Los que realizaban trabajos, por su cuenta, independientemente, eran indeseables y duraban poco tiempo. Nunca debió haber ido allí; pero había sido tentado para hacerlo como cosa segura y había aceptado aquella oportunidad. Después supo que el elemento que le indujo a venir a Alburquerque formaba parte de la maquinaria en acción y que el señuelo que le tendieron fue para atarle y encadenarle a la ciudad. No había tenido tiempo aún de entrar en posesión del trabajo que le habían ofrecido —si es que tal trabajo existía— y era posible que sólo existiese en la imaginación del agente secreto que le tendió el lazo. Le fueron a recoger al aeropuerto. Le encontraron en el bolsillo casi una onza de neftín, escondida en el doble fondo de un paquete de cigarrillos. Los cigarrillos fueron entregados por un vendedor comunicativo y hablador que había tomado asiento junto a él en el avión, como una muestra gratuita de una nueva marca que su Compañía estaba introduciendo en el mercado. El neftín era un mal asunto, la posesión de la droga, incluso habiendo sido adquirida, constituía una gravísima ofensa a la ley. Había sido una jugarreta y ahora le tenían bien cogido de pies y manos.

Sólo quedaba pendiente un detalle; el de si iría a cumplir una condena de veinte años a la colonia penal de Calisto, o le enviaban al psicógrafo.

Permanecía sentado en el catre de su celda, tratando de imaginar qué le ocurriría. Existía entre ambas cosas una gran diferencia. La vida en el penal, a fin de cuentas, era mejor que estar muerto, y siempre existía la posibilidad de evadirse. Pero la idea de ser llevado al psicógrafo, le resultaba espantosa e intolerable. Decidió que se suicidaría antes de que le condujesen al endemoniado aparato, o trataría por todos los

medios de escapar para que le matasen en el intento.

En fin de cuentas, la muerte era algo con lo que un hombre de valor puede encararse y soltarle una carcajada en sus mismas fauces. Pero frente al psicógrafo, no. No, en la forma en que Crag lo consideraba. La silla eléctrica de unos cuantos siglos atrás, se limitaba sencillamente a matar a un hombre instantáneamente; pero el psicógrafo era algo mucho más horrible. El aparato, *ajustaba* a su víctima, a menos que no se volviera loca. Estadísticamente, una vez de cada diez, producía la locura total y por tal razón se usaba sólo en raras ocasiones, ya que los crímenes castigados con la pena de muerte habían quedado atrás en los días en que existía la pena capital. Pero incluso para los delitos que incluían la posesión del neftín no era obligatorio; el juez escogía entre el psicógrafo o la otra alternativa de sentenciar al acusado a veinte años en la colonia penal de Calisto. Crag tembló ante la idea de ser enviado al psicógrafo, puesto que, habiendo sido perfeccionado y aún contando con la posibilidad de eliminar la locura, tal pena podría ser aplicada a los delitos de menor cuantía como el que había cometido.

Cuando el psicógrafo funcionaba bien, convertía en normal al condenado. Le devolvía a su estado normal, al remover de su mente descubriéndolos, todos los recuerdos y experiencias que pudieran haberle conducido a la aberración y al delito. *Todos* los recuerdos y experiencias, tanto los buenos como los malos.

Tras pasar por el psicógrafo, el condenado comenzaba una vida nueva a partir de la nada, prácticamente, en cuanto concernía a su personalidad. El sujeto recordaba sus facultades y habilidades, sabía cómo expresarse y alimentarse o cómo ejecutar cualquier trabajo o habilidad personal.

Pero no recordaba su nombre, ni aún repitiéndoselo mil veces. A Crag no le hubiese sido posible recordar ni la época en que estuvo en Venus torturado durante tres días y dos noches, antes de que el resto de la tripulación le recogiese del poder de los vegetales animados, a quienes disgustaba la carne y especialmente la del cuerpo humano. Ni recordaría la época en que fue hombre del espacio, o la ocasión en que permaneció nueve días sin agua. No le hubiera sido posible recordar nada de cuanto le hubiese podido suceder en su vida anterior.

Se recomenzaba a vivir a partir de una piltrafa, como una persona diferente.

Y así, Crag, que podía enfrentarse con la muerte como tantas veces lo había hecho, no podía concebir el horror de andar vagabundeando, animado sólo por el espectro que aquella máquina infernal hubiera dejado de su persona, manejada por un extraño, a quien sin conocer, ya odiaba con todas sus fuerzas; con el cuerpo que le hubiera dejado aquel extraño y pensando en cosas en las que él, Crag, jamás hubiera podido pensar.

Sabía que podría hacerlo; pero no era cosa fácil; el arma que llevaba en su propio cuerpo estaba muy bien adaptada para matar a los demás, más bien que para suicidarse. Era preciso tener un valor extraordinario para matarse a sí mismo con una porra.

Incluso siendo tan eficiente como la mano izquierda de metal que Crag portaba en su organismo. Mirándose a tal mano, recordaba que nadie podía jamás imaginar que pesara doce libras en lugar de varias orzas. Puesto que el metal de que estaba compuesta, tenía la misma coloración que la carne viviente, era preciso mirarla muy de cerca para darse cuenta de que se trataba de una mano artificial. Si cualquiera lo advertía, ya que la fabricación de miembros artificiales hechos de duraloy, se conocía desde más de un siglo, cualquiera podría suponer que la mano de Crag también estuviera fabricada de aquel metal. El duraloy era solamente una fracción del peso del magnesio y no mucho más pesado que una madera corriente.

Pero la mano de Crag, *era* de duraloy en el exterior; pero estaba reforzada con plomo y acero interiormente. Era una mano con la que no se podía enfrentar cualquiera para recibir una bofetada, ni de la forma más suave posible. Pero una larga práctica había dotado a Crag de la facultad de emplearla como si en realidad pesara las tres o cuatro onzas que cualquiera pudiese esperar como peso real de un miembro semejante.

Tampoco podía esperarse que su mano pudiera ser desarticulada, ya que todas las manos artificiales como la suya, al igual que los pies y piernas estaban quirúrgicamente bien adaptadas permanentemente al cuerpo de sus portadores. Era la causa por la que a nadie se le ocurrió quitársela al entrar en la cárcel. Un cirujano que vivía como renegado de la sociedad en Río, se la había arreglado así en parte, ya que el miembro había sido fabricado por el mismo Crag, habiéndosela unido con todos sus tendones y músculos y nervios hasta formar parte integrante de su propio organismo. Las reacciones voluntarias funcionaban a la perfección y así, la mano de Crag, era la más temible de las armas. Un puñetazo bastaba para destruir a cualquier enemigo a su alcance.

Y era la única arma que Crag llevaba consigo.

Desde la rejilla del techo de la celda una voz le advirtió:

—Su juicio se ha anunciado para las catorce horas. O sea, de aquí a diez minutos. Esté dispuesto. Crag miró hacia la rejilla y contestó con una atrocidad. Pero como la mirilla enrejada tenía comunicación en un solo sentido, nadie la oyó.

Crag se aproximó hacia la ventana y permaneció en pie mirando hacia la enorme extensión de la ciudad de Albuquerque, la tercera gran ciudad del sistema solar y la segunda en importancia de la Tierra. Corriendo diagonalmente a lo largo del sudoeste, pudo apreciar la brillante pista del gigantesco espaciopuerto durante varias millas de distancia.

La ventana no estaba enrejada, sino simplemente encristalada con una durísima sustancia plástica. Podría seguramente destruirla en parte con la mano izquierda; pero hubiera necesitado estar dotado de un par de alas para poder escapar por allí. Su celda se hallaba en el piso superior de un enorme edificio judicial de la Federación, de treinta plantas de altura.

La pared era una superficie totalmente plana al exterior, en toda su extensión

hasta el piso de la calle, sin nada donde poder asirse. Sólo cabría el suicidarse desde allí; pero el suicidio podía esperar, mientras existiese la menor oportunidad de poder ir a la colonia penal, en vez de al psicógrafo.

Crag odiaba aquella ciudad corrompida, peor en su forma que Marte City, la ciudad del vicio del sistema solar. Albuquerque no era un lupanar precisamente; pero constituía el centro de las intrigas entre los Gremios y la alta clase dirigente. La política se revolcaba literalmente sobre un campo de estiércol, y todo el mundo, excepto los jefes importantes, caían en medio, sin importar a qué partido ayudaban incluso tratando de ser neutrales en política.

La voz procedente del techo anunció nuevamente:

—Ahora tiene la puerta abierta. Continúe corredor adelante, donde se encontrará al final a los guardias que le escoltarán hasta el tribunal.

A través del panel plástico de la ventana, Crag captó la lejana visión, como un destello plateado, de una espacionave que se aproximaba a la ciudad, pudiendo oír ligeramente en la distancia el potente zumbido de sus reactores. Aguardó unos segundos hasta que estuvo fuera de su vista.

No podía continuar esperando por más tiempo tampoco, ya que sabía de cierta forma, que aquella orden era como una prueba. Podía haber esperado en la celda y forzar a los guardias a venir a buscarle; pero si lo hacía así, y particularmente si resistía cuando llegasen, tal postura de resistencia sería debidamente cargada en su contra y sería tomada en consideración cuando se pronunciase la sentencia. Aquello tal vez pudiera significar la diferencia entre Calisto y el psicógrafo.

Abrió la puerta de la celda, ya sin el cerrojo y salió al corredor que recorrió a todo lo largo; era por otra parte la única dirección posible a seguir. A un centenar de yardas le esperaban dos guardias uniformados de verde. Iban armados con pistolas de rayos caloríferos y aguardaban a pie firme su llegada.

Ni ellos hablaron a Crag, ni éste a los guardias. Se apartaron y le colocaron entre ambos. La próxima puerta se abrió automáticamente conforme se aproximaron. Crag sabía perfectamente que le hubiera resultado fácil matar a la pareja de guardias, literalmente de primera mano. Un súbito manotazo con la mano izquierda dirigido a la frente del guardia de su izquierda y otro rápido al de la derecha, y ambos habrían muerto sin la menor oportunidad de utilizar sus armas y sin saber jamás lo que les habría ocurrido. Pero atravesar las demás barreras de guardias, era otro asunto mucho más peliagudo. Era una posibilidad demasiado remota para considerarla entonces, antes de haber oído la sentencia. Así, pues, continuó caminando en calma entre sus dos guardianes y descendiendo la rampa que bajaba al piso inferior y atravesando diversos corredores, en dirección a la sala en que se había formado el tribunal que le juzgaría.

La sala era regularmente grande, aunque en ella sólo había una docena de personas presentes, incluyendo a Crag y a los guardias que le custodiaban. Los procedimientos judiciales se habían simplificado considerablemente bajo los usos de

la Federación, aunque, al menos en teoría, eran imparciales y justos como siempre.

El juez, que vestía un traje de calle propio de un hombre de negocios, tomaba asiento en una mesa, dando la espalda a una de las paredes de la estancia. Los dos hombres de leyes, uno para la acusación y otro para la defensa, ocupaban sendos pupitres, uno a cada lado de la mesa del juez. Los cinco miembros del jurado, ocupaban confortables asientos a lo largo de otra pared. Contra una tercera, el técnico de sonido tenía dispuestos sus aparatos de registro. La mesa del defensor estaba situada diagonalmente de forma que diese frente al juez y a los miembros del jurado. No había público ni periodistas, aunque el juicio no fuese secreto; la totalidad del proceso sería registrado en bandas magnetofónicas y tras el juicio, las copias precisas estarían dispuestas para los representantes autorizados de los medios informativos.

Nada de aquello era nuevo para Crag, ya que había sido juzgado una vez con anterioridad y en donde resultó libre porque los cinco miembros del jurado, número necesario tanto para la convicción como para la absolución de los cargos, decidieron que la evidencia era insuficiente.

Pero una cosa sorprendió notablemente a Crag. El juez era Olliver. Lo sorprendente de aquello no residía en el hecho de que Olliver hubiese sido el juez que presidió el proceso anterior contra Crag, seis años antes, aquello pudo muy bien haber sido una coincidencia, o bien pudo ser también que Olliver hubiese aplicado, como privilegio de juez, el haber ocupado la presidencia del proceso, a causa de un previo interés por Crag. Lo realmente sorprendente era que Olliver estuviese sentado allí como juez, en un caso cualquiera de delito común. En los seis años transcurridos desde el primer juicio contra Crag, Olliver se había convertido en un hombre realmente importante.

El juez Olliver, aunque menos fanáticamente conservador que la mayor parte de los miembros del Partido Sindical —popularmente conocido por el «Dorado»— había subido muy alto en tal partido y había sido incluso su candidato para el puesto de Coordinador de Norteamérica, el segundo puesto de máxima importancia en la política del sistema solar en la elección de hacía seis meses. Es cierto que perdió la elección, pero había recogido más votos que cualquier otro gran Sindicato en el país desde hacía casi un siglo. Seguramente había debido ganar una posición relevante en el partido, como para presidir juicios criminales de pura rutina a su elección.

En opinión de Crag y aunque le odiaba como hombre, sentía una admiración secreta por Olliver. Aunque Crag era un cínico políticamente considerado, pensó que Olliver estaba más cerca de ser un hombre de Estado que cualquier otro político del momento. Creyó que el partido Sindical trataba ahora de elevar a Olliver a un puesto de prominencia, proponiéndole para la máxima magistratura del sistema: el Coordinador General del sistema solar en las próximas elecciones. En Norteamérica, como en Marte, el Partido Dorado tenía una gran mayoría; pero a través del sistema solar, considerado como un todo, los dos partidos se hallaban casi igualmente equilibrados en su poder político y el puesto de Coordinador del Sistema junto con la

mayoría de los puestos del Consejo del Sistema eran cosa que podían ser adquiridos en cualquier elección. Seguramente que Olliver, al mostrarse en una elección donde las posibilidades habían sido fuertes contra él, había ganado no obstante, una oportunidad para optar al puesto máximo, en el que casi estaría seguro de conquistar a la próxima ocasión.

Por lo que concernía a odiar a Olliver personalmente, la respuesta yacía en la forma de expresarse que éste tuvo con él, tras el primer juicio en la conversación privada entre el juez y el acusado y que era de costumbre sostener al final de un proceso, tanto si el acusado era hallado culpable o inocente. Olliver había llamado a Crag por nombres que éste no había podido olvidar.

Y ahora Crag se encontraba otra vez frente a Olliver, sabiendo que esta vez el jurado le hallaría seguramente culpable y que la designación de la sentencia recaería simplemente sobre Olliver.

El juicio siguió su pauta con la precisión de un reloj.

Terminadas las formalidades de rigor, las deposiciones de los testigos repetidas por los aparatos de registro, fueron hechas oír al tribunal mediante las bandas sonoras correspondientes. La primera correspondía al capitán de la policía que estaba de guardia en la oficina policial del aeropuerto. Testificó que justo poco antes de la llegada del avión, había recibido una llamada telefónica de larga distancia de Chicago. La persona que llamaba, una mujer, había rehusado dar su nombre, pero le dijo claramente, que un hombre llamado Crag, a quien describió prolijamente, era uno de los pasajeros del aparato y que era portador de neftín. Describió la detención y el cacheo a que sometió a Crag y cómo encontró la droga. Después, en la banda sonora, se oyó el cuestionario llevado a cabo con Crag por su abogado. Sí, se había intentado localizar la llamada de Chicago. Supieron que procedía de una cabina pública, pero no fue posible hallar ninguna pista que condujese a la identidad del informante anónimo. Sí, la búsqueda había sido perfectamente legal. Para tales servicios de urgencia, la policía del aeropuerto contaba con órdenes de detención y cacheo. Solían emplearse allá donde a su juicio fuese conveniente. En caso de aviso, anónimo u expreso, cualquier pasajero era siempre detenido y cacheado. No se le producía ninguna molestia si el pasajero se encontraba inocente de contrabando.

Otros tres miembros del destacamento de la policía del aeropuerto, declararon relatos similares, todos estuvieron presentes en la detención y testificaron que el neftín se había hallado en posesión de Crag. El abogado de Crag no les había hecho preguntas.

Después le tocó el turno a la declaración de Crag. Se le permitió hacerlo en sus propias palabras y describió cómo al subir al avión encontró el asiento libre junto a aquel otro pasajero, un tipo alto, elegante y bien vestido. No hubo conversación alguna entre ellos, hasta que el avión estuvo próximo a Albuquerque, en que el individuo en cuestión se presentó a sí mismo como un tal Zacarías y afirmó ser un vendedor de cigarrillos, que viajaba introduciendo una nueva marca para su

Compañía. Estuvieron hablando sobre aquella nueva marca comercial y tal individuo insistió para que Crag aceptase un paquete como muestra gratuita de propaganda. Aquel individuo, abandonó el avión a toda prisa, tras la llegada a destino y estaba totalmente fuera de su vista cuando la policía detuvo a Crag y le llevó a la oficina del aeropuerto para cachearle.

A renglón seguido, en el magnetófono apareció el cuestionario llevado contra Crag por el fiscal. El fiscal falló en haber podido cambiar cualquier detalle del relato del acusado; pero éste se vio forzado a empeorar la situación de su caso, al rehusar contestar a cualquier pregunta sobre sí mismo, aparte del breve episodio que había narrado.

Después, como refutación del relato hecho por Crag, el fiscal presentó el registro de uno de los testigos, un tal Krable, quien testificó, tras una somera descripción de Crag, que en efecto, había estado sentado junto a éste, en el vuelo en cuestión, que no se había presentado bajo el nombre de Zacarías ni de ningún otro, que no había existido la menor conversación entre ellos y que desde luego, no había entregado nada a Crag. Preguntado por el abogado de la defensa, sólo se limitó a reforzar su declaración recalcando que era un respetable hombre de negocios, propietario de una camisería, que carecía de antecedentes penales y que su vida era como un libro abierto.

Posteriormente se procedió a comprobar la presencia de Krable confrontándolo con Crag. Éste estuvo de acuerdo que Krable era el hombre que había ocupado un asiento vecino en el avión que le trajo a Alburquerque volviendo a remachar que aquel Krable se había presentado a sí mismo por el nombre de Zacarías y que le había entregado el paquete de cigarrillos.

Y aquellos fueron todos los testimonios. Mientras Olliver procedió brevemente a hacer a los miembros del jurado los cargos convenientes sobre la responsabilidad y la conciencia de su veredicto, Crag se sonreía para sí, viendo la simplicidad y la perfección de la farsa que se había montado.

De aquella forma, pocas personas en realidad habían sido precisas. No más de cuatro. El soplón que le había enviado a Alburquerque. Una persona encargada de arreglar las cosas para que ocupase el asiento en el avión que debía ocupar. Una mujer que hiciese una llamada anónima. Y por fin, Krable, que sin duda sería tan respetable como afirmaba ser, y que debió ser escogido precisamente por esa misma razón; por tanto el relato de Crag debía sonar a invención desesperada, como había sonado, según la opinión del propio acusado en comparación con el relato dado por Krable. Para ser aceptada su defensa, tendría que haber explicado satisfactoriamente dónde y cómo había obtenido el neftín, pero la única forma de hacerlo, era en la que ya había explicado.

Los cinco miembros del jurado, desfilaron uno tras otro hacia la pequeña sala de deliberaciones, junto al tribunal. Estuvieron de vuelta a los pocos minutos y el representante informó del veredicto unánime: culpable.

El juez Olliver, ordenó que la sala fuese despejada en el acto, cortándose automáticamente el zumbido de los aparatos de registro. El proceso, en sí, había terminado. La sentencia era siempre pronunciada tras la conversación privada acostumbrada entre el juez y el detenido. El juez podía anunciar su veredicto inmediatamente, o tomar veinticuatro horas para tomar una decisión formal.

El juicio, para Crag, había constituido una farsa completa. Así era, y poco a poco fue encontrándose a sí mismo, tenso y a punto de explotar. La sala del tribunal había quedado vacía, excepto por la presencia de los dos guardias, el juez y Crag mismo.

—El detenido puede aproximarse.

Crag se aproximó y permaneció en pie rígido ante la mesa del juez, con el rostro impasible.

—Guardias, pueden abandonar la sala, por favor, permanezcan en el exterior de la puerta.

Aquello constituía una sorpresa. Ciertamente que un juez tiene la opción de enviar a los guardias al exterior del tribunal o dejarles allí presentes; pero siempre solían permanecer atentos especialmente cuando se trataba de la presencia de un individuo peligroso. En el anterior proceso de Crag, a despecho de que el veredicto había sido la libertad incondicional, Olliver había hecho que los guardias permanecieran en la sala.

Sin duda, que entonces Olliver debió ver impreso en el rostro de Crag una furia salvaje, o haberla sentido al menos y haberla temido provocar su violencia por las cosas que tenía la intención de decirle. Aquello, resultaba incomprensible, ya que bajo circunstancias mucho más peligrosas para él mismo, despedía a la guardia del tribunal.

Crag se encogió de hombros ante la incógnita. Bien, importa poco, y si Olliver declaraba entonces y allí mismo su veredicto y éste era el psicógrafo, empezaría sobre la marcha matando a Olliver. Después, a los dos guardias de la puerta y más tarde se lanzaría en busca de la libertad por el tiempo que pudiera sobrevivir al tiroteo que caería sobre él a renglón seguido matándole sin piedad alguna.

Sintió cómo se cerraba la puerta tras los guardias y permaneció aguardando en pie, con los ojos fijos en un punto de la pared por encima y junto a la cabeza de Olliver. Le conocía muy bien sin tener que mirarle. Un tipo voluminoso, amplio de hombros, con una poblada cabellera gris acero y una faz encarnada, que sabía aparecer austera y dura como lo había sido durante el juicio, o agradable y risueña durante sus discursos de la campaña electoral en la televisión.

Crag no sentía la menor duda de sobre cuál sería la expresión de la cara de Olliver en aquel momento.

—Míreme, Crag —dijo Olliver. El interpelado le miró y comprobó una sonrisa sobre los labios del juez.

Con una exquisita suavidad, Olliver prosiguió:

—Oiga, Crag, ¿qué tal le parecería la libertad y un millón de dólares encima?

El asombro de Crag debió reflejarse en su semblante.

—No me mire así, Crag. No estoy bromeando. Vamos, acerque una silla, una de esas tan confortables que utiliza el jurado y deje esa en que ha estado sentado, tome un cigarrillo y charlemos.

Crag obedeció las instrucciones del juez. Acepó el cigarrillo con verdadero placer, ya que no le habían permitido fumar en la celda.

—Hable usted. Le escucho.

—Es muy simple —dijo Olliver—. Tengo un trabajo que deseo que usted me haga. Creo que usted es uno de los pocos hombres vivos que tendrían capacidad para llevarlo a cabo. Si está de acuerdo en aceptarlo, ya puede contar con la libertad. Si tiene éxito en la empresa, el millón de dólares. Y tal vez mayor cantidad si continúa trabajando para mí después de eso.

»—Yo no soy un bandido, Crag. Todo lo contrario. Es una oportunidad para ayudar a la Humanidad; es una ayuda que me permita elevarla de la decadencia en que está sumida.

—Ahórrese los discursos, juez. Estoy de acuerdo con la libertad y el millón, si se pone de acuerdo razonablemente. Pero, una pregunta primero. Todo esto que ha ocurrido ha sido tramado para que tuviera que verme obligado a trabajar para usted, ¿verdad?

Olliver sacudió la cabeza.

—No. Pero admitiré, que cuando vi por los procesos que usted iba a ser juzgado, obtuve deliberadamente permiso para presidir el juicio. ¿Puede llamarse a esto una conspiración tramada?

Crag aprobó silenciosamente.

—Lo sospechaba. La evidencia contra usted era demasiado fuerte y su declaración demasiado débil. ¿Tiene idea de quién *pudo* instrumentar esto?

Crag se encogió de hombros.

—Tengo enemigos. Los descubriré.

—No —repuso Olliver rápidamente—. Si acepta mi proposición, tiene que jurarme dejar de lado cualquier venganza particular, hasta terminar la misión que le encargue. ¿Convenido?

Crag pareció luchar consigo y finalmente, aprobó con un gesto.

—De acuerdo. ¿Cuál es la misión?

—Éste no es lugar ni el momento para explicárselo. Puesto que está de acuerdo en llevarlo a cabo y ya que ello necesita una amplia explicación será mejor que se quede aplazado hasta que sea un hombre totalmente libre.

—¿Pero si decido que es demasiado arriesgado y me niego?

—No creo que lo haga usted. Es un trabajo difícil, pero estoy seguro de que no se volverá atrás por un millón de dólares. Y le repito que habrá más dinero aún. Me corro el riesgo de que no se arrepienta. Pero hablemos ahora y cuanto antes de la forma de que quede en libertad, escapándose.

—¿Escapar? ¿Es que no puede...? —Crag se detuvo, dándose cuenta de que la pregunta que comenzó a hacer era absurda.

—Escaparse, desde luego. Está usted juzgado como culpable de un crimen mayor y con una fuerte evidencia en su contra. Si tuviera que dejarle oficialmente en libertad o aplicarle una sentencia más benigna, sería irremediablemente denunciado. Yo también tengo enemigos, Crag, todos los políticos los tienen.

—Está bien, pues. ¿De qué forma puede ayudarme a escapar?

—Ya se han hecho los necesarios arreglos, cuando estén completados se le dirá lo que tiene que hacer.

—¿Decírmelo, cómo?

—Por el comunicador de su celda. Un... bien, una persona amiga mía tiene acceso a los circuitos. Hablando lealmente, debo confesarle que no es posible arreglar un escape a toda garantía para usted. Haremos de nuestra parte el máximo y usted pondrá la suya, en el momento conveniente.

Crag hizo una extraña mueca.

—Y si no soy realmente capaz de hacerlo desde aquí, tampoco sería bueno para hacerlo en el exterior. Así usted no tiene nada que perder si me matan al escapar. Está bien. ¿Qué sentencia tenía que pronunciar en mi contra mientras tanto?

—Será mejor si la anuncio dentro de veinticuatro horas, plazo que tomaré para decidir. Si lo hago ahora, bien sea para Calisto o para el psicógrafo, se harían los preparativos para enviarle a usted inmediatamente, bien fuese a un sitio o al otro. No sé con exactitud con qué rapidez se hacen tales preparativos, por tanto, es mucho más seguro pronunciar la sentencia con esa demora.

—Está bien. ¿Y después de escapar?

—Venga a mi casa. El número 719 de la avenida Linden. No llame. Mi teléfono está intervenido, sin duda alguna.

—¿Está guardada la casa? —Crag sabía que las casas de los personajes importantes de la política, solían estar guardadas convenientemente.

—Sí, y no voy a decirle a los guardias que le dejen pasar, ya comprenderá. Son miembros de mi mismo partido; pero no voy a confiarme hasta ese extremo. Su problema es burlar su vigilancia. Si no puede hacerlo, sin ayuda o consejo de parte mía, entonces usted no es el hombre que necesito, o que yo creo que es. Pero no tire a matar sino en caso extremado. No me gusta la violencia. —Olliver frunció el ceño—. No me gusta, incluso cuando es necesaria y para una buena causa.

—No trataré de matar a sus guardias... ni incluso por una buena causa.

La cara de Olliver enrojeció.

—Es una buena causa, Crag. —Miró de un vistazo por encima del hombro al reloj de pared de la sala—. De acuerdo, no tenemos tiempo para continuar. Yo suelo hablar con frecuencia una media hora, antes de sentenciarlo.

—Ya lo hizo usted aquella otra vez, antes de libertarme, aunque la decisión del jurado fue la libertad.

—Y usted sabe muy bien por qué. Usted era culpable... aquella vez. Pero si yo le explicase cual es la causa ahora, no se reiría usted. Estoy comenzando a crear un nuevo partido político, Crag, que sacará a la totalidad de este mundo y a todo el sistema solar de la decadencia y la degeneración en que se halla sumido.

»—Acabará con el soborno y la corrupción adoptando definitivamente la democracia, tan pasada de moda. Será una nueva creación política que está a medio camino entre los Sindicatos y los Dorados. Ambos partidos actuales, representan extremos ridículos, aunque yo forme parte de uno de ellos. Los Dorados se acercan al fascismo y los Sindicatos al comunismo. Entre ellos no hay otra salvación posible que volver a la democracia.

—Creo comprender su punto de vista —intervino Crag—. Tal vez esté de acuerdo con usted. Pero ¿a dónde irá usted con todo eso? Los dos grandes partidos actuales han hecho de la democracia un trapo mojado y un objeto de burla, desde hace muchísimo tiempo. ¿Cómo piensa conseguir que el público la acepte?

Olliver sonrió.

—No le daremos ese nombre, naturalmente. Es la palabra la que se ha desacreditado, no la idea. Nos llamaremos a nosotros mismos los Cooperacionistas, representando un curso político medio entre ambos extremos. Estoy seguro que las dos mitades de los dos partidos actualmente en pugna, y que desean de corazón un gobierno justo y una política honesta, vendrán a engrosar rápidamente nuestras filas. Sí, ahora operaremos un tanto bajo cuerda; pero saldremos a la superficie cuando lleguen las próximas elecciones. Entonces lo verá usted bien claro. Bien, eso es suficiente por ahora. ¿Queda todo bien entendido entre nosotros?

Crag afirmó con un gesto.

—Está bien.

Olliver presionó un botón de la mesa y los guardias entraron. Conforme salía Crag de la sala, oyó que el magnetófono se ponía en marcha y a Olliver dictando la providencia de que se posponía el pronunciamiento de la sentencia para pasadas veinticuatro horas.

De nuevo en su celda, Crag comenzó a recorrerla de un lado a otro impaciente. Comenzó a pensar en la futura evasión. ¿Incluiría el plan de evasión, o la tentativa, al menos, de evasión, un cambio de ropas? Se miró la que llevaba puesta. La camisa podría pasar, si se abría el cuello y se enrollaba las mangas hasta el codo. Pero los pantalones grises bombachos gritaban a voces su origen carcelario. Tendría que quitarle los pantalones a algún guardia y aun así, por buenos que fuesen tendría que preocuparse por cambiarlos cuanto antes por otros cortos, más bien. Casi todos los ciudadanos particulares de Albuquerque vestían pantalones cortos de verano.

Se enrolló las mangas y se abrió el cuello y después se detuvo frente a un espejo de metal incrustado en la pared, estudiándose con ojo crítico. Sí, podía pasar de cintura arriba. Incluso el cabello corto resultaba una cosa corriente. Respecto a su rostro, pudo considerarse afortunado. Un rostro ordinario y corriente, que no tenía

aspecto de criminal ni de vicioso, una cara más bien difícil de recordar. Le había costado mucho dinero tenerla así, gracias al famoso cirujano de Río de Janeiro, el que se ocupó de su mano artificial metálica. La cara que tuvo antes del siniestro, había ya comenzado a ser demasiado bien conocida en el bajo mundo, cosa mucho más peligrosa todavía que ser bien conocida para la policía.

El cuerpo que soportaba aquella cara también resultaba capaz de despistar al más inteligente. Ni más alto ni más grueso que el tipo corriente y medio de individuo, enmascaraba la fuerza acerada de los músculos y la resistencia de un acróbata, conociendo todos y cada uno de los más difíciles trucos de la lucha. Crag podía muy bien salir adelante contra cualquier enemigo utilizando una sola mano, la derecha, a menos que no fuese un caso extremo de emplear la terrible izquierda. Aquélla era el as oculto en la manga, para casos de extrema urgencia. Cuando tenía que emplearla, significaba un buen negocio.

Volvió a pasear nerviosamente la celda de nuevo y se detuvo para mirar por la ventana. A treinta pisos debajo, se hallaba la libertad. Sólo los tres últimos pisos superiores constituían la cárcel, de poder burlarlos, todo se reduciría a tomar el primer elevador a mano, a partir del piso veintisiete hacia abajo y considerarse comparativamente seguro.

Pero ¿cuáles serían sus oportunidades para salvar aquellos últimos tres pisos? Mejor incluso que con cualquier ayuda que Olliver hubiera podido proporcionarle. Una posibilidad contra mil, así es como imaginó que serían sus posibilidades respecto al proceso.

¡Olliver, precisamente él! Un individuo tan corrompido como cualquier otro gran pez gordo de la época en la política... Ayudando a un criminal a escapar... No había duda, que el criminal tendría algo grande que realizar por él. ¿Existiría tal vez algo de cierto en la historia que le había contado? ¿Podría realmente actuar impulsado por algún motivo altruista? Crag se encogió de hombros, dudoso y desconcertado al respecto. Bien, aquello tenía en el fondo poca importancia.

Pero Olliver le había sorprendido realmente. Se imaginó qué tal habría sido su cara, de haber oído la sentencia de labios de Olliver en vez de la promesa de la libertad y un millón de dólares además.

Emitió una risita entre dientes y momentos después, soltó una fuerte carcajada.

Una voz de mujer, en tono divertido, preguntó:

—¿Es eso tan divertido, Crag?

Miró súbitamente a la rejilla del techo. La misma voz continuó:

—Sí, ahora se comunica en ambas direcciones, puede usted responderme. Poca gente lo sabe; pero cualquiera de los celadores de la prisión puede utilizarlo en ambos sentidos. A veces la policía desea escuchar cuando viene un abogado a cambiar impresiones con su cliente. ¿Lo sabía usted?

—¿Está usted utilizando el comunicador sólo para decirme eso?

—No se impaciente, Crag. Tiene usted tiempo para matar, al igual que yo. He

tomado el control de una cabina de la guardia de vigilancia, enviándole a hacer una ronda. Estará fuera por lo menos quince minutos.

—Tendrá usted que ser una persona importante para hacer esto.

—No importa lo que yo sea, excepto el hecho de que estoy ayudándole. No es por su bella cara, Crag, sino porque usted tiene que ser útil... bien, ya sabe a quién. Cuando vuelva la guardia, iré a visitarle.

—¿Vendrá usted aquí?

—Sí, para llevarle ciertas cosas que necesitará para escapar. Mientras esté ahí, activaré el dispositivo que abra su celda, de forma que pueda entrar fácilmente. Pero no abandone ahora la celda. De hecho, no deberá salir en media hora después de que haya yo salido. ¿Comprendido?

—Comprendido; conforme —repuso Crag. Y oyó un chasquido en el cerrojo de la puerta de la celda—. ¿Qué cosas son las que me trae? —preguntó Crag.

No hubo respuesta y se dio cuenta de que la comunicación había quedado ya interrumpida. Se sentó en el jergón y esperó. ¿Por qué habría sido una mujer la asignada a la tarea de ayudarle? Odiaba a las mujeres, a todas las mujeres. Y ésta se había atrevido a expresarse en tono divertido y condescendiente.

A poco la puerta se abrió y la mujer entró rápidamente, cerrándola tras de sí. Sin duda era una persona influyente en la prisión, no había duda; su severo uniforme era el de jefe técnico del psicógrafo. Los técnicos psicográficos eran gente importante y había un número reducido de aquel cuerpo. Para llegar a ser uno de ellos, era preciso obtener diversos grados y doctorados tanto en Ciencias psicológicas como electrónicas, además de un fuerte apoyo político. Bien, si se hallaba asociada con Olliver, la influencia política se explicaba perfectamente.

Aquella mujer no tenía sólo el aspecto de hallarse doctorada en cualquier Universidad. Era, además y principalmente, una bella mujer. Ni aún el severo uniforme, era capaz de ocultar las suaves curvas de su espléndido cuerpo, ni sus gafas disminuir el encanto irresistible de su hermoso semblante. Sus bellos ojos, incluso a pesar del leve tinte del cristal de las gafas eran los del más bello y profundo azul que Crag recordaba haber visto en su vida y sus cabellos, que se escapaban bajo su gorra de técnico eran de un color de cobre bruñido. Crag la odió por ser mujer y por ser tan bella, pero en especial, por tener aquellos maravillosos cabellos, eran exactamente iguales a los que había tenido Lea.

Deliberadamente, para aparecer más grosero, permaneció acostado en el jergón. Pero si ella se dio cuenta de su rudeza, no lo demostró en forma alguna, mientras permanecía frente a él y comenzó a abrir su bolsa de mano. Su voz se producía breve y con aire de negocios, sin la menor traza ni de diversión, ni de amistad.

—Esto es lo más importante —dijo secamente, echando junto a Crag y sobre el jergón una pequeña barra de metal—. Llévela en el bolsillo. Es radioactiva, sin ella, o sin un guardia que tenga una igual, la mayor parte de los accesos de esta cárcel son trampas mortales.

—Ya sé —repuso Crag con igual sequedad en la voz.

Un papel enrollado fue el siguiente objeto.

—Aquí tiene un diagrama mostrando una salida, que de todos modos, muy probablemente, esté vigilada por algún guardia. En caso de que lo encuentre...

Una pequeña pistola de rayos fue a renglón seguido el objeto que le fue entregado por la bella mujer; pero Crag sacudió la cabeza a la vista del arma.

—No la necesito.

Ella, sin protesta alguna, volvió el arma al saco de mano, como si en realidad hubiera esperado que Crag rehusara.

—Bien, aquí tiene una placa de visitante. Le servirá para los tres niveles superiores del edificio. No se permite ningún visitante, sin guardia que le acompañe; pero una vez que se la ponga, le evitará que los guardias le hagan preguntas.

Crag tomó el distintivo. En seguida, recibió una hoja fina, como un papel, de una sierra de durium.

—La utilizará usted para cortar el cierre de su puerta. La cerraré cuando me marche.

—¿Por qué?

—Vamos, Crag, no sea estúpido. Esa puerta puede ser cerrada desde el exterior; pero puede ser abierta sólo desde el cubículo de control. Y precisamente yo he relevado a la guardia de esa cabina. Si se encuentra su puerta abierta, se sabrá en el acto que solamente el guardia o yo, hemos permitido su escapatoria. Él será más sospechoso que yo; pero ni aún así, no deseo en absoluto que recaiga la más pequeña atención sobre mí.

—Si es usted tan cuidadosa en sus asuntos —argumentó Crag—, ¿cómo sabe que no están oyendo ahora nuestra conversación?

—No lo sé —repuso con calma—. Éste es un riesgo que no pude evitar. Bien, ahora, las ropas. Le traje unos pantalones cortos. —Y del saco de mano extraje un rollo de tejido brillante que volvió a echar sobre la cama—. No pude traerle zapatos. —La hermosa mujer miró a los que llevaba—. Esos que lleva huelen a prisión desde lejos, mejor será que se los quite. El personal civil suele ir con sandalias e incluso con los pies descalzos en esta época de verano. Pasará más desapercibido descalzo que con esos zapatos. Ya veo que se ha preocupado del aspecto de su camisa; pero creo que podré mejorarlo. Le dejo también unas tijeras, una aguja e hilo, corte las mangas en vez de llevarlas enrolladas. ¿Podrá usted coser la camisa y embastarla?

—Sí —repuso Crag vacilante—. Pero eso me llevará al menos veinte minutos más o menos. Deseo más bien salir de aquí cuanto antes.

—Tendrá tiempo para eso, para aserrar el cerrojo y para memorizar, destruyéndolo después, el diagrama que le di antes. Todo eso en conjunto no deberá llevarse más de cuarenta minutos y ese tiempo, a partir de ahora, será la mejor ocasión. No intente salir hasta que oiga sonar la próxima hora en el reloj, aunque se halle dispuesto antes.

—¿Y de dinero, qué?

—Bien, aquí tiene cincuenta dólares. No necesitará más, porque tiene que dirigirse inmediatamente a donde ya sabe. ¡Ah! Y sin beber.

Crag no se molestó en responder. Nunca bebía cuando tenía algún trabajo que hacer, o en caso de peligro. Ningún criminal sobreviviría mucho tiempo, bebiendo a destiempo.

—Una cosa más, Crag. El cuello de esa camisa podría disimularlo de forma que pareciese una prenda de sport. Así. Yo...

Ella se aproximó a la prenda y Crag se apartó vivamente de la mujer.

—Ya me cuidaré yo mismo.

Ella se puso a reír.

—¿Me tiene miedo, tal vez?

—No quiero que nadie me toque. Especialmente que lo haga una mujer. Ahora si eso es todo, puede marcharse.

—Valiente gratitud, Crag... Y respecto a las mujeres... ¿Le dijo alguna en cualquier ocasión que más bien usted debe ser un chiflado o un anormal? Bien, al menos, por fin se ha puesto de pie por mí, aunque sólo haya sido una sola vez.

Crag no respondió tampoco y ella se volvió y salió de la celda. Crag creyó intuir que ella iba sonriendo. Se oyó el suave *click* de la puerta al cerrarse.

Crag no perdió tiempo en mirar a la puerta. Se dirigió vivamente con la hoja de durium en la mano y aplicó todas sus energías en aserrar el cerrojo de la celda. Acabó con aquello y con las demás cosas que tenía que hacer antes de la hora convenida. Estuvo a punto de salir inmediatamente; pero reconsideró las instrucciones que le habían pasado y esperó impaciente hasta que sonó la hora en el reloj de la prisión.

Salió sin hacer ruido de la celda y encontró vacío el corredor. Lo siguió rápidamente y en silencio y lo abandonó cuando su memoria del dibujo del diagrama que había destruido le mostró dónde seguir. Continuó otro corredor adelante y bajó una rampa. Justo al aproximarse a otro corredor, se apercibió de los pasos de dos guardias que se aproximaban. Retrocedió unos pasos y se escondió en un hueco de la pared, con la mano izquierda dispuesta a emplearla como un arma mortífera, si llegaban a su altura. Pero la pareja de vigilancia siguió otro camino y se alejó. Crag llegó hasta la segunda rampa que recorrió sin inconvenientes. En aquel nivel, halló nuevos corredores más portales de acceso; pero ninguna guardia.

Por fin llegó a la última rampa, la que conducía al piso veintisiete. No muy lejos, tendría entonces algún guardia estacionado en la puerta final que conducía al elevador.

III

En efecto, había un guardia. Un rápido vistazo a su alrededor al llegar a la vuelta final le mostró una puerta cerrada con un guardia sentado frente a ella. Y comprobó muy bien que estaba bien despierto y alerta, aunque por fortuna dio la casualidad que no miraba en aquel momento frente a él.

Pero se le veía bien despierto con una pistola de rayos desenfundada y a punto, en la mano, y descansándola sobre las piernas.

Y sobre la pared, sobre su cabeza...

Crag hizo una mueca y se dispuso a utilizar sus terribles manos. Bien, Olliver, o la mujer, o ambos a la vez, tendrían que saber qué era lo que había sobre la pared y encima de la cabeza del guardia... un bulbo esferoidal que sólo podía ser una termocupla, dispuesta para producir una instantánea alarma a la más mínima elevación de la temperatura. Y con todo, la mujer le había ofrecido una pistola de rayos caloríferos. Habría sido un suicidio disparar al guardia con ella. Y si el guardia tenía tiempo de disparar con la suya, incluso disparándola fuera del área de la termocupla, no existía la menor duda que el ligero aumento de la temperatura ambiente sería más que suficiente para correr la alarma general, incluso fallando el disparo sobre Crag, lo cual resultaría difícil, estando como estaba a diez pies de distancia.

Pero Crag no retrocedió ni lo pensó más. Cuando apareció a la vista del guardia, éste no tuvo la menor oportunidad de hacer uso del arma. La mano mortífera de Crag le aplastó la cabeza de un golpe, antes de poder ni siquiera apretar el gatillo del arma. No volvería jamás a tener la oportunidad de volver a hacerlo.

Crag se limpió la sangre en el uniforme del guardia. Después recogió la pistola del muerto, le borró las huellas y manchó deliberadamente el cañón con sangre. De todas formas tendrían que saber después quién había matado al guardia con su propia arma, dejando a la imaginación de la policía el que se preguntase cómo habría podido ocurrir todo aquello. De todos modos, siempre echaría una cortina de humo sobre la posibilidad de que le hubiese matado por el impacto de su mano izquierda.

Después, usando la llave que colgaba del cinturón del guardia, atravesó la puerta que cerró tras él, sin que funcionara la alarma. Tenía motivos para agradecer a la mujer todo aquello, de todas formas, ya que sin la barra radioactiva, no hubiera tenido la menor posibilidad de haberlo llevado a cabo. Sí, le habían dado una leal oportunidad, a despecho de que también se la habían proporcionado para echarlo todo a perder, de haber sido tan estúpido como para haber aceptado y usado la pistola que le ofrecieron o de no haber sabido hacer desaparecer la barra radioactiva en su debido momento, ya que al exterior funcionaba en sentido inverso, provocando la alarma en vez de suprimirla, como ocurría en el interior.

Deshízose de ella tirándola a un receptáculo existente junto al elevador, antes de pulsar el botón que haría subir el aparato. Pocos minutos más tarde se hallaba en

plena calle, perdido entre la multitud y razonablemente seguro de cualquier persecución. Las aceras estaban llenas con gentes escasamente vestidas. Excepto los muy pocos vestidos de uniforme, pocos o casi nadie se vestían más que con pantalones cortos, camisas de deporte o en forma de T y sandalias. Muchos hombres iban desnudos de cintura arriba. También aparecían así muchas mujeres, especialmente las que por sus encantos personales entendían que valía la pena de hacer uso de aquella moda extremada. Todas las mujeres que iban descalzas ostentaban unas uñas extremadamente pintadas con tonos alegres en los pies, sobre todo en oro y plata.

Una serie de detonantes anuncios luminosos y voces extendía ante sus ojos y oídos la interminable propaganda furiosa de la época: comer en Stacey's, vestirse con Trylon, visitar la Casa de los Extraños Placeres, usar el dentífrico Cobb's, visitar Madam Blaine's, beber Hotsy, usar Seguridad y gozar de seguridad, viajar por Panam, y así como una pesadilla, comprar, beber, visitar, usar, comprar...

Crag se deslizó en un hotel y en la intimidad privada de un servicio para caballeros se deshizo de la camisa gris de la prisión, echándola por el vertedero. No porque la camisa pudiese verosímilmente llamar la atención, ni porque la gozase disfrutando de una semidesnudez, sino porque el continuar sin camisa le convertía en otro hombre diferente. Los potentes músculos del tórax y la amplitud de sus hombros le hacían aparecer mucho más grande y fuerte y al menos veinte libras más pesado.

Cambió un billete de veinte dólares para comprarse unas sandalias en una tienda próxima al hotel y en un bazar también cercano hizo otras dos compras más: un reloj barato de pulsera, ya que el que tenía había quedado junto con sus otras pertenencias en la cárcel, con el cual disimular la señal dejada en su muñeca y unas gafas de sol, prenda que usaban casi la mitad de las personas que transitaban por las calles de la ciudad. Por el momento aquello fue todo lo que pudo hacer a guisa de disfraz, pero resultó suficiente. Crag puso en duda que incluso los mismos guardias de la prisión que le habían visto diariamente, pudieran reconocerle ahora, y ciertamente de ningún modo por una simple mirada casual al pasar junto a él por las calles.

Y entonces, el problema residía en que cuanto antes entrase en la casa de Olliver, menor sería el peligro que corría. Por entonces, ya habría sido encontrado el cuerpo muerto del guardia, y se habrían hecho las oportunas averiguaciones. Su evasión sería conocida sobradamente y estarían buscándole por todos los medios. Muy bien podrían haber colocado un cordón protector de policías alrededor de la casa del juez Olliver; como presidente del juicio. Es cierto que en aquel caso el juez había demorado la sentencia; pero, de todos modos, lo que había propuesto era la elección entre dos de las formas punibles máximas que tenía a su arbitrio y de todos modos la policía tendría razón para evitar una posible venganza por parte de Crag.

También pudieron haber puesto guardias a los testigos que habían depuesto sus testimonios en la causa seguida, lo que resultaría un extremo justificado. Crag no tenía nada contra la policía del aeropuerto, quienes le habían cacheado y testificado el

haberle hallado encima el neftín, puesto que su testimonio había sido honesto. Pero el hombre que le había proporcionado la droga y después lo había denegado en el tribunal, debería hallarse en la lista de Crag, aunque podía esperar... y sudar, sabiendo que la policía no iría a estar guardándole indefinidamente. Así se hallaba igualmente el agente soplón de Chicago que le había enviado a Albuquerque. Y antes de que muriera alguno de los dos, Crag podría muy bien tener conocimiento de quién había instrumentado aquel complot. Todo aquello podía esperar. Los hombres violentos suelen tener paciencia y Crag era ambas cosas.

Tomó un coche de alquiler y le dio una dirección que caía dos bloques de edificios más lejos que la residencia de Olliver. Pagó al conductor e hizo la demostración de tocar el timbre de llamada de una casa, mientras el coche desapareció de su vista, e inmediatamente desapareció por la esquina más próxima. Entonces, sin prisa, caminó hacia la casa de Olliver haciéndolo por la acera opuesta. En ella había un guardia en la entrada principal y sin duda debería existir otro en la parte trasera del edificio; era inútil comprobarlo. Sin embargo, no se apreciaban otros guardias, ni había coches aparcados en las proximidades con hombres en su interior.

Siguió caminando y pasó de largo la casa, considerando cuál sería la mejor forma de entrar en el edificio. La forma más simple sería haber matado a uno o a otro de los guardias. Bastaba haberse aproximado con el pretexto de preguntar simplemente si el juez estaba en casa y haber dejado ir su mortífera mano izquierda.

Pero el procedimiento resultaba desgraciado e inútil, si pretendía entrar al interior de la casa y mantener una prolongada conversación con Olliver. Un policía muerto o perdido, si arrastraba el cuerpo con él, habría desatado un verdadero ejército de agentes en su persecución, que insistiendo en la propia seguridad del juez Olliver, le hubiera cazado como una fiera acorralada.

Dejarse caer por el tejado de la casa, era una posibilidad mucho más útil, si podía alcanzarlo desde el tejado de la casa próxima. Crag consideró factible el propósito.

La casa de Olliver tenía tres pisos y era de forma cúbica. Debía ser bastante espaciosa probablemente con quince o veinte habitaciones; pero plana y sin complicaciones en la estructura exterior, al menos por lo que pudo apreciar a simple vista. No iba muy bien para los hombres que aspiraban a llegar alto en política, vivir ostentosamente, no importando cuánto dinero podían tener. Si eran amantes del lujo —y la mayor parte de ellos lo eran—, ocultaban tal deseo de forma menos pública que viviendo en lujosas mansiones. El público suele creer lo que piensa que ve.

El edificio próximo al de Olliver tenía la misma altura y aproximadamente la misma conformación, aunque era un edificio de apartamentos, en vez de una casa de vivienda privada. Crag pudo apreciarlo en su inspección ocular y constató que los niveles del tejado eran similares, separados por unos quince pies de distancia. Aquella casa sería su mejor oportunidad, porque la otra conjunta se hallaba demasiado lejos.

Fuera de la vista de la casa del juez, cruzó la calle y se dirigió con paso tranquilo

hacia ella. Entró en el edificio adyacente y miró cuidadosamente los buzones del zaguán. Había seis apartamentos, sin duda alguna dos en cada piso. Los números 5 y 6 se hallaban en el piso alto. Los buzones mostraban los nombres de los ocupantes y los correspondientes a los apartamentos 5 y 6 parecían tener poca correspondencia, en especial el número 5 que ostentaba la etiqueta de Mr. Holzauer. Crag utilizó la placa de visitante que había llevado puesta hasta que había abandonado el edificio de la Federación y la usó para recoger la llave del buzón. Comprobó que los Holzauer se hallaban ausentes, las pocas cartas del buzón se hallaban fechadas con anterioridad a una semana.

Cerró y volvió a echar la llave del buzón. Tomó la escalera y utilizó el mismo procedimiento para atravesar el vestíbulo que daba acceso al edificio de apartamentos, sin despertar la menor sospecha. El apartamento número cinco, coincidía del mismo lado de la casa de Olliver.

Primero, se aseguró de hallarse solo en el apartamento de los Holzauer con todo cuidado, y después, decidió que esperaría a la noche para intentar pasar al techo del edificio del juez. Mucha gente solía utilizar los techos de las casas para tomar baños de sol y resultaría un riesgo demasiado grave, intentar el paso a plena luz del día.

Para pasar el tiempo, se dedicó a buscar ropas adecuadas, especialmente un par de «shorts» en buenas condiciones, ya que los que llevaba le apretaban demasiado y no tenía muy buen aspecto y una camisa que hiciera conjunto con los pantalones cortos. Pero no tuvo suerte. Aunque encontró ropas en abundancia, prefirió más bien haber ido desnudo por la calle que vestirse los ornamentos que encontró en el piso. A juzgar por las ropas y por una pequeña estantería repleta de pornografía especializada, resultó obvio que Holzauer y su compañero, eran un par de repelentes homosexuales. Crag sintió repugnancia por las ropas afeminadas que halló por doquier y se entretuvo tranquilamente en desgarrarlas haciéndolas tiras. Y comenzó a esperar, que mientras estaba dedicado a aquella tarea, el par de maricas volviesen al piso, con objeto de darles la bienvenida apropiada. Pero no lo hicieron y se contentó con aumentar la pila de desgarrados tejidos que, junto con la pornografía, llegó a formar un imponente montón de confetti con los libros destrozados. A Crag le repugnaban los homosexuales.

No encontró ni dinero ni joyas. Pero aquello le tuvo sin cuidado, con un millón de dólares en perspectiva. Y con toda seguridad, Olliver le anticiparía el dinero que necesitara para sus gastos. Era el tiempo para pensarlo todo, mientras existiera la luz del día. Estudió detenidamente la casa de Olliver desde una de las ventanas del apartamento, y después desde la otra. No había duda que existía una puerta de acceso en el tejado; pero cerrada mediante un cerrojo desde el interior, como suelen estarlo esa clase de accesos, y resultaría difícil abrirla sin herramientas especiales y sin hacer ruido. Pero sobre el tercer piso se abría una ventana en todo lo alto. Colgándose del filo del tejado, sería posible deslizarse por ella con relativa facilidad.

Mientras estudiaba el acceso y medía a ojo la distancia correspondiente, oyó unos

coches detenerse en la calle y se desplazó ligeramente hacia la ventana de la esquina del apartamento para ver lo que sucedía.

Comprobó la existencia de dos coches aparcados frente a la casa de Olliver. De uno de ellos, salieron cinco policías y cuatro del otro. Caminaron apresuradamente hacia la casa del juez y dos de ellos se dirigieron hacia la parte trasera del edificio. Los cinco restantes lo hicieron hacia la puerta principal. En uno de los coches, había permanecido un hombre que asomó la cabeza por la ventanilla llamando a alguno de los policías, y Crag, con sorpresa, comprobó que se trataba del propio Olliver.

Así, pues, se explicaba el porqué habían triplicado inmediatamente la guardia de la casa. Mientras Olliver no se hallaba en el hogar, habían dejado el edificio relativamente sin vigilancia. Y entonces, la casa se convertía en una trampa para Crag, si se decidía a entrar en tales condiciones, cualquiera que fuesen los medios que emplease.

¿Le habría engañado Olliver? Crag lo pensó por unos instantes para descartar tal idea inmediatamente. ¿Qué habría ganado el juez con organizar su evasión para organizar tan pronto su captura? No, aquello tuvo que ser una idea de la propia policía y Olliver tuvo que haber fracasado en la idea de disuadirles de que le protegieran en tal medida. Olliver no llegaba en su autoridad hasta controlar las fuerzas de la policía. Sin duda tuvo que haber imaginado que Crag no habría entrado aún en su domicilio.

Y Crag se felicitó a sí mismo por no haber cometido semejante error.

Quedándose en pie, alejado un tanto de la ventana como para no ser visto y poder observar a su vez, esperó y vigiló cuidadosamente. Transcurridos unos veinte minutos, tiempo suficiente como para haber realizado una cuidadosa búsqueda por toda la casa, los nueve hombres salieron del edificio. Crag los contó cuidadosamente para estar seguro de que no había quedado ninguno dentro. Continuaban solamente los dos guardias anteriores, uno a cada extremo de la casa.

Olliver salió finalmente del coche, habló algo a uno de los policías brevemente y se dirigió en seguida hacia la entrada principal, entrando en la casa, sin duda, aunque Crag no podía ver desde donde estaba la puerta de acceso principal del edificio.

La policía volvió a ocupar los dos coches y se marchó. Uno de los vehículos dio un giro completo en la calle y se quedó aparcado a algunos bloques de edificios de distancia. De pronto, pareció que nadie había en su interior y sin duda el conductor tuvo que haber utilizado el dispositivo que activaba las ventanillas de forma que nada se viese desde fuera. El coche no ostentaba signo alguno de la policía y desde aquel momento, podía pasar perfectamente por cualquier vehículo particular vacío que permanecía aparcado en el bordillo de la acera.

Por encima de su cabeza oyó súbitamente el zumbido de un helicóptero. Crag lo oyó un rato, lo suficiente para estar seguro de que se dedicaba a trazar círculos por la vecindad, y que no pasaba encima por casualidad. Soltó un juramento irritado. El helicóptero, con una amplia visión de todos los tejados del bloque de edificios

constituía un serio obstáculo para entrar en la forma que había planeado en la casa del juez Olliver.

Pero entonces no era cosa, después de todo, de preocuparse demasiado sobre el particular, ya que su plan debería llevarlo a cabo cuando cayese la oscuridad de la noche y para entonces la situación debería haber cambiado. Una mirada a su reloj de pulsera le mostró que la oscuridad llegaría en dos horas. Decidió, pues, tomarse un sueño de un par de horas; había sido un día muy duro y tenía a la vista el preludio de una noche difícil. O quizás no llegase la noche para él, si era descubierto, ya que no estaba decidido a que le cogiesen vivo.

Crag estaba lo suficientemente entrenado como para dormir en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia y despertarse en el momento justo, al menor ruido. Miró con repugnancia a la cama excesivamente ornamentada de los aberrantes inquilinos del apartamento, y decidió dormirse en un cómodo sillón. Se durmió al instante, con un sueño profundo; pero con un sexto sentido alerta, como para estar despierto al menor ruido de una llave que abriese el piso o cualquier otro, que le pondría en pie al instante.

No le despertó ningún ruido. Transcurridas las dos horas, se despertó súbitamente, como un gato. De pie y desperezándose siguió oyendo al helicóptero que continuaba trazando círculos sobre la vecindad. Una rápida mirada por las ventanas, le mostró que los dos coches continuaban aparcados en la misma forma que habían quedado anteriormente.

Y además, que aun siendo ya de noche, brillaba una hermosa luna. Por el ángulo de las sombras, calculó que la luna se hallaba aproximadamente a medio camino entre el cenit y el horizonte, y calculó serenamente si le resultaría posible esperar hasta que se hubiera puesto, para aprovechar la completa oscuridad de la noche. Pero tal cosa podía poner las cosas mucho más difíciles. Sin luz de la luna, el helicóptero resultaría casi inútil, incluso en el caso de utilizar un reflector que sólo podría cubrir una reducida zona de iluminación. Pero entonces, con la luna tal y como estaba, los guardias sólo se dedicarían a la vigilancia de los tejados. Era mucho más fácil burlar la vigilancia del helicóptero cargado de policías que un desconocido número de policías diseminados por los tejados de las casas circundantes.

Incluso el propio helicóptero tenía de por sí un ángulo muerto de visión, la zona que caía directamente debajo del aparato, siempre que permaneciese cerniéndose sobre la casa de Oliver, en lugar de dar vueltas y más vueltas. Crag rebuscó en un armario y encontró un espejo de mano y una lima de uñas. Por el cuarto de estar, saltó por la escalera hasta el techo entreabriendo la puerta plana de acceso al tejado. Los vigilantes del helicóptero no encontrarían nada de anormal viéndole allí, ya que muchas personas subían al tejado para respirar algún fresco en noches tan cálidas como la del verano en la ciudad. El aire era muy cálido y sin duda debería haber muchas personas en tales condiciones y la mayor parte de los accesos a los tejados abiertos en igual forma. De hecho, muchas personas descansaban e incluso dormían

en el tejado para respirar un poco de aire fresco. Crag utilizó el espejo, variándolo en los ángulos más diversos para comprobar la presencia de otras personas en los tejados próximos. No vio a nadie por el momento en la vecindad, probablemente por evitarse la molestia de soportar el molesto ruido del helicóptero zumbando continuamente por los alrededores. Siendo así, la presencia del aparato más bien constituía una ventaja que lo contrario, e incluso para poder disimular cualquier ruido que pudiera hacer en su intento de saltar a la casa de Olliver.

Puso el espejo plano sobre el tejado y fue siguiendo los movimientos sucesivos del helicóptero, durante algún tiempo. Por lo que pudo calcular, el aparato volaba entre noventa a cien pies de altura y manteniendo constantemente la misma altitud. La mayor parte del tiempo volaba trazando un círculo, teniendo como centro la casa de Olliver y con un radio de aproximadamente la mitad de un bloque de casas. Pero de vez en cuando, bien fuese que el piloto quisiera variar la monotonía del vuelo o bien para cambiar el ángulo de observación, comenzaba a volar haciendo la figura de un ocho con la casa de Olliver en el centro de la figura. Crag observó cuidadosamente para ver la frecuencia de aquella forma de volar en ocho, y la hacía una vez de cada cuatro, lo que significaba que el aparato volaba con autopiloto y que tal sistema de vuelo funcionaba automáticamente.

Si aprovechaba uno de los momentos en que tenía el aparato directamente sobre su cabeza y se decidía a dar el salto en el momento justo, disponía de unos cuantos segundos durante los cuales podría saltar y colgarse del alero, penetrando así por la ventana más próxima. Era un trabajo rápido y calculando los segundos por fracciones. A ojo calculó el número de pasos. Había seis desde la compuerta del techo hasta el borde del tejado y calculó que con la fuerza adquirida podría dar el salto en el vacío y cubrir los quince pies de distancia.

Esperó a que el aparato volviese a trazar por tres veces la figura del ocho y aprovechó una de ellas en que el helicóptero se aproximaba detrás de él, el momento más exacto y seguro para dar el salto. Y se dejó ir. Corrió rápidamente los seis pasos desde la compuerta del tejado hasta el borde del alero. Con una agilidad gatuna se quedó sólidamente colgado del alero de la casa de Olliver. Maniobró lo suficiente como para correr justo encima de la ventana del piso superior más próxima, se sujetó con una de las manos, aprovechando la derecha y con la terrible fuerza de su izquierda hizo saltar el marco de la ventana. A los pocos instantes se encontraba dentro de la casa, en seguridad. Una maniobra propia de un acróbata o de un Crag. Permaneció quieto dentro de la ventana escuchando al helicóptero hasta estar seguro de que continuaba sus vuelos de rutina en igual forma y de que el piloto no había dispuesto otra cosa para bajar y observar algo que le hubiera podido parecer alarmante.

Crag no creyó que hubiese guardias en el interior de la casa, sino más bien sirvientes, y, por tanto, no tomó precauciones especiales. Apartó sus ojos de la luz de la luna y los fue acostumbrando a la oscuridad de la habitación, que resultó ser un

dormitorio desocupado. Poco después salió hacia un corredor aún más oscuro. Encontró la escalera y descendió sigilosamente. No encontró luces en el segundo piso y continuó bajando hacia el primero. El corredor de aquella planta aparecía ligeramente iluminado, notando pronto que por debajo de una de las puertas, surgía un haz de luz más potente, al pie de la escalera y en el vestíbulo de la planta baja. Se dirigió hacia dicha puerta y permaneció en pie unos instantes frente a ella escuchando. Oyó dos voces distintas, la de Olliver y la de una mujer; pero la puerta era demasiado pesada y no le resultó posible entender claramente lo que se hablaba en el interior de aquella habitación.

El hecho de que allí se encontrase una mujer le hizo vacilar. Pero Olliver le había ordenado claramente venir a la casa y le estaba esperando; de haber una mujer con él, sin duda tenía que merecer toda su confianza, como lo había sido sin duda el jefe técnico del psicógrafo.

Crag abrió la puerta y entró decididamente en la habitación.

Olliver estaba sentado tras una maciza mesa de caoba. Abrió los ojos sorprendido en cierta forma al ver llegar a Crag.

—¡Buen Dios, Crag! —dijo—. ¿Cómo pudo usted hacerlo? No pensé nunca que vinieran a poner vigilancia en esta casa, ya que no le había sentenciado. Pero insistieron en hacerlo. Pensé que se habría escondido durante una semana por lo menos...

Pero los ojos de Crag, tras haber mirado a Olliver fueron hacia la mujer que le acompañaba. Le pareció familiar en cierta medida; pero a primera vista no pudo localizarla bien, a despecho de sus hermosos cabellos de cobre dorado que ahora se hallaban libres de la gorra de uniforme y por la voz; sus ojos le miraban con cierto aire de hallarse divertida ante su vista. Se dirigió al hombre sentado tras la mesa de despacho.

—Ya te dije que vendría esta noche, Olliver, y tú te reíste de mí. ¿No crees que ahora me toca reír a mí? —Y se rió de forma encantadora—. Y, Olliver, no preguntes a este hombre cómo lo hizo. No te lo dirá; así, pues, ¿por qué preocuparse más?

Ella era una mujer bellísima, sin la menor duda, incluso para el gusto más exigente. El traje de técnico psicográfico no había ocultado del todo el hecho de tener un cuerpo espléndido; pero el traje que ahora vestía, aumentaba el hecho notoriamente. Al estilo de la época de llevar desnudo el diafragma, sólo llevaba un tejido finísimo y casi transparente por encima de la cintura. La falda era larga y opaca, pero al caerle sobre las piernas, le moldeaba deliciosamente las caderas y los muslos. Su cara, ahora sin las gafas y con un ligero maquillaje, era extraordinariamente hermosa y a tono perfecto con sus maravillosos cabellos de cobre dorado. Sonrió a Crag, midiéndole divertida y curiosa con sus bellos ojos, de arriba a abajo.

—¿Quién se lo hubiera imaginado habiéndole visto con las ropas de la cárcel? —dijo.

Su tono resultaba tan amistoso y franco que nadie hubiera podido realmente sentirse resentido. Excepto Crag. Miró vivamente a la mujer y sin responder se volvió hacia Olliver.

—¿Es que tiene que permanecer aquí esta mujer mientras hablamos?

Olliver había recobrado su compostura y sonrió.

—Me temo que deba permanecer aquí, Crag. Es muy importante para mis planes, nuestros planes. Pero creo que es mejor que se la presente. Crag, tengo el gusto de presentarle a Judeth, mi esposa.

Crag se quedó atagantado durante unos instantes de sorpresa.

—Si tiene que quedarse aquí, deme algo que ponerme. No me gusta que me miren de esta forma.

La cara de Olliver se estiró un tanto; pero repuso en seguida:

—Allí tiene ropas en aquel armario. Pero creo que se comporta de una forma ridícula, Crag. No estamos en la época victoriana. Éste es el siglo XXIII.

Sin responder, Crag se dirigió hacia un armario y lo abrió. Colgaban en el interior diversas prendas caseras y Crag tomó una al azar, de seda. Se la puso, comprobando demasiado tarde, tras haber cerrado el mueble que la prenda era de Judeth y no de Olliver; los hombros le apretaban y las mangas le resultaban bastante cortas. Le pareció un tanto ridículo volver de nuevo al armario a cambiar de ropa. Después de todo, las prendas caseras de la época solían ser llevadas tanto por las mujeres como por los hombres y aquella era una bata corriente de casa, aunque de un hermoso material. Sin embargo...

—Espero no contaminarle, Crag —advirtió Judeth.

Pero éste conservó su dignidad ignorando a la hermosa mujer, tanto por su presencia por cuanto podía hacer o decir. Lo importante del momento era el millón de dólares. Un millón de dólares no era ninguna broma, ni ocasión que se presentase todos los días.

—Siéntese, Crag —le dijo Olliver.

Crag comprobó que Olliver ya estaba sentado tras su amplia mesa de despacho y que Judeth permanecía igualmente apoyada en una esquina del mueble, mirándole con una completa seriedad, sin la menor traza de humorismo.

Crag tomó asiento en un sillón y volvió la cara hacia Olliver y no hacia su esposa.

—Una pregunta —dijo—. ¿Habla usted realmente en serio esta tarde? ¿Es cierto que dispone usted de ese millón?

Olliver aprobó con un gesto.

—Naturalmente que hablaba en serio. Tengo mucho más de ese millón de dólares. El dinero será suyo cuando termine la tarea que tiene asignada. No es cosa de hacerlo de la noche a la mañana. El trabajo es en Marte. No se trata de mi propio dinero, comprende... es más bien un fondo creado por...

Crag se removió algo nervioso en su asiento.

—No me preocupa de donde proceda, siempre que sea mío cuando haga el trabajo

que quiere confiarme. Y cuando más pronto empiece, mejor. He venido a esta casa esta noche y quiero salir de ella también esta noche. Dígame en qué consiste el trabajo y anticipéme dinero para mis gastos. Yo sé lo que tengo que hacer.

Olliver sacudió la cabeza con lentitud.

—Me temo que no sea una cosa tan sencilla, Crag. Para que lo sepa, tiene que ir primero, antes de encargarse del trabajo, al psicógrafo.

IV

Si los reflejos mentales de Crag no hubiesen sido tan rápidos y completos como los físicos, Olliver hubiera dejado de existir en el próximo segundo transcurrido al acabar sus últimas palabras. A pesar de todo, estuvo en realidad a seis pulgadas de una muerte cierta, ésa fue la distancia a que quedó su cabeza de la mano izquierda de Crag, que se detuvo instantáneamente en su camino. De haber completado el golpe, la mujer habría seguido la misma suerte, un momento más tarde. Crag había dado tres pasos hacia donde se encontraba Olliver.

Dos cosas le habían salvado. Una era el hecho de que las manos de Olliver estaban descansando a la vista de la mesa, sin la menor intención de tocar ningún botón ni de abrir cualquier cajón del mueble. La otra el hecho de que lo pronunciado por Olliver no tenía sentido literal, ya que de haber sido así, de poca utilidad le habría resultado para sus planes, al suprimir todas sus capacidades fuesen cuales fueren los planes del juez Olliver.

La voz de Judeth sonó tensa.

—Espere, Crag. —De reojo, Crag pudo comprobar que la mujer no había movido ni un solo músculo de su cuerpo. Sus ojos miraban, no a él, sino al lugar que había ocupado en el asiento abandonado—. Como habrá podido comprobar, ya que hemos estado a punto de morir a sus manos, mi esposo no se refería a lo que usted imagina.

La hermosa faz de Olliver había perdido su color sonrosado y su voz apareció alterada y ronca.

—Todo lo que quería decirle era...

La voz de su mujer le interrumpió vivamente.

—Perdona, Ollie, déjame explicárselo. Esto ha sido increíblemente estúpido. Ya te dije que Crag... —Se interrumpió bruscamente y su entonación cambió hablando más bien de forma impersonal—. Crag, ¿quiere sentarse de nuevo y dejarme que le explique? Le prometo que ninguno de los dos hará el menor movimiento. Ollie, deja tus manos donde están ahora, exactamente. Y, por favor, cállate y no abras la boca para nada. ¿De acuerdo, Crag?

Crag no respondió y se volvió a la silla que había ocupado, observando a la pareja con cuidado. Se sentó en el brazo del sillón; en tal postura habría sido más rápido que cualquier movimiento de los que Olliver pudiera haber realizado.

—Como usted ha podido comprobar a tiempo, Crag, nos habría resultado perfectamente inútil acondicionado por el psicógrafo. Pero igualmente nos resultaría inútil como un criminal perseguido. ¿Lo comprende?

—Lo estuve antes —repuso Crag hoscamente—. Y por gente más peligrosa que la policía.

—Es cierto; pero este trabajo es algo difícil y especial. Y, además, Olliver le prometió su libertad. Eso significa su libertad absoluta y total y no la situación de un hombre perseguido.

—Querrá usted decir que van a proveerme de un certificado falso del psicógrafo.

—Naturalmente. Un salvoconducto en regla para comenzar una nueva vida. Sin ese documento, sus enemigos encubiertos tendrían interés en usted.

—Pero eso no puede hacerse —dijo Crag—. Ya se intentó antes.

—Sí, pero fue con un certificado falso, no uno verdadero y real, respaldado por toda clase de registros y comprobaciones. La diferencia estriba en que usted irá realmente al psicógrafo; pero no será psicografiado. A prueba de tontos, por completo. —Y Judeth se movió por primera vez, ladeando la cabeza para mirar a su marido—. Incluso de un tonto como mi marido, que ha estado a punto de que muriéramos los dos hace un momento —concluyó con cierta socarronería en la voz.

La mente de Crag trabajaba furiosamente. Parecía demasiado sencillo, demasiado perfecto.

—Así tendré que dejarme capturar de nuevo, ¿no es cierto? ¿Qué sucedería si la policía dispara primero y me coge después?

—No sucederá así, porque usted será capturado aquí y ahora, cuando hayamos terminado de hablar. Olliver puede estar apuntándole con una pistola, mientras yo llamo a los guardias del exterior. Estará usted detenido y no existirá la menor razón para que disparen contra usted.

Crag aprobó con un gesto.

—¿Y... usted será la encargada de manejar el psicógrafo?

—Desde luego. No hay la menor oportunidad de que otra persona intervenga. Yo soy ahora el único técnico; mi ayudante está de vacaciones. La ocasión es perfecta. ¿Más preguntas?

—Sí —dijo Crag mirándola con ojos duros—. ¿Cómo podré saber que puedo confiar en usted?

Ella le devolvió una mirada serena y tranquila.

—Puede hacerlo, Crag. Ya comprendo por qué tiene sus dudas y... lo lamento de veras.

—¿Promete usted no hacer nada en el aparato que pueda cambiar mi mente?

—Lo prometo. Piense por un momento y verá que no me sería posible hacerlo. Ello le convertiría en algo inútil para nuestros planes. Si considera que resulta cambiada su mente en lo más mínimo, podrá matarme después.

—¿Y si usted suprimiese la memoria que me permitiese tenerlo en cuenta?

—Usted ya conoce la cuestión, Crag. El proceso no es tan selectivo. Tendría que remover todos sus recuerdos y trastocarle toda su mente, o no tocarle en lo más mínimo. En caso contrario, podríamos suprimir solamente las experiencias de un criminal y las causas y circunstancias que le han llevado a tal situación y dejarle el resto de sí mismo. Es posible que eso pueda hacerse algún día; pero todavía no.

Crag volvió a estar de acuerdo con un gesto silencioso. Esta vez, Olliver salió de su mutismo y con su rostro coloreado normalmente intervino en la conversación.

—¿Y bien, Crag?

—Está bien. Tome su pistola.

Olliver abrió un cajón del despacho.

—Deje esa bata en el armario, donde la tomó. Podría ser muy difícil explicarlo a la policía.

—Espere un momento. ¿Por qué es preciso llevar adelante todo esta comedia? ¿Por qué no me lo explicó en su charla privada del tribunal? Pudo haberme sentenciado entonces al psicógrafo. ¿Por qué esta aventura de dejarme escapar para volverme a capturar de nuevo?

—No le habría usted creído, Crag —repuso Judeth—. Podría haber pensado que eso es todo lo que suele decirle a los condenados para que fuesen al psicógrafo más tranquilos. De todas formas, sea cual fuese lo que le hubiera dicho, usted no habría confiado en él. El hecho de que le ayudásemos a escapar es la mejor demostración de cuanto le digo.

Crag pensó que aquello tenía sentido. No habría confiado realmente en Olliver hasta el extremo de ir voluntariamente hacia el psicógrafo. Habría más bien tratado de evadirse, antes de creer algo parecido.

Se puso en pie, se quitó la bata de seda de Judeth y vaciló aún.

Judeth no bromeó en absoluto, ni dejó escapar la menor indicación de humor. Se deslizó de la posición que ocupaba en el ángulo de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a buscar a la policía —advirtió—. Esté dispuesto.

Crag colgó rápidamente la prenda en el armario y volvió poniéndose contra la pared. Permaneció allí con las manos en alto, mientras que Olliver le apuntaba con la pistola desde su mesa. La policía entró a los pocos instantes.

No ocurrió nada camino de la cárcel. Más tarde la cosa fue peor, cuando los guardias de la prisión se hicieron cargo de él, de manos de la policía, y le condujeron a una celda. Le golpearon salvajemente hasta dejarle casi inconsciente, antes de soltarle. Pero el sentido común y el instinto de conservación fueron lo suficientemente fuertes en Crag como para que no se le ocurriese defenderse y luchar contra sus carceleros. Había seis y todos armados con pistolas de rayos, además de la porra de goma que llevaba cada uno colgando del cinto. Crag pudo muy bien haber matado a tres o cuatro de ellos; pero las posibilidades de haberlos destruido a todos antes de morir, eran de mil a una en su contra. Aún así las habría aceptado si se hubiera tratado de haberle llevado realmente al psicógrafo.

Sobre la medianoche recobró el conocimiento. Le dolían horriblemente todos los músculos de su cuerpo. Penosamente se las arregló para incorporarse y poder echarse en su camastro. Tras una media hora, se quedó dormido.

Por la mañana, el comunicador del techo de la celda le despertó con la noticia de que se había pronunciado su sentencia y de que los guardias le conducirían al psicógrafo pasada media hora a partir de entonces. Se sentó al filo del camastro, doliéndole todos los miembros. Se encontraba desnudo, los guardias le habían

desgarrado las ropas la noche anterior en la espantosa paliza que le administraron. En un rincón de la celda, habían dejado, en su lugar, ropas sucias de un recluso de la cárcel de la Federación, que decidió ponerse con gran trabajo.

Poco después, otros seis guardias vinieron en su busca, con diez minutos de anticipación, como para tener tiempo todavía de volver a propinarle otra paliza. Lo hicieron, aunque con menos severidad que la noche anterior, ya que no podían dejarle inconsciente ni impedir que pudiera andar y moverse en su camino hacia el psicógrafo. Cuando avisó el zumbador, le transportaron hacia la habitación del psicógrafo y le amarraron brazos y piernas a un gran sillón. Todavía le abofetearon en plena cara y uno de ellos le lanzó un terrible puñetazo al estómago. Crag se alegró de no haber desayunado. Después dejaron la estancia vacía.

Pocos minutos después, llegó Judeth. Nuevamente, aparecía vestida en su uniforme de técnico psicográfico, como la había visto por primera vez. Pero ahora su belleza se mostraba más perfecta, ya que Crag conocía, a pesar del uniforme, cada curva que pudiera quedar escondida en el poco femenino atuendo de servicio. Llevaba las gafas que se apresuró a quitarse una vez dentro de la estancia del psicógrafo.

Crag continuó silencioso sin decir nada cuando se encontró frente a ella y sin mirarla a la cara. Ella sonrió ligeramente.

—Vamos, Crag, no tenga ese aire tan preocupado. No voy a someterle al tratamiento psicográfico, ni voy a tocar su mente en la más leve forma. No voy, incluso, ni a conectar los electrodos del aparato.

Crag continuó silencioso.

La sonrisa de Judeth se desvaneció de sus bellas facciones.

—Sabe usted, Crag... odio la idea de haberle tenido que ajustar al aparato, incluso en el caso de haber sido obligado el hacerlo. Es usted un bruto tan magnífico, que me gusta mucho más en la forma en que se conduce y tal y como es, que si fuese un hombre atildado, de dulces maneras. Y eso es lo que podría hacer con usted..., pero no lo haré.

—Desátame —gruñó Crag.

—¿Con la puerta cerrada y solos aquí los dos? —Judeth sonrió—. No me tome por tan tonta. Sé que odia usted a todas las mujeres. Pero también sé y conozco su temperamento y me figuro el tratamiento que le dieron la pasada noche. Teniéndole libre tendría que vigilar cualquier palabra que pronunciase... y guardarme de su mano izquierda.

—¿Qué es lo que sabe de eso?

—Sé mucho más acerca de usted de lo que piensa. Pero pienso conocer muchas cosas más. Va usted a decirme una serie de datos sobre su propia vida.

—¿Por qué?

—Porque es imprescindible que haga un completo informe, desde luego. Incluso la historia completa de un caso notable y una lista de los delitos más importantes que

haya cometido, y que se presume que ha confesado usted bajo la influencia de la máquina. A propósito, eso me recuerda que tengo que ponerla en funcionamiento. — Se trasladó a la espalda del sillón en que Crag estaba fuertemente amarrado e hizo activar un dispositivo, que llenó la estancia de un sordo zumbido que ocupó por completo la habitación—. Esto es audible en el corredor exterior, con lo que me ahorraré toda molestia. No se preocupe, no está conectado con usted de ningún modo.

Cuando Judeth volvió a la vista de Crag, llevaba en las manos un cuaderno de notas y un lápiz; tomó una silla próxima y se sentó frente a él, dispuesta a cumplir su cometido:

—Dígame cuándo y dónde nació usted, Crag.

—Puede usted decidir su propia historia.

—Oiga, Crag, este informe será comprobado contra cualquiera serie de hechos ya conocidos y registrados acerca de usted. Si no está de acuerdo en todos sus aspectos, resultará evidente que esta sesión ha sido falsificada. Habrá una investigación adecuada y se querrá saber a toda costa por qué la máquina no ha funcionado convenientemente en usted. Usted será vuelto a recluir y volverá a este cuarto... y esa vez no seré yo quien opere con la máquina. Estaré en la cárcel o más posiblemente enviada a mi vez al psicógrafo. Por lo que yo sé, este delito que ahora se está cometiendo contra la Ley jamás se ha cometido antes y no sé cuál será la penalidad que le corresponda. Pero, con respecto a usted, quedan pocas dudas... No puedo correr ya más riesgos de los que he corrido hasta aquí, por tanto, *tiene* que cooperar, o ya sabe lo que le espera. También podría verme obligada a conectar los electrodos y realizar mi misión honradamente. No tengo otra elección. ¿Lo ha comprendido bien?

—Está bien, está bien —repuso Crag ceñudamente—. Continúe.

—¿Dónde y cuándo nació usted?

Crag se lo dijo. Siguió respondiendo a otras preguntas de rutina. Fue refiriendo sus años juveniles, sus estudios y sus primeros tiempos de hombre del espacio.

—Y su carrera de hombre del espacio terminó cuando perdió la mano. Hábleme de eso.

—Lo fui durante siete años y era teniente en Vega III. Por entonces, en la Tierra se ponía a punto una espacionave para Marte. Fue un puro accidente, no fue culpa mía ni la de nadie. Una de esas cosas desgraciadas que ocurren. Un fallo mecánico en un tubo de los reactores, mientras lo estaba limpiando.

—¿Acaso le atribuyeron la culpa de lo ocurrido?

—No, precisamente; pero hicieron constar un tecnicismo a mi cargo y con ello se perdió la compensación a la que tenía derecho. Y eso no fue lo peor sino que me retiraron la licencia y perdí mi rango. Y así de un oficial del Espacio me quedé convertido en un manco desgraciado cualquiera.

—Bien, ¿y cuál fue ese tecnicismo?

—Un análisis del alcohol de mi sangre. Mostró una cantidad insignificante. Yo había tomado una copa de despedida, ciertamente que sólo una, con un amigo, seis

horas antes. Pero dio la casualidad que se testificó y ello dio lugar a dejar bien sentado de que *había sido* seis horas antes. El reglamento determinaba estrictamente que no podía beberse nada ocho horas antes del despegue; pero el programa se adelantó una hora antes de que ocurriese el accidente. Aquello me colocó en la situación de haber quebrantado el reglamento por exactamente una hora de tiempo. Utilizaron el hecho para ahorrarse con ello el dinero. No hubo nada que yo pudiera hacer en mi defensa.

—¿Y después de aquello?

—Oh, anduve haciendo locuras muchos años. Bien, ¿se llevará este interrogatorio mucho tiempo?

—Una hora, para cumplir las formalidades precisas, como si la máquina hubiese estado realmente trabajando.

—Mire, señora, estas ligaduras me aprietan demasiado. ¿Me dejaría fuera de este maldito sillón si le doy mi palabra de honor?

Judeth vaciló. Después, repuso:

—Dentro de un minuto. Pero existe una cosa que la considero importante en mi informe y que deseo que me diga ahora mismo. ¿Por qué razón odia usted tanto a las mujeres?

—Será un placer decírselo. Hacía aproximadamente un mes que estaba casado antes del accidente, con una chica de la que estaba locamente enamorado. ¿Debo contarle lo que hizo cuando se enteró de que había perdido una mano y mi empleo?

—¿Se divorció, tal vez?

—Se había vuelto a casar antes de que saliera del hospital.

—¿Hizo usted algo... al respecto?

—¿Quiere decir si la maté? No, la odiaba demasiado para volver a tocarla siquiera.

—¿Y no admitirá usted honestamente que aún continúa enamorado de ella?

La cara de Crag se puso roja y las venas de los brazos se le hincharon junto a las ligaduras del psicógrafo.

—Si fuese libre, yo...

—Bien, Crag. ¿Hay algo más que tenga usted que decirme sobre ella?

—Tenía los cabellos exactamente de su mismo color, señora. Y era tan hermosa como usted. —Crag se detuvo un instante—. No, usted es más hermosa. Y más temible, también.

—No soy mala, Crag. Soy dura. Como usted mismo lo es. Bien, creo que es suficiente para mi informe con respecto a ella. No la mencionaremos más ni a ella ni a ninguna otra mujer. Ahora voy a soltarle.

Judeth procedió a deslizarle de sus ataduras con rapidez. Le soltó la banda que le sujetaba la frente y que le obligaba a tener la cabeza echada hacia atrás y después las de las muñecas.

—¿Qué más? —preguntó Crag.

—Su lista de delitos. Esto tiene una finalidad. Ellos desean esto particularmente, porque así concretan los ya resueltos en vez de informarse sobre los sin resolver. Eso le favorecerá de todas formas. No tiene nada que perder y causará muy buen efecto.

Crag soltó una leve carcajada.

—Esté dispuesta a escribir todo un libro.

—Es mejor que hable en el magnetófono para que la policía lo transcriba todo más tarde. Pero antes de que lo ponga en marcha, procure adoptar una voz monótona y sin emociones; esto es, como si hablara bajo los efectos de la máquina. Siéntese en idéntica postura a la que tenía hace un momento para hallarse a la misma distancia del micrófono. ¿Dispuesto?

Crag le hizo un gesto afirmativo. Judeth puso en marcha el registrador.

El hombre se puso a relatar en la forma indicada por Judeth una relación de los mayores delitos que había cometido, dejando adrede dos sin relatar. Se trataba de delitos en los que se había servido de cómplices que, por lo que sabía, estaban vivos aún. Después, hizo un gesto a Judeth quien desconectó el aparato de registro magnetofónico.

—¿Y qué hay en relación con el delito por el que estuve convicto, el del neftín? Supongo que tendré que confesarlo también...

—Creo que será mejor que lo haga, Crag. Si tuviese que informar que no lo hizo, daría pie a una futura investigación, y ésta es la cosa que menos podemos desear. Veamos, usted estuvo en Venus hace un año, ¿no es cierto?

—Sí.

—Diga que compró el neftín allí de un individuo a quien conocía y cuyo nombre puede falsear a su gusto, añadiendo algunos detalles que resultará muy difícil comprobar, indicando dónde y cuándo lo conoció. Diga que lo ha conservado hasta haberse enterado de que su precio era elevado aquí en Albuquerque; pero que no tenía idea de ningún comprador especial, y que sólo intentaba buscar uno.

Crag aprobó la idea, y a continuación hizo el relato de las indicaciones sugeridas por Judeth.

—¿Algo más? —preguntó cuando la máquina estuvo detenida de nuevo.

—Sí. La evasión. Tiene que explicar cómo se las arregló para hacerlo. Yo le he preparado una versión que espero merezca su aprobación.

—¿Y cuál es?

—El guardia que mató al salir se llamaba Koster. Hace un año, era dependiente de un bar de Chicago. Diga usted que le conoció allí. Puede decir que se aproximó a su celda ayer y que le ofreció ayudarlo a escapar por diez mil dólares, que usted le pagaría cuando estuviera en libertad. Usted aceptó y él le proporcionó los utensilios necesarios para la evasión.

—¿Y por qué tendría entonces que haberle matado?

—Para ahorrarse esos diez mil dólares.

—No, creo que eso no va muy bien encaminado. Creo que tengo otro relato

mejor. Me dio la ruta a seguir y el momento para pasar a través de la puerta que estaba vigilando. Nunca intentó realmente ayudarme a escapar sino que intentó matarme y conseguir la fama por haber evitado mi evasión, consiguiendo así un ascenso. Y que cuando intentó sacar el arma yo me las arreglé para evitar que me matara, haciéndolo yo a mi vez con su propia pistola.

—Bien, parece mucho mejor. Dígalo de esa forma. Tiene usted buenos recursos, Crag.

Judeth puso nuevamente en marcha el aparato y Crag fue relatando la versión que acababa de imaginar.

—De acuerdo —dijo ella con el magnetófono parado—. Esto acaba las cosas. Se supone que ahora el psicógrafo ha erradicado de su mente todo lo que me ha contado. —Judeth miró a su reloj—. Disponemos aún de unos quince minutos. Permítame volver a sujetarle a la máquina.

—¿Por qué?

—Se supone igualmente que usted permanece todavía ligado al psicógrafo cuando yo salga de aquí. Cuando los guardianes le desaten, es mejor que aparezcan en su cuerpo las marcas de las ligaduras, especialmente la que le sujeta la frente. En caso contrario, tendrán serios motivos para sospechar.

Crag se inclinó y se amarró por sí mismo las ligaduras de los tobillos y se echó hacia atrás poniendo los brazos sobre los del sillón del psicógrafo dejándose atar fuertemente por Judeth. Al amarrarle el correspondiente a la mano izquierda, dijo:

—Usted conoce lo de mi mano izquierda. ¿Cuántas personas lo saben? Esto podría crearme serias dificultades.

—No se preocupe, Crag. Nadie más lo sabe, excepto Olliver. Por la forma en que levantó la mano para golpearle anoche, supuse en el acto lo que ocurría. Ni siquiera se lo mencioné a él y tampoco estoy segura de que él haya podido hacer la misma deducción.

—Está bien. ¿Por qué no me dice qué clase de misión, es la que desea Olliver que haga por él?

Judeth sacudió la cabeza.

—Desea explicárselo a usted por sí mismo. Además, tengo ahora algo más importante que explicarle y dispongo de poco tiempo, antes de salir de aquí.

—Ya comprendo. Tendré que aparecer humilde como un conejo.

—No me refiero a eso. En primer lugar, se presupone que saldrá inconsciente de esta habitación. Los guardias vendrán, le desatarán y...

—Y me darán otra paliza como la de anoche ¿no es eso?

—No. Usted ya ha dejado de ser la persona que mató a uno de ellos y ahora ya no tienen nada contra usted. Usted comienza ahora como una nueva persona, totalmente distinta, Crag. Le pondrán en una camilla y utilizando el elevador le llevarán hasta el hospital del piso veintitrés. Allí le acostarán y esperarán hasta que vuelva en sí de su letargo.

—¿Por cuánto tiempo se supone que deba permanecer inconsciente?

—Al menos una hora. Algunos están más tiempo.

—¿Y después?

—Haga como que se despierta súbitamente, aunque sintiéndose confuso y torpe. Recuerde bien esto: usted no sabe quien es, ni cómo ha llegado hasta aquí. Siéntese en el borde de la cama durante un rato, como si estuviera tratando de orientarse.

—Bien, dígame lo que sigue.

—Ya recibirá instrucciones. Una enfermera, que no le quitará ojo de encima desde una puerta, se aproximará a usted cuando vea que ha despertado y le llevará a alguien que hablará con usted y quien le explicará una serie de cosas, indicándole lo que tiene que hacer.

—¿Y qué actitud debo adoptar?

—Deberá aparecer embrollado y confuso y será conveniente que haga ciertas preguntas, las más dispares, propias de la situación. Pero procure por todos los medios comportarse cortés y educado. Acepte sin discusión y siga fielmente las sugerencias que se le hagan. Todo irá perfectamente a partir de ese momento.

—Pero... ¿dónde y cómo podré ponerme en contacto con Olliver?

—No se atormente ahora por eso. Yo se tomarán las medidas oportunas para ello. Cuanto menos conozca lo que le espera después, tanto más naturalmente se hallará usted dispuesto después para jugar su papel. Pero recuerde que tendrá que controlar bien su lengua... y su temperamento, a cada minuto y a cada segundo. Bien, Crag... tenga cuidado. Y ahora haga como si estuviese inconsciente. Cierre los ojos y respire profunda y lentamente.

Desconfiado de las mujeres como lo era, Crag pudo haber esperado lo que siguió después; pero no lo hizo. Y así el beso que le pusieron ardientemente en los labios le hizo vibrar como una descarga eléctrica.

Pero se sentó rígidamente, sin moverse ni hablar, odiándola tanto que no quiso darle la satisfacción de haber maldecido por lo sucedido, como ella seguramente no habría dudado en esperar. Esperó pacientemente, hasta oír cómo se desvanecían los pasos de Judeth, en el profundo silencio que siguió al cese brusco del zumbido de la máquina. La mujer se dirigió hacia la puerta y se alejó.

Sólo cuando, momentos más tarde, oyó ruido de pasos aproximarse a la puerta, recordó que tenía que relajarse y representar la comedia de aparecer inconsciente, respirando lenta y pesadamente.

Por las pisadas y por la forma en que le tomaron de la máquina, Crag calculó que eran dos los guardias que le transportaban fuera de la sala y que en aquella ocasión no tenían nada que temer de él, y que además, cosa importante, no tenían la menor intención de volver a golpearle. Le levantaron del sillón del psicógrafo y le pusieron en una camilla. Fue conducido por un corredor, después al elevador del edificio de la Federación, que descendió, sintiendo que luego le depositaban en una cama de hospital.

—Éste fue el que mató a Koster —oyó cómo uno de los guardias decía al otro—. ¿Le damos algo para que se siga acordando?

—No —repuso el otro—. ¿De qué serviría? Ya no es el mismo tipo. Aunque lo sintiera, no tendría la menor noción de lo que se le hiciera ahora.

—Sí, pero...

—Vamos. Deja tus fuerzas para mejor ocasión.

Y Crag oyó cómo salían de la sala.

Comenzó a calcular mentalmente cuál sería el tiempo transcurrido y en qué medida podría saberlo. Carecía de su reloj de pulsera, ya que le habían quitado cuanto poseía en la celda. Finalmente oyó sonar una hora en un reloj de pared. La cuestión se hacía ya simple; todo lo que tenía que hacer sería esperar hasta que el reloj diese la hora siguiente para volver en sí de su pretendida inconsciencia.

Le costó un esfuerzo terrible permanecer inmóvil a causa de los terribles dolores de todos los músculos de su cuerpo; pero lo consiguió. Al sonar la próxima hora, hizo su papel de la mejor forma posible. Hizo un gran esfuerzo para incorporarse y sentarse al borde de la cama, restregándose los ojos como el que sale de un profundo sueño. En el acto se le aproximó una enfermera.

—¿Se siente mejor?

Crag se puso en pie; pero hizo como que le flaqueaban las fuerzas y volvió a sentarse.

—Tengo todo el cuerpo dolorido —dijo—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Es que he sufrido algún accidente? ¿Cómo estoy aquí?

La chica sonrió.

—Oh, no se preocupe. Todo irá bien, y todo le será convenientemente explicado. ¿Quisiera mejor seguir acostado y descansar algo más?

Crag fingió una voz vacilante.

—Oh... me encuentro bastante bien, supongo. —Se miró a sí mismo y pareció sorprendido—. ¿Estas ropas... son de la prisión? ¿Acaso... yo...?

—Oh, no se moleste. Todo está perfectamente. Estará usted en condiciones de salir de aquí, cuando todo le haya sido explicado. Y por lo que respecta a sus ropas...

—La enfermera se dirigió a un pequeño armario. Allí aparecían la camisa, los pantalones y debajo las sandalias de verano—. Ésta es la que vestía. Si desea que se le cambie algo...

—No —repuso firmemente Crag—. Pero si hubiera una ducha, creo que me mejoraría del dolor que tengo en todo el cuerpo.

La enfermera aprobó con un gesto y le señaló otra puerta.

—Allí. ¿Está seguro de que no necesitará ayuda?

Crag le aseguró que no, le dio las gracias y esperó hasta que ella hubo salido. Después se encerró en la ducha y se tomó una larga con agua tibia y después fría. Se puso las ropas que tenía en el armario, y después abrió la puerta de salida de la sala, fingiendo la mayor incertidumbre.

La enfermera estaba sentada en un pupitre a una docena de pasos en el corredor. Había oído abrirse la puerta y le miró. Volvió a sonreír a Crag y le hizo una seña para que se aproximase a ella.

—¿Se siente mejor, ahora? —le preguntó sonriendo—. Parece usted mucho mejor en este momento.

—Sí, gracias, señorita, me encuentro mucho mejor. Estaba tratando de recordar algunas cosas... y no acierto con nada. Ni siquiera sé quien soy, ni puedo recordar absolutamente nada de mí...

—No se preocupe. Todo va bien. Ahora le llevaré al doctor Gray.

La enfermera se levantó y se dirigió a través del vestíbulo, seguida de Crag. Le mostró una pequeña salita de espera y le dijo que el doctor le vería en pocos minutos. Pasado aquel tiempo, se encontró frente a un hombre con una cara redonda colea la luna.

—Siéntese, Crag.

—Me llama usted Crag. ¿Es ése mi nombre, doctor?

—Sí, hijo. ¿Quiere un cigarrillo, Crag? —Tomó uno del paquete que le ofrecía el médico, quien se levantó a través de su mesa para encendérselo—. Su nombre es Crag —continuó—, a menos que decida cambiarlo. Éste será un privilegio del que podrá hacer un completo uso, si se decide a hacerlo, tras haber conseguido orientarse nuevamente por la vida. Para que sepa, Crag, usted fue un criminal... y para ponerle en condiciones de incorporarse nuevamente a la sociedad, ha sido preciso erradicar de su mente todos sus recuerdos.

—¿Qué clase de criminal era? ¿Qué fue lo que hice?

—Es mejor que no responda a esa pregunta en bien suyo, Crag. Tendrá que concentrarse ahora en el futuro y no en lo pasado. Especialmente ahora, ya que el pasado no tiene importancia y está totalmente olvidado. Sean cualesquiera los crímenes que haya cometido están borrados de los libros y cancelados, olvidados. Ahora no tiene en absoluto que sentirse culpable por ellos, porque usted ya no es la persona que los cometió, en modo alguno. Usted comienza como un nuevo ser y no le debe nada a la sociedad.

Crag aprobó lentamente con la cabeza.

—Trato de ir comprendiendo, doctor.

La redonda cara de luna del médico miró a una ficha que tenía ante sí sobre la mesa.

—En un aspecto es usted un hombre afortunado. No tiene parientes vivos, y, por tanto, no tiene lazos que le ligen a nadie, en su pasado, sea el que fuere. En casos así, suelen ocurrir ciertas complicaciones. Pero... —El médico se aclaró la garganta y abandonó la frase que estaba pronunciando—. También es afortunado en otro aspecto. Cuenta usted con un fiador que le ofrece un empleo muy bien pagado, mucho mejor que la mayor parte de los graduados. Será usted un piloto espacial.

—¿Piloto del espacio? —Crag no debería haber mostrado aquella sorpresa, pero

no pudo evitarlo. Tal vez mostró demasiada sorpresa en su reacción, ya que el médico le miró con agudeza.

—Sí —dijo el doctor Gray—. Lo será usted para una espacionave privada. Está usted debidamente calificado, usted tenía una licencia de la categoría A, hace algún tiempo. Fue revocada; pero este trámite queda anulado automáticamente cuando la persona ha pasado el proceso del psicógrafo. A menos que la revocación fuese por incompetencia, lo que no ocurre en su caso. Tendrá que seguir un nuevo curso de reinstrucción, naturalmente.

—¿Y qué clase de aparato es, señor?

—Una espacionave de cuatro pasajeros, semiatómica, modelo J-14. Y su patrón, Crag, es un gran hombre, un personaje relevante, ciertamente. Su nombre es Olliver, quien es posible que llegue a ser un gran hombre de Estado en el sistema. Al menos en mi opinión, debería usted considerarse muy afortunado y agradecerle su interés en este empleo. De lo contrario, deberá recomenzar su vida nuevamente... bien, en otra cualquier categoría mediocre. Nosotros siempre tenemos empleos para estas personas, en realidad más demandas de las que podemos atender. Por supuesto, si usted no quisiera volver nuevamente al espacio está en perfecta libertad de elegir. Ahora es un hombre libre, Crag: Se le está ofreciendo ese buen empleo, no ordenándole que lo acepte.

—Lo aceptaré —repuso Crag. Y recordando las instrucciones de Judeth, añadió —: Gracias. Muchísimas gracias, doctor.

El médico sonrió con su redondeada faz totalmente ausente de expresión.

—No me lo agradezca a mí, hágalo con el juez Olliver. Por ahora tiene usted alojamiento y manutención en su casa, y no tendrá que ocuparse de buscar vivienda. Aquí tiene su dirección y diez dólares. —Y le alargó un papel junto con el billete prometido—. Es para el taxi, a menos que prefiera ir andando. No tiene que darse ninguna prisa cuando salga de aquí.

Crag se puso en pie, puso ambos papeles en el bolsillo y volvió a dar las gracias al médico. Cinco minutos más tarde, respiró profundamente mezclado con la multitud en plena calle. Estaba *libre*.

Y hambriento, condenadamente hambriento. Todavía no eran las doce del día, pero ya había perdido dos comidas. Perdió la cena por la evasión y la nueva captura de la policía. Y el desayuno, porque se suponía que para los efectos de la máquina psicográfica debería tener vacío el estómago. También deseaba más que nada en el mundo tomar un trago o varios más. Pero con diez dólares no podría pagarse mucho licor, del que él deseaba. Pero podría pagarse un buen almuerzo en un restaurante.

Después de haberlo hecho a su gusto, volvió a desear un trago con más fuerza que antes. Se detuvo a pensar de qué forma podría hacerse con cien dólares para correrse una francachela antes de informar a Olliver de su libertad, pero aquello suponía un riesgo, y su situación no era como para correr ninguno. Decidió finalmente no hacerlo y esperar.

Todavía no tenía prisa en ir en busca de Olliver, y llamó a la camarera para que le sirviese otra taza de café y le llevase el último periódico del día.

El periódico mencionaba que había sido sentenciado al psicógrafo; pero sin añadir otros detalles. Generalmente nunca se daban, cuando el condenado iba al psicógrafo; la teoría legal era que un hombre psicografiado debía considerarse como un hombre totalmente nuevo, que empezaba una nueva vida, sin ningún pasado, incluso con sus huellas digitales destruidas. Ya que el psicografiado se había olvidado de su identidad y de sus delitos, la sociedad no podría hacer menos.

Hojeó el periódico, sin encontrar nada de interés. Las usuales cuestiones de la política y otras informaciones de rutina. Repentinamente sintió deseos de caminar por las calles, para saborear su libertad. De paso, el pasear le haría un gran bien a sus músculos doloridos. Pagó su cuenta y se marchó.

Dio un gran rodeo hasta llegar a la casa de Olliver, en parte para hacer el paseo más largo y también para evitar el Barrio Marciano, el distrito vicioso de los hombres del espacio. Resultaba la cosa más sencilla del mundo entrar allí y tropezar en seguida con dificultades; no era aquélla la mejor ocasión para hacerlo.

Caminó a paso rápido; pero con una cierta gracia felina en sus movimientos, poniendo en práctica una docena de variaciones sobre la gravedad. Pensaba en el millón de dólares.

¡Todo un millón de dólares por una misión que cumplir!

El vigilante de la puerta frontal de la residencia de Olliver tenía una horrible cara de bulldog y características de sádico, como muchos de aquellos individuos; pero se inclinó cortésmente ante Crag y le abrió la puerta diciéndole que el juez le estaba esperando en su estudio. Crag atravesó el gran vestíbulo y volvió a entrar en la misma habitación de la noche anterior.

Se alegró de que Olliver estuviera solo, y sentado tras su maciza mesa de roble.

—Siéntese, Crag —le dijo Olliver—. Se tomó usted bastante tiempo para llegar hasta aquí.

Crag permaneció silencioso.

—¿Ha comido usted? —preguntó Olliver, respondiendo Crag con un gesto.

—Bien. Podemos hablar, pues. ¿Le gusta, verdad?

—Cuando es necesario. Por el momento prefiero que hable usted. Yo escucharé.

—Muy bien. Ya le habrán dicho que le ofrezco un empleo como piloto privado y presumo que habrá aceptado.

—Así es.

—¿Sabe usted pilotar un J-14?

—Me bastará con un par de días para estudiar el manual y familiarizarme con los controles.

—Magnífico. Dispone usted de una semana antes de que salgamos hacia Marte. El aparato está en la plataforma 96 del espaciopuerto. Allí lo tiene a su disposición para que realice cuantas prácticas necesite. Yo puedo pilotarlo por mí mismo; pero

jamás salgo al espacio sin alguien que pueda relevarme.

—¿Y después de Marte?

—Dejará usted este empleo nominal y comenzará su verdadera misión. Ya se lo explicaré convenientemente en ruta; tenemos tiempo sobrado.

—Comprendo que eso esté bien para los detalles; pero supongo que podrá usted darme ahora una idea de conjunto. Tal vez sea algo que no quiera hacer o que no pueda realizar. Incluso por el precio que usted ofrece, no iría a aceptar un trabajo de suicidio. Sea lo que sea, deberé saberlo ahora.

—Es algo peligroso; pero no tanto. Supongo que lo intentará. Apuesto a que sí, de todos modos podría dejarlo antes de llegar a Marte.

—Esperaré a los detalles; pero sigo deseando conocer la naturaleza general del trabajo que voy a realizar. Quizás tenga que hacer preparativos en esta semana que falta.

—De acuerdo, comprendo su punto de vista. Creo que ahorraremos tiempo más tarde si comenzamos ahora a hacer nuestros planes. De hecho, si usted acepta o declina el trabajo ahora, se lo diré todo ahora mismo..., excepto una cosa, y puede decidir también ahora mismo, aún ignorándola.

—Muy bien, adelante.

—Deseo que robe un determinado objeto que existe en Menlo.

Crag dejó escapar un silbido.

—Pero eso es prácticamente una fortaleza.

—Sí; pero no inexpugnable para cualquiera que tenga un empleo como guarda en el interior. Y para eso su certificado del psicógrafo es del mayor valor. Los hombres que han sido psicografiados recientemente, *se les tiene* por leales a toda prueba y se les emplea mucho más rápidamente que a los demás, sin importar lo que fueron antes. En realidad, nadie se preocupa de su vida anterior, ni se le hacen preguntas. De cualquier forma, usted sólo tiene que negar cualquier pregunta que le hagan sobre su anterior identidad.

Crag sonrió ceñudamente.

—Y si no existen accesos, tendré que cargarme a un guardia y fabricar otro en su puesto, ¿no?

—No será necesario. Menlo está muy aislado y Eisen no permite la presencia de mujeres. Por esas dos razones Eisen tiene que pagar primas especiales para conseguir empleados e incluso así tiene enormes dificultades. No tendrá usted la menor dificultad en hallar empleo.

—¿Y ese objeto que tengo que robar... es fácilmente portable?

—Podrá llevárselo en un bolsillo cualquiera.

—Menlo es una gran factoría. ¿Quisiera decirme dónde tendré que buscar ese objeto?

—Sí; pero no cómo conseguirlo.

—¿Ha intentado alguien llevárselo antes?

—Sí. Yo... nosotros teníamos un espía en Menlo, Crag, hace seis meses. Como técnico, no como vigilante. Ayudó a Eisen a trabajar en el logro de ese... objeto, y me habló de ello. Le ordené que lo consiguiera y le hice la misma oferta que le he hecho a usted. Unas pocas semanas después leí un informe de que había resultado muerto accidentalmente. Tanto si ha sido así, como si ha sido privadamente ejecutado o no, es algo que ignoro.

—Probablemente cogido en una trampa mortal. Menlo está llena de ellas.

Olliver se encogió de hombros.

—No se trataba de un criminal profesional, de nadie que perteneciese a su categoría, en absoluto. Me habría considerado satisfecho usándole como una fuente de información, sin esperar más de él. Desde entonces, he venido buscando al hombre apropiado para este trabajo. Y así es cómo me fijé en usted, al hallar su nombre y antecedentes en un expediente. Así es la cuestión, Crag.

—¿Y es eso todo lo que tengo que hacer allá? ¿Encontrar ese objeto y, procurando que no me agarren, dárselo a usted?

—Y otra cosa aún, si es posible. Usted es hábil manejando las herramientas, ¿no es cierto?

—Sí. De no poder encontrar un empleo como vigilante, podría encontrarlo en el almacén de la maquinaria.

—Eso podría ser muy útil. Pero no era eso lo que tenía pensado cuando le hice esa pregunta hace un momento. Si pudiera usted fabricar un duplicado del objeto que buscamos y colocarlo en el lugar del verdadero sería lo ideal. Tal objeto nos será de muchísima más utilidad, si Eisen ignora que se ha perdido. De todos modos es preciso conseguirlo, bajo cualquier circunstancia.

—¿Cuántas personas, además de usted y de Eisen conocen la existencia de ese objeto y su valor?

—Nadie, que yo sepa, al exterior de Menlo, y probablemente ni una sola persona de las que allí hay. No creo que haya nadie, aparte de Eisen y de mí mismo, que tenga noción de su existencia ni de su valor. Es una invención de Eisen de la que piensa que resulta poco práctica y casi sin valor alguno. Pero yo veo en ella la posibilidad de ganar miles de millones de dólares. Y toda esa colosal fortuna es la que necesita el Partido Cooperacionista para su política abierta. —Olliver se detuvo un instante, para preguntar a continuación—: ¿Y bien, Crag?

—Una pregunta todavía. ¿Dispone usted de un millón de dólares en efectivo? ¿O se supone que deberé esperar a conseguirlo tras que ustedes hayan ganado esos hipotéticos centenares de millones?

—El millón está dispuesto en efectivo. No de mis fondos personales, sino de la caja del partido. Mis colaboradores sólo conocen que yo sé la forma de invertir ese millón en nuestra política, de forma que nos produzca con seguridad un mayor capital. Todos confían en mí, sin conocer con exactitud su verdadero destino. Como jefe del partido y futuro candidato para el Coordinador del Sistema, me han dado

carta blanca en el desembolso de parte de los fondos del partido. Si yo pudiera decirle quienes están asociados conmigo en esto, Crag, se quedaría asombrado.

—Eso es algo que me tiene sin cuidado —repuso Crag—. El millón de dólares en efectivo y que está en sus manos, eso es todo lo que quiero saber, y el compromiso formal existente entre nosotros. Ahora necesito un anticipo para gastos. Mil dólares será suficiente por el momento.

Olliver frunció el entrecejo.

—No necesitará tanto dinero. Está usted viviendo ahora aquí, como empleado mío, durante la semana que precede a nuestra partida. Dispongo de un coche para que pueda utilizarlo a su gusto en sus desplazamientos al espaciopuerto. ¿Para qué necesita usted ese dinero?

—La adquisición de ropa en primer término. Y una buena francachela, después.

—Recuperé sus maletas, las que tenía cuando fue arrestado. Están en su cuarto. Con ellas dispondrá de mejor ropa de la que pudiera comprar ahora, Crag. Respecto a esa juerga, eso está fuera de lugar. Es preciso que se mantenga sobrio, hasta que hayamos terminado este cometido.

—¿*De veras?* No acepto órdenes de nadie, Olliver. He estado en la cárcel y no he tomado un trago desde hace un mes. Una vez estemos en Marte, entonces le prometo no tomar ni un solo trago hasta que haya acabado el trabajo, se lleve el tiempo que se lleve. Pero, mientras tanto, quiero emborracharme aunque sea una sola vez, tanto si le gusta como si no. Si no quiere anticiparme ese dinero, sabré conseguirlo por otro procedimiento.

—¿Y qué le ocurrirá si se mete en dificultades?

—No se preocupe. Yo soy un bebedor solitario. Me encerraré en mi habitación. Puede usted cerrar por fuera, si lo desea.

—¿Cerrarlo de forma que no pueda salir?

—Desde luego. Puede incluso ponerme una guardia en el exterior, si esto le preocupa.

Olliver soltó la carcajada.

—¿Y cómo explicarle al guardia que le vigile, mientras piensa que usted es un hombre ya psicografiado? Los hombres que han pasado por el psicógrafo, sólo toman copas socialmente. Además, podría usted muy bien cuidarse de la guardia tan fácilmente como de la cerradura. Sepa que no dispongo de hombres para ese cometido. Está bien, estoy de acuerdo en que se corra esa juerga solitaria, ya que promete encerrarse en su habitación. Y que estará fresco en el momento en que hayamos de salir con el J-14.

—De acuerdo. Quinientos dólares serán suficientes, ya que dispongo de mis ropas. ¿Y qué hay con respecto a su servidumbre?

—Sólo tenemos dos sirvientes en la casa. Les enviaré con permiso unos cuantos días. Judeth y yo comeremos fuera. Pero ¿cómo se las arreglará para sus comidas? ¿O es que no va a comer nada?

—No. ¿Dónde está mi habitación? Me gustaría cambiarme con mis propias ropas cuanto antes.

—En el segundo piso, frente a la escalera. Tenga, aquí tiene los quinientos dólares. Los sirvientes se habrán marchado para cuando usted vuelva.

Crag tomó el dinero y se fue a su habitación. Comprobó su equipaje y anotó que la policía le había quitado algunos objetos de escaso valor, nada importante que no pudiera reemplazar inmediatamente. Había tenido suerte, pues incluso cuando un criminal era declarado inocente en un proceso y puesto en libertad, debería considerarse afortunado de recobrar sus cosas. Era algo con lo que no había contado.

Se cambió rápidamente de ropas y salió. La necesidad psicológica de irse de juerga y correrse una francachela se hacía más y más fuerte en él y ahora que ya tenía la bebida a la vista, se dio prisa para gozarla cuanto antes. Encontró un barrio comercial en la ciudad, en el que había un bar discreto, que era cuanto necesitaba. Los precios eran tres veces superiores de lo que le habrían costado las bebidas en Marte y casi la mitad más de los corrientes en el barrio de los hombres del espacio; pero la cuestión se cifraba en doscientos dólares y los pagó sin discutir.

En su habitación, comenzó a beber y emborracharse hasta caer en la inconsciencia a lo largo de todo aquel día y al siguiente, volviendo a beber cuando recobraba el conocimiento. A la mañana del tercer día, decidió que ya estaba bien y tiró por el cuarto de baño lo que quedaba de los licores comprados. Lo cierto es que no había encontrado ningún placer con semejante borrachera, sólo había llenado una necesidad psicológica apremiante, y ahora ya podría continuar adelante sus propósitos, sin beber ni una gota, hasta que llegase el momento en que pudiera hacerlo con seguridad y en una forma más agradable y libre.

No se encontraba muy seguro sobre sus pies y sus ojos aparecían enrojecidos, molestándole como si los tuviera llenos de arena; pero pudo controlar su mente. Estaba seguro de haber comprobado la presencia, medio en sueños, de Judeth junto a su cama, mirándole con atención. Pero había comprobado la cerradura de su cuarto y decidió posteriormente que todo aquello debió haber sido una alucinación, junto con los otros sueños y alucinaciones sufridas a lo largo de la inmensa borrachera.

Al descender por la escalera, saliendo de su habitación, pasó junto a Judeth, quien al verle en semejante estado, no le dirigió la palabra. Celebró íntimamente que hubiera sido así.

Olliver no estaba en su estudio privado. Crag le dejó una nota escrita sobre la mesa: «Ya ha terminado; puede usted decir que vuelva la servidumbre.» Encontró la cocina y se preparó una comida abundante. Después volvió a su cuarto y se quedó profundamente dormido. Se despertó a la mañana siguiente en buena forma.

La mayor parte de los días siguientes, los empleó en el espaciopuerto dentro del J-14 de Olliver, estudiando su estructura y conducción y el manual de la espacionave, con sus especiales indicaciones para la navegación con aquel tipo de aparato. Allí también se dedicó a pensar la futura aventura de Marte, su cometido especial y unos

libros adquiridos acerca de cuanto se relacionaba con Menlo y Eisen, Crag ya sabía, desde luego, un considerable número de cosas acerca de Eisen. Eisen era un científico e inventor, quien a principios de su carrera, tuvo que haber sido sorprendido por las similitudes —incluso en la leve similitud de los nombres—, entre él y Edison, el famoso inventor de siglos atrás, y porque además, había puesto el nombre de Menlo a su factoría de investigaciones, en recuerdo de Menlo Park de Edison. Al igual que Edison, Eisen también era un empírico más bien que un teórico, como hombre de ciencia, su mente aguda veía posibilidades prácticas allí donde otros veían sólo hechos abstractos y ecuaciones puramente matemáticas. Como Edison, también, hacía que las cosas *funcionasen*, siendo por lo demás un trabajador infatigable. Pero había ido mucho más lejos que Edison en el número y en el alcance de sus inventos y se había hecho fabulosamente rico, uno de los hombres más ricos del sistema. Podía comprar y vender prácticamente gobiernos enteros; pero no sentía el menor interés por la política, como tampoco en el poder ni en la gloria, sólo en sus trabajos de investigación.

Menlo había ido creciendo en un impresionante y ruidoso enorme edificio en que se hallaban los laboratorios y la factoría y las habitaciones de sus ocupantes y talleres, aislado y rodeado por unas defensas que tenían fama de ser inexpugnables. La ciudad marciana más próxima distaba varias millas de distancia, siendo además muy pequeña. Eisen vivía allí con una plantilla exclusiva de empleados y guardianes, todos hombres, de una treintena de ellos para cada menester.

Olliver había tenido razón al afirmar que la única forma de entrar en Menlo, era la de conseguirse un empleo primero. Aún así, había innumerables trampas de seguridad de todos los órdenes. Aquélla sería la más dura empresa que Crag podía acometer, de cuantas pudo haber hecho en su vida. Pero el precio valía la pena, le aguardaba un millón de dólares.

Mientras tanto, Crag procuró aislarse y evitar todo contacto con los Olliver, especialmente con Judeth. Le pagaba a los sirvientes para que le llevaran las comidas a su habitación en una bandeja, haciendo las demás en un restaurante de la ciudad o en el espaciopuerto.

Transcurrida una semana, llamó a la puerta de Olliver, oyendo en seguida el permiso de entrar. Preguntó a Olliver si ya había pensado en el momento de partir y éste aprobó con un gesto.

—Pasado mañana. ¿Está todo en orden para la travesía?

—Sí —repuso Crag—. Dispuestos para partir en cualquier momento. ¿Quiere que ponga en orden el permiso de salida?

—De acuerdo. Hágalo para las diez de la mañana. O antes, si es posible. ¿Tiene necesidad de más dinero?

Crag sacudió la cabeza.

—Tengo lo suficiente hasta que llegue a Menlo. Si consigo el empleo en Menlo, sus guardianes estarán sobre mí y no es conveniente que me encuentren mucho dinero

encima.

—Me parece muy bien. Investigarán cualquier cosa que les diga a ellos, Crag. No lo harán por las fechas anteriores a su certificado del psicógrafo, sino por sus subsiguientes acciones. ¿Ha preparado ya una buena historia que convenza a aquella gente por qué deja usted su oficio de piloto astronauta, cuando llegemos a Marte, y se va en busca de un empleo en el que ganará menos?

—Sí. Supongo que querrán comprobarlo con usted, investigando mi relato y la excusa que de los hombres psicografiados, casi siempre pierden sus arrestos para seguir viajando por el espacio, y eso precisamente será lo que me habrá ocurrido a mí. Yo habré sufrido de un miedo espantoso en el viaje a Marte y no desearé viajar más por el espacio a ningún precio.

—Me parece estupendo. Tomaré nota de eso y también lo hará Judeth.

Crag frunció el ceño.

—¿Va ella también?

—Sí. No se preocupe, hay sitio sobrado en la nave. Es un crucero interplanetario de cuatro tripulantes. ¿No le importa?

—No, en absoluto, si me deja solo. Creo que podría decirme ahora cuál es el objeto que desea que yo robe de Menlo. No voy a volverme atrás, sea cual fuere la misión que vamos ya a emprender.

—De acuerdo, Crag. Se trata de un dispositivo que tiene el aspecto de una linterna eléctrica de bolsillo achatada. Tiene unas lentes en uno de los extremos; pero no podría decirse que sean iguales a las de una linterna corriente, porque las lentes son verdes y opacas, opacas a la luz, quiero decir. Podría darle una descripción más exacta; pero no lo suficiente para que pudiera usted fabricar un duplicado por anticipado, aún.

—¿Y dónde se encuentra?

—Está en la cripta de seguridad del taller y laboratorio privado del propio Eisen. No sé exactamente en qué lugar de la cripta estará; pero existe una carta-índice sobre la mesa de despacho de Eisen. El objeto está archivado bajo la particular denominación de DIS-i.

—¿Es eso todo lo que puede usted informarme?

—Sí, con algunos otros detalles. No robe ninguna otra cosa más. Tal vez existan muchas otras cosas de gran valor; pero no las deseo en absoluto. Además, no deseamos por nada del mundo que Eisen sepa que algo haya sido robado. Si lo consiguiera...

—Cuando lo consiga...

—Está bien, cuando lo consiga, no trate de hacer tonterías con ese dispositivo, o utilizarlo. Tiene que prometérmelo.

—Sería más fácil para mí prometérselo si supiese de qué se trata. Mi curiosidad pudiera resultar peligrosa.

—Pues bien, se trata de un desintegrador. Está diseñado para anular la fuerza

cohesiva de la materia. Bien... no estoy muy fuerte en la teoría atómica, por tanto no puedo añadir más detalles técnicos. Lo cierto es que la materia sufre un colapso convirtiéndose en neutronio.

Crag emitió un silbido de sorpresa.

—Un desintegrador..., ¿y dice usted que Eisen lo considera sin utilidad?

—Sí, porque su alcance es corto. El tamaño necesita incrementarse con el cubo de la distancia. El modelo tras el que va usted ahora, sólo tiene una acción de dos pies. Para hacer otro que tenga un radio de acción de veinte, el aparato tendría que ser tan grande como una casa y para uno de mil pies... bueno, creo que no hay materia prima suficiente en todo el Sistema Solar, ya que sería tan grande como un pequeño planeta. Además, existe el problema del retraso del tiempo. El rayo que parte del desintegrador, crea una reacción en cadena en cualquier objeto razonablemente homogéneo al que se apunte, dentro de su alcance; pero se lleva unos segundos en comenzar. No, no es útil como arma, Crag. Puede creerme sinceramente.

Crag le miró pensativo.

—Entonces... si está usted dispuesto a gastar un millón de dólares en él, será por el producto, es decir, por el neutronio. Pero ¿para qué puede usarse?

Crag estaba familiarizado con el concepto del neutronio, desde luego, todos los hombres del espacio lo estaban. Incluso los escolares de primer grado sabían que algunas de las estrellas estaban hechas de una materia casi completamente colapsada cuyo peso alcanza docenas de toneladas por pulgada cúbica. Existen en el Universo estrellas enanas más pequeñas en tamaño que la Tierra; pero con su peso superior al propio Sol. Pero no se conocía tal materia colapsada en el Sistema Solar. El neutronio puro, la materia *completamente* colapsada, debería ser inconcebiblemente pesada, más pesada que el núcleo de cualquier estrella conocido. Ciertamente, que si ello pudiese ser *manejado*, las consecuencias serían incalculables. Pero cuando los átomos de un objeto quedan colapsados no se limitan sencillamente a caer por los intersticios del resto de la estructura atómica hacia el centro de la Tierra, o cualquier otro planeta que se tomase en consideración.

Olliver estaba sonriendo en aquel momento.

—Esto no es cosa que deba hacerle preocuparse, Crag. Podré decírselo más tarde, si ello encaja bien dentro de mis planes. Yo le proporcionaré cuanto sea preciso para que le resulte útil en su empresa.

Crag aprobó con un gesto. Pero no pudo evitar seguir pensando en el meollo del problema de Olliver. ¿Qué valor podía tener un arma que sólo tuviese tan corto alcance, un alcance casi menor que su propia mano izquierda y con menos rapidez? ¿O sería para poder utilizar el neutronio? Bien, ya volvería a preocuparse por aquellas preguntas sin respuesta cuando tuviese el objeto en sus manos, antes de entregárselo a Olliver.

El viaje hacia Marte resultó pesado y aburrido, como son todos los viajes espaciales. Afortunadamente, aquel J-14, era una nave relativamente lujosa y

disponía de una cabina para él solo. Empleó en ella la mayor parte del tiempo, cuando no estaba al mando de los controles. Durmió cuanto pudo también y empleó el resto del tiempo leyendo y escuchando registros de sonido y música. Habló lo menos posible con Olliver y nada en absoluto con su esposa, excepto cuando tenía que contestar a cualquier pregunta que le fuese hecha directamente.

Crag tomó finalmente los controles para la toma de contacto con el suelo de Marte, operación que realizó a la perfección. Se volvió hacia Olliver.

—¿Dónde deberé entrar en contacto con usted?

—Tenemos reservadas habitaciones en el Hotel Fobos. Vendrá usted con nosotros, Crag. Alquilé también una para usted.

—¿Por qué? Podría muy bien haberme dirigido hacia Menlo.

—Porque tengo relaciones, a través de las cuales podré ponerle más al corriente de la situación. Quédese al menos esta noche y podrá salir mañana, con más informes y conocimientos de los que tiene ahora.

Crag se mostró de acuerdo. Una vez en el Hotel Fobos, se fue derecho a su habitación y permaneció en ella. Por la mañana, estaba ya vestido y dispuesto cuando sonó el teléfono anunciándole que Olliver también lo estaba. Se encontraron en la sala principal de la «suite» que el matrimonio había encargado.

—Las noticias son buenas, Crag —le dijo Olliver—. Eisen está en la Tierra, en la mitad de un mes de vacaciones que se ha tomado allá. Dispondrá usted de dos semanas antes de que vuelva. Tal vez esto simplifique las cosas para usted.

—¿Quién se encarga de emplear al personal cuando Eisen se marcha?

—Nadie emplea a técnicos; pero el jefe de los vigilantes, un individuo llamado Knutson, está autorizado para emplear a hombres en el servicio de vigilancia. No tengo ahora idea muy clara de cómo estarán de personal; pero las posibilidades son excelentes, por lo general siempre tienen dos o tres plazas vacantes en la vigilancia.

—Creo que valdría más que viese a ese Knutson en la ciudad. ¿Sabe usted cómo podría reconocerle, si le encontrase?

—Sí. Le conozco de haber visitado Menlo hace seis meses. Es un hombretón alto y fuerte, con el pelo rojizo y una gran cicatriz en diagonal partiendo de una mejilla... no recuerdo de cual. No me sorprendería que fuese un matón. ¿Necesita más dinero?

—Creo que me vendrían bien doscientos dólares. Tengo suficiente para llegar basta allá pero pudiera ser que no encontrase empleo tan pronto.

Olliver contó y le entregó los doscientos dólares solicitados.

Judeth entró en aquel momento vestida y a punto de salir. Pasó junto a Crag y puso una de sus manos en las de éste.

—Adiós, Crag. Buena suerte.

Crag se preguntó interiormente por qué quemaban las manos de Judeth a su contacto. Salió también inmediatamente.

La pequeña ciudad de Pranger, de una población de unos mil doscientos habitantes, que constituía el único lazo de Menlo con la civilización, aparte de que

Menlo en sí, *era* la civilización, se encontraba en un alto valle de las Montañas de Sirte. No existían vuelos regulares de comunicación entre ella y Marte City, por lo que Crag tuvo que hacer el viaje en etapas sucesivas, no llegando a ella hasta primeras horas de la tarde. Dio su nombre en la pensión de Pranger, almorzó y después salió para conocer la población.

Había poco que ver en Pranger. Aparte dos tabernas de aspecto tosco y unos cuantos establecimientos comerciales, lo demás eran las viviendas de los mineros. Era una población surgida con motivo de la explotación de unas minas de molibdeno y todos vivían junto a ellas, prácticamente. Una población pobre y tristonca. Si era el único lugar accesible a los empleados de Menlo, no era de extrañar que nadie tuviera interés en trabajar allí. No obstante, todavía no quiso dirigirse rectamente a pedir su empleo, ya que todas sus oportunidades quedarían destruidas en un momento si se le negaban de primer intento. No tendría lógica alguna permanecer dando vueltas alrededor de Menlo e intentarlo de nuevo. Sería muchísimo mejor encontrarse a Knutson accidentalmente y ver la forma de que le fuese ofrecido un empleo, sin que tuviera que solicitarlo. Entonces las posibilidades no quedarían terminadas por una negativa, ya que no podría negársele nada que no hubiera solicitado.

Fue en las primeras horas del atardecer cuando acertó a distinguir al hombretón, de cabellos rojizos que se acercaba muy bien al tipo descrito por Olliver. Crag se dio prisa por seguirlo. No estaba en condiciones de localizar la cicatriz de la mejilla desde la distancia a que le vio; pero aparecía mucho mejor vestido que los mineros de la población y creyó estar seguro de que se trataba de Knutson. Y cuando siguiendo al hombre, entró en una de las tabernas del pueblo y pudo observar la cicatriz, no le cupo duda alguna de que allí estaba el hombre buscado. Y también comprobó que era bastante más matón de lo que se había imaginado Olliver, lo que significaba que no resultaría muy fácil hacer amistad con él. Quizás el dejarse dar una paliza por él sería más sencillo.

Crag se las arregló para aproximarse junto a Knutson en el bar, arreglándoselas también para resbalar y caer sobre él, derramando parte de la bebida que se estaba tomando en aquel momento. Pero Crag le pidió excusas al momento. Tenía que andarse con mucho cuidado, ya que debería en cualquier momento, más tarde, revelar su identidad psicográfica; pero mientras tanto, no hacer nada que pudiera traicionarle. Un hombre recientemente psicografiado podía defenderse en caso de ser atacado, o, siendo un guardia atacar a otros en cumplimiento de su deber; pero no es jamás naturalmente agresivo ni propenso a la menor violencia.

Pero unos momentos más tarde, y de nuevo como si no hubiera podido evitarlo, volvió a chocar con Knutson derramando entonces mayor cantidad del licor que estaba bebiendo en aquel instante. En aquella ocasión no tuvo tiempo de dar explicaciones, materialmente. Antes de pensar en hacerlo, un gigantesco puñetazo le envió a la otra parte del bar, aunque pudo evitar caer por el suelo. Consiguió ponerse en equilibrio y volvió dando traspiés. Devolvió el ataque, aunque teniendo buen

cuidado de hacerlo con la mano derecha, defendiéndose con la izquierda. Hizo lo posible porque pareciese que había combatido como un valiente en una buena pelea, aunque todo pudo haber acabado de un simple golpe, de haberlo deseado. Pero Crag hizo una larga y buena pelea dejándose derrotar lentamente y con honra. Finalmente, le tumbó definitivamente por el suelo.

Al instante, se le aproximó Knutson y haciéndole un guiño con la cara ensangrentada, le dijo cordialmente:

—Vaya, amigo, ha peleado duro para un tipo de su tamaño. Ha estado a punto de tumbarme. Vamos, le invito a un trago.

Y de aquella forma, devolviéndole el guiño y dejando que Knutson le ayudase a acercarse a una mesa, se encontró sentado con el hombretón del cabello rojizo y frente a un par de buenos tragos. Unos minutos más tarde, tras haber contestado a una serie de preguntas de Knutson sobre lo que estaba haciendo en Pranger, el gigantón le preguntó:

—Amigo, supongo que no irá a buscar trabajo en las minas. Un tío capaz de luchar como usted, merece otra cosa. ¿Qué le parece trabajar en Menlo?

Resuelta, pues; la cuestión, Crag estuvo contento de poder ir a trabajar a Menlo con su nuevo amigo recién adquirido. Comprobando sus antecedentes, Knutson se mostró encantado ante el certificado psicográfico que Crag le mostró finalmente.

—Hombre, esto es realmente bueno. Sólo tiene dos semanas. Nos informamos también de sus antecedentes personales aunque espero que no haya ocurrido nada en dos semanas que hace que le dieron este certificado. ¿Qué estuvo usted haciendo?

Crag se lo explicó a su manera y el jefe de la vigilancia de Menlo, quedó en telefonar al Hotel Fobos a la mañana siguiente para tomar referencias del juez Olliver. Después, bastaba con que las huellas digitales de Crag coincidiesen con las estampadas en el certificado para que no hubiese más inconvenientes en comenzar a trabajar en su nuevo empleo.

—No se gana mucho más que en las minas —le dijo a Crag—, pero es un trabajo limpio y fácil. Es un trabajo más bien de holgazanear, siempre que se esté bien alerta mientras lo hace. ¿De acuerdo?

Crag lo estuvo en el acto.

V

Pudo muy bien haber ido simplemente a Menlo y haber solicitado un empleo, desde luego; pero resultó mucho mejor la forma en que lo hizo, haciéndose amigo de Knutson. La forma más rápida de hacerse amigo de un matón es entrar en lucha con él y dejarse vencer, con el suficiente margen de dignidad como para ser respetado. Batir a un matón significa el odio feroz de éste; dejarse tumbar de una paliza, tras una buena lucha es conseguir hacerle feliz y obtener su amistad. Como amigo de Knutson, Crag consiguió lo que se proponía, obtener el puesto de vigilancia nocturna que patrullaba en el interior de Menlo, y no en la periferia.

Crag necesitaba conocer minuciosamente cada pieza del lugar, excepto el laboratorio y la oficina privada de Eisen, cerrada bajo llave y rigurosamente inaccesibles durante su ausencia. Más que cerrada, Crag supuso acertadamente que aquellas dos habitaciones deberían estar sembradas de las más diversas trampas mortales. Ni Knutson, ni Cambridge, el jefe técnico de la planta y el hombre más cercano a Eisen, tenían la menor noción de cómo aproximarse a dichas habitaciones. Nadie, excepto el propio Eisen podía entrar en ellas, a menos que no mediase una invitación suya; pero estando él presente.

Crag gastó tres días con sus noches sin hacer nada, sino aprendiendo en detalle todos los puestos de vigilancia, las entradas y salidas y el completo dispositivo de la planta de investigación, la rutina general de entradas y salidas, los relevos de guardia y el equipo. Una suerte resolvió para Crag el mayor problema futuro, anticipadamente: en la tercera planta del edificio existía un pequeño museo de armas primitivas de la Tierra. Una de ellas —lo decidiría cuando llegase el momento— sería la más adecuada, para conseguir el desintegrador que tan afanosamente buscaba en Menlo.

La siguiente noche a la hora de cenar, Knutson le preguntó en el comedor:

—¿Te gusta la lucha? Me refiero más concretamente al boxeo.

—Pues claro que sí.

—Esta noche hay una condenadamente buena, en Marte City, de pesos «welters». ¿Quisieras venir a mi cuarto y verla por la televisión?

—Me parece magnífico —repuso Crag.

—Será sobre las siete. Ven a mi cuarto y allí la veremos. Si llegas antes que yo, ponte cómodo y considérate como en tu propia habitación.

Crag tomó mentalmente buena nota de la invitación que le resultó del mayor interés y procuró estar en el cuarto de Knutson antes que él. Aflojó uno de los tubos al vacío del aparato y cuando Knutson llegó y encendió la televisión, no daba la menor señal de vida. Knutson juró como un carretero indignado, tras haberse cansado de mover los diales en todas direcciones.

Crag le hizo una sugerencia.

—Creo que podría arreglar el aparato, entiendo bastante de televisión. Puesto que

nadie trabaja ahora en el laboratorio municipal, vayamos a ver si es posible poder arreglarlo.

Una vez en el laboratorio, Crag comenzó a perder deliberadamente el tiempo con el aparato, sin conseguir ponerlo en funcionamiento. Knutson comenzó a sentirse nervioso.

—Nos estamos perdiendo el combate, Crag. Vamos al salón principal y lo veremos en el aparato grande que allí hay. Ya lo arreglarás más tarde.

—Vete tú si quieres, Knutson. Estoy a punto de arreglarlo y no es cosa de dejarlo así. Estoy seguro de reunirme contigo antes de que termine el combate.

Se reunió con Knutson como había dicho y con el aparato ya arreglado. Y además con diversos objetos en sus bolsillos, en especial una diminuta linterna atómica y un circuito detector, ambos algo toscamente montados, pero pequeños y eficientes. Además, tomó otras cuantas cosas de las que habría de tener necesidad en el futuro.

A la noche siguiente, se las arregló para aproximarse a la puerta de Eisen, la de su oficina privada, con la linterna y el circuito detector, comprobando todos los circuitos posibles de alarma que allí existieran, dejándole satisfecho por el momento. No pretendió entrar en la habitación, precisaba toda una noche entera para conseguirlo.

Un día después, solicitó de Knutson que le cambiase la vigilancia de día. Y a la noche siguiente, tan pronto como se consideró en seguridad dejó fuera de uso los tres circuitos de alarma de la puerta y entró en la oficina privada de Eisen, disponiendo de cinco horas de tiempo para maniobrar. Empleó las primeras en vigilar cuidadosamente todas las posibles trampas de alarma que pudieran existir a su alrededor, tanto en la oficina como en el laboratorio. Pudo hallar y desconectar otros tres circuitos de alarma cuidadosamente instalados. Después, volvió su atención hacia la brillante puerta de durastil de la gran caja de seguridad.

Se hallaba a la derecha de la mesa de Eisen y un objeto dejado sobre la misma le ahorró mucho tiempo en previas experimentaciones. Se trataba de una herradura magnética, un juguete en apariencia y que por lo visto, debía utilizarse como pisapapeles... Pero, ¿y si se trataba de algo más que aquello? ¿Por qué no pudiera ser la clave de una cerradura magnética?

Examinó, pulgada a pulgada y con todo cuidado, la lisa superficie de durastil de la puerta de acceso. Siendo de tal clase de material, en ella no existían desconchados ni señales que pudieran confundirle. Existía únicamente lo que parecía ser una casi imperceptible mancha de mosca a un pie aproximadamente a la derecha de la cerradura. Pero las manchas de mosca eran imposibles allí... en Marte no había moscas. Manipuló con la herradura imantada en todas las posiciones imaginables con relación a aquella diminuta manchita y cuando por fin la situó exactamente entre ambos polos de la herradura, sosteniéndola hacia arriba, súbitamente la puerta giró sobre sus invisibles goznes y se abrió suavemente. En el interior aparecieron centenares de cajas metálicas dispuestas simétricamente y todas ellas numeradas.

Crag volvió a la mesa de despacho de Eisen, y en el archivo existente en un

rincón de la oficina, encontró la carta con la designación codificada de cada uno de aquellos cajones metálicos. Unos momentos más tarde, el desintegrador estaba en sus manos. Parecía, en efecto, una pequeña linterna eléctrica de bolsillo, incluso más pequeña que la de uso corriente de encendido atómico que Crag había tomado del laboratorio municipal. Excepto por las lentes, que tenían un color de verde esmeralda y eran totalmente opacas. Crag cerró el cajón correspondiente y comenzó a cerrar la caja también, cuando se detuvo. En realidad, tenía tiempo para fabricar un falso duplicado y dejarlo como sustituto, siguiendo las sugerencias que le había hecho Olliver al respecto.

Era cierto que si Eisen intentaba usar el dispositivo descubriría inmediatamente la sustitución; pero si sólo se limitaba a realizar visitas periódicas al material secreto allí guardado para comprobar que nada se había extraviado, vería de una simple ojeada el objeto duplicado y allí continuaría. Cuanto más tiempo tardase en descubrir el robo, tanto mejor.

Se llevó el objeto al laboratorio privado y comenzó a trabajar rápida y eficientemente. Ni habiéndolo hecho a propósito, nunca pudo Eisen haber preparado tan bien aquel laboratorio para que un ladrón técnico hiciese un correcto duplicado de cualquier objeto robado. Se aplicó a la tarea con sus cinco sentidos y cuando terminó procuró estar seguro de no haber dejado tras sí la menor traza de haber utilizado el banco de trabajo, ni las herramientas, dejándolo todo nuevamente en el lugar que ocupaba previamente. Depositó el falso duplicado en la caja de seguridad y cerró ésta, volvió a conectar los circuitos de alarma y a dejarlo todo nuevamente en su sitio, excepto los avisos de alarma de la puerta. Aguardó tranquilamente en la oscuridad hasta que oyese a la guardia pasar su turno de ronda. Diez minutos más tarde, con la puerta convertida en una trampa mortal, se hallaba de vuelta en su habitación. No quedaba tras él la menor traza, a menos que Eisen intentara hacer funcionar el desintegrador, o realizase un cuidadoso inventario del material empleado en el taller y el laboratorio.

Las demás cosas que tenía que hacer podían esperar hasta el día siguiente y así se tomó un sueño de dos horas.

La cosa más importante a realizar era situar el desintegrador en seguridad y fuera de la factoría, a la mañana siguiente y de la forma más rápida y segura. El museo de armas antiguas que Eisen tenía en el tercer piso, estaba próximo a su habitación. Entró en él, tomó el arco más pesado que pudo hallar y una pesada flecha de caza. Amarró cuidadosamente, envuelta en un trozo de tela, el desintegrador a la cabeza de la flecha, bajo la punta. Con todas sus fuerzas distendió el fuerte arco y la lanzó describiendo un amplio arco, por encima de la valla electrificada y en dirección a una hondonada fuera de toda vista posible de la factoría de Menlo. A menos que no se destrozase al caer la flecha, el desintegrador estaba en seguridad y en lugar a propósito para recogerlo a placer en el momento propicio.

Una rápida detención en el taller principal, mientras los técnicos tomaban su

almuerzo, le permitió dejar en su lugar la linterna atómica que había tomado y tirar en la basura los trozos de chatarra y desperdicios que le habían quedado en los bolsillos, desembarazándose de toda huella de la faena realizada.

El problema, entonces, era el de no levantar sospechas al intentar abandonar Menlo demasiado rápidamente. Peor aún sería la actitud de despedirse a sí mismo, conducta totalmente insospechada en un hombre psicografiado. Y adoptó el camino más factible. A la mañana siguiente, informó de que se sentía enfermo con un terrible dolor de cabeza y con vértigos. Knutson le llevó a la enfermería y le dejó allí mientras iba a avisar al auxiliar sanitario de la factoría. Crag se aprovechó del tiempo que medió para tomar un par de drogas de la vitrina; una de ellas, belladona, y otra, un purgante activo.

—Parece como si tuviese fiebres recurrentes —expresó el técnico sanitario observando la contracción de las pupilas de Crag—. ¿Las ha sufrido con anterioridad?

Crag hizo una mueca de desamparo.

—No podría recordarlo. Estará en mi historial, seguramente.

El sanitario miró fijamente a Knutson.

—De ser así sufrirá de diarrea dentro de pocas horas. En tal caso, sería mucho mejor llevarlo a Marte City para un tratamiento adecuado. No puedo atenderlo debidamente aquí, aparte de que sería preciso un análisis para estar seguros.

—Quizás pueda yo arreglarlo rápidamente —comentó Knutson—. Podría llevarle a la ciudad cuanto antes y así estar seguros.

—Será mejor, por el momento, que no viaje hasta que haya pasado el primer ataque de fiebres. Seguramente mañana estará mejor, aunque suele presentarse un segundo ataque a los pocos días. Una vez que le hagan ese análisis y le pongan el debido tratamiento, la cosa no tendrá importancia.

Crag empeoró y a la tarde sufrió efectivamente una fuerte diarrea. A la mañana siguiente se encontró mejor. Knutson fue a buscarle el sueldo que tenía devengado e incluso le ofreció que no hiciese el equipaje ni se preocupase por nada, para ganar tiempo; pero Crag insistió en hacerlo para tener sus cosas a la mano, en caso necesario de cualquier complicación en su enfermedad. Declinó también el ofrecimiento de Knutson de llevarle a Pranger en helicóptero, recalcando que un paseo hasta la pequeña población minera le haría sentirse mejor. Una vez fuera de la vista de Menlo, escondió su maleta en unos matorrales cerca del camino, dio un rodeo y volvió a la hondonada en que había disparado la flecha. La encontró con relativa facilidad y se la puso en el bolsillo, tras hacer desaparecer la flecha enterrándola en la arena.

No intentó probar el desintegrador en las proximidades de Menlo, ya que Olliver no había mencionado si su funcionamiento era o no silencioso. Probablemente no lo sería. Esperó hasta estar nuevamente cerca de donde había escondido su equipaje. Entonces, tomó el desintegrador y se apartó una docena de pasos, apuntando a un

matorral próximo. Nada ocurrió en los primeros instantes hasta que gradualmente fue aproximándose al matorral, siempre con el disparador presionado. Cuando estuvo a pocas pulgadas de distancia, la silueta del matorral se hizo neblinosa y después desapareció totalmente, sin dejar siquiera sobre la arena la menor traza de que allí había existido. Olliver no había mentido sobre la naturaleza del dispositivo, ni tampoco en la limitación de su alcance.

Sería de un enorme valor, por ejemplo, para un criminal, al no dejar ni rastros de un cuerpo muerto; pero cualquier otra arma sería mucho más eficiente, incluso un simple cuchillo. Desde luego le pareció que no debería valer un millón de dólares; pero aquello ya era asunto concerniente a Olliver y no a él.

Aquella noche, en Marte City, hizo la primera gestión para asegurarse una buena coartada, en el caso que le fuese precisa, al haber dejado el trabajo. Se dirigió a una clínica y esperó a que le hicieran un análisis. Le dijeron que no tenía que temer nada de las fiebres recurrentes y que los síntomas sufridos deberían corresponder a cualquier otra indisposición orgánica. Prometió volver a que le hiciesen otro análisis más completo en el caso de que los síntomas volviesen a molestarle.

Llamó a Knutson informándole de aquellas noticias, según había prometido. De no haberlo hecho, Knutson hubiera podido sospechar y de cualquier forma a nada conducía quedar mal con él y cerrándose las puertas de Menlo.

Aún no tenía el millón en la mano y cuando lo tuviera, tal vez no le durase siempre. Siempre podría resultarle útil arreglárselas para poder volver en cualquier ocasión a Menlo y encontrar trabajo útil. Knutson trató de ofrecerse para ir a buscarle y que volviese a Menlo, pero Crag le dijo que aunque no tenía fiebre y se encontraba bastante bien, por el momento trataría de encontrar trabajo en Marte City, provisionalmente, hasta esperar algún tiempo y estar seguro de que los síntomas de la enfermedad no volvían más, teniendo cerca una buena clínica, en caso de recurrencia.

Llamó a Olliver al hotel, quien se puso al teléfono.

—¡Maravilloso, Crag! ¿Puede venir inmediatamente?

—¿Tiene usted ahí lo convenido?

—¿Aquí? Pues claro que no. Me llevará lo menos hasta mañana a la tarde tenerlo todo a mano y...

—Le llamaré mañana a la tarde —interrumpió secamente Crag.

—¡Espere, Crag! ¿Dónde se encuentra en este momento?

Crag colgó el aparato.

Al día siguiente, ya tarde, Crag volvió a llamar. Le repuso Olliver.

—¡Crag, no vuelva a colgarme! Escúcheme. Es demasiado dinero en efectivo para tenerlo a la mano. La mayor parte de mis inversiones en la Tierra, y...

—¿De cuánto dispone ahí en el hotel?

—De la mitad. Tendré necesidad de unos pocos días todavía para conseguir el resto.

—Está bien. Si ha conseguido la mitad, confiaré en usted por el resto. ¿Hay

alguien más ahí con usted?

—Solamente Judeth. ¿Puede venir inmediatamente?

Crag le aseguró que así lo haría y allí estaba a los veinte minutos siguientes. Olliver, con el rostro tenso por la espera, le franqueó la entrada.

—¿Lo ha traído?

Crag afirmó con un gesto y miró a su alrededor. Judeth, vestida más llamativamente que la primera vez que la vio, yacía coquetamente tumbada en un largo sofá mirándole fijamente y con una expresión inescrutable.

Olliver se volvió hacia ella.

—Daremos por seguro que trae el desintegrador. Trae el dinero, querida.

Judeth se dirigió al cuarto contiguo y volvió con un abultado fajo de billetes de mil dólares. Sin mediar palabra se lo ofreció a Crag.

—Quinientos mil dólares. Puede contarlos.

Crag se los metió en los bolsillos.

—Si confié en ustedes para el otro medio millón, puedo confiar en que éste estará bien contado. De acuerdo, Olliver, el juguete es suyo.

Las manos de Olliver le temblaban de emoción al tener el dispositivo en sus dedos nerviosos.

—¡Buen muchacho, Crag! ¿Y supone usted que no le echarán de menos en Menlo?

—Nadie lo echará a faltar, a menos que Eisen trate realmente de usar el duplicado que he dejado en su lugar. Y ahora, veamos lo que hay sobre el otro medio millón: ¿dónde y cuándo lo voy a recibir?

—Siéntese, Crag —le suplicó Olliver—. Déjeme explicarle parte de mis planes y que le haga una sugerencia. Primero, puedo conseguirle el resto del dinero dentro de veinticuatro horas, en cuanto volvamos a la Tierra. Lo tengo allí a mi disposición, sólo es cuestión de transformar los valores en efectivo.

—Está bien —convino Crag—. ¿Y cuándo tiene intención de volver a la Tierra?

—Salimos mañana. Pero he de hacer una etapa antes de llegar. La totalidad del viaje nos llevará una semana. Pero aquí está la sugerencia que quería hacerle: ¿por qué no viene usted con nosotros de vuelta a la Tierra?

—¿Cuál es esa otra etapa que tiene que hacer antes?

—En el cinturón de los asteroides. Sólo en el borde exterior. Deseo aterrizar en un pequeño asteroide.

—¿Para comprobar el desintegrador?

El propio Crag tras haber hecho la pregunta, cayó en la cuenta de que allí estaba implícita la respuesta. Se trataba de disponer de neutronio de la forma más simple. Desintegrar todo un pequeño asteroide y sus átomos se colapsarían reduciéndose infinitamente de espacio dentro de ellos mismos, hasta que la totalidad del asteroide no ocupase ningún campo gravitacional excepto el suyo propio. Podría quedar teóricamente reducido a una diminuta bola que pudiese ser llevada en una

espacionave, teniendo en cuenta que la propia masa así reducida, no volviese a recobrar su mismo peso al llegar a las proximidades de la Tierra y aplastase a la espacionave que la condujese. Sí, la cosa era sencilla, una vez imaginada. ¿Cómo no lo había puesto Eisen en práctica? O bien pudo haberlo imaginado, pero no haber dado la menor importancia al neutronio. Olliver tenía algo guardado en la manga todavía, por lo visto... Esperar y ver.

—De acuerdo —repuso Crag—. ¿A qué hora piensa despegar mañana?

—¿Le parece bien al mediodía?

—En cualquier momento, me es igual. Le encontraré en la astronave. ¿No la ha usado? ¿Está en la misma rampa?

—Sí, provista de combustible y dispuesta para salir. Me alegraré que venga, Crag. Tengo algo importante que hablar con usted al respecto y este viaje nos dará una magnífica oportunidad. Le veremos, pues, en el espaciopuerto.

Crag dispuso todavía de tiempo para ir a dos bancos diferentes y abrirse sendas cuentas corrientes de aquella importante cantidad de dinero. Después empleó la tarde tranquilamente, tratando de imaginar, entre otras cosas, por qué se había tomado la molestia de conducirse así. No confiaba en el fondo en Olliver, como no lo hacía con nadie, y era muy posible que Olliver le invitase a aquel viaje para recobrar su medio millón y ahorrarse el otro medio. Pero si Olliver se salía con la suya, matándole, ¿qué diferencia habría tanto si el dinero iba encima de su persona o estaba en un banco de Marte City? Lo habría si daba a conocer a Olliver dónde lo había depositado. Bien, tomaría aquellas precauciones y cuantas se le fuesen ocurriendo. Todavía tenía que dormir y... Se encogió de hombros; cuando se tiene mucho dinero, se tienen todas las posibilidades y no hay que preocuparse demasiado. Posiblemente Olliver tendría miedo de matarle, sabiendo que en cuanto fallase por lo más mínimo, sus posibilidades de sobrevivir serían nulas. También era posible que el plan de Olliver con respecto al desintegrador fuese algo tan importante que un millón de dólares fuese humo de pajas. Durmió bien.

Al día siguiente, se hallaba comprobando el J-14 en el espaciopuerto cuando llegó el matrimonio Olliver. Judeth se marchó inmediatamente a su cabina para cambiarse sus ropas de calle por el traje de la nave. Olliver se dejó caer en su asiento de copiloto, próximo al de Crag. Se inclinó hacia éste.

—Bien, tenemos tiempo por delante. La ruta está planeada.

—¿Hacia dónde?

—Sencillamente, al punto más próximo del cinturón de los asteroides. Cuando lleguemos, sólo tendremos que localizar uno de un tamaño regular para mis propósitos.

—Es decir —sugirió Crag—, alguno que pese sobre una media tonelada, si, como supongo, desea llevarlo en la nave. Ése es el peso extra que el J-14 puede llevar hacia la Tierra. ¿O piensa usted arrojar algún otro peso o mercancía que haya a bordo?

Olliver sonrió.

—No tengo semejante propósito, Crag. Pero sí que estoy sorprendido de su certero juicio y de su nervio. Un hombre de menos talla ya se habría figurado que iría a echarlo fuera, de tener la oportunidad, para ahorrarse ese medio millón de dólares.

Crag emitió un gruñido.

—Tomaré mis precauciones.

—No tendrá que tomar ninguna. Crag, esto es realmente algo *grande*, y si usted quiere secundarme, usted será grande también. Ese piojoso medio millón de dólares, no significará nada para usted. Tendrá algo infinitamente más importante que el dinero. El poder.

—¿Y usted?

—Yo gozaré de mucho más poder. Más poder del que jamás hombre alguno haya tenido en la historia del género humano. Tendré... bueno, no puedo darle detalles ahora, Crag. Una vez estemos en el cinturón de los asteroides, y tras el estar seguro de un par de puntos más. Una pregunta: ¿qué piensa usted de Judeth, Crag?

—¿Qué importa eso, ahora?

—Quisiera saberlo.

—Aborrezco a todas las mujeres —repuso firmemente, Crag.

—¿Y tal vez a Judeth más que a ninguna otra?

—No —mintió Crag—. ¿Por qué?

Olliver se encogió de hombros.

—Olvídelo. Bien, puesto que está usted en el asiento del piloto, haga la maniobra de despegue. Salga al borde del mediodía; aquí están las coordenadas. Le avisaré a Judeth para que se amarre a su asiento.

Se dirigió a la doble cabina y un momento más tarde salió, atándose los cinturones de seguridad en el asiento del copiloto.

—Ella ya se ha asegurado. —Después, pensativamente, añadió—: Una bella mujer, Crag, y también muy inteligente. Nunca confíe en las mujeres hermosas; es algo que estoy aprendiendo. Bien, Crag, ¿qué piensa usted de mi proposición?

—Esperaré hasta que la oiga claramente. De acuerdo, cinco segundos a partir de ahora: Cuatro, tres, dos, uno...

La espacionave surcó como una centella el cielo marciano. Crag encontró pesado el viaje y así, en apariencia al menos, también Judeth. Solamente Olliver parecía animado, actuando bajo una excitación apenas controlada que le hacía estar inquieto y sin descanso, incapaz de concentrarse en nada. A veces, parecía extraviado en un sueño, del que era difícil sacarle al hacerle cualquier pregunta. Así permaneció hasta aproximarse al cinturón de los asteroides y ajustando la velocidad de la nave a la de traslación de aquellos millares de cuerpos esparcidos en la órbita. Muchos de ellos aparecían ya presentes en las pantallas de los detectores.

—¿De qué tamaño desea que detecte uno? —preguntó.

—¿Eh? Oh, no importa mucho, unos cuantos cientos de toneladas. Del tamaño de una casa, más o menos.

—No podremos llevarlo en la nave, no importa lo pequeño que parezca, si tiene una masa semejante.

—No vamos a hacer eso. Se trata de un experimento.

—Entonces ¿por qué no ensayar con uno grande? Podría encontrar Ceres si lo desea. Tiene algo menos de 500 millas de diámetro.

—Eso nos llevaría demasiado lejos, Crag. Esto no produce una reacción instantánea en cadena; recuerde que tiene un efecto ligeramente retardado. Si mis informes son correctos, se lleva al menos una hora en colapsar la materia de un asteroide de unos cientos de toneladas.

Crag recordó en aquel momento que, en efecto, al desintegrador se le había llevado unos cuantos segundos en desintegrar el matorral que él ensayó en las proximidades de Menlo; por tanto, el cálculo parecía razonable. Nunca dijo, naturalmente, a Olliver que había practicado por su cuenta con el aparato, desobedeciendo las instrucciones recibidas.

En aquel momento se veían envueltos en una masa de asteroides, mostrándose en las pantallas detectoras a distancias de una a dos millas. Crag los estudió y eligió uno del tamaño aproximado al solicitado por Olliver y comenzó la delicada maniobra de situar la nave paralela a la órbita del pequeño asteroide y ajustando su velocidad y dirección.

Olliver le observó con la respiración en suspenso.

—Lo ha conseguido, Crag.

Crag asintió con un gesto y desconectó la fuerza impulsora de la espacionave. Ésta y el pequeño asteroide se sostuvieron juntos por la pequeña diferencia de gravitación entre ambas masas, pudiendo continuar así indefinidamente por el espacio, hasta tanto no se pusieran en funcionamiento los motores potentes del J-14.

Olliver le tocó en el hombro.

—Buen trabajo, Crag. De acuerdo, pongámonos los trajes espaciales. Se lo diré también a Judeth.

En realidad apenas si había necesidad de abandonar la espacionave para realizar el ensayo; pero de todas formas debían vestirse con los trajes del espacio. Una nave tan pequeña como el J-14 no tenía compuerta de descompresión; pertenecía al tipo económico y en las escasas ocasiones en que era preciso abrir la escotilla, el interior del aparato quedaba inmediatamente exhausto de oxígeno y aire respirable, que era reemplazado posteriormente con el acondicionador de atmósfera, tras la vuelta y antes de quitarse el traje espacial.

Crag estaba ajustándose el casco transparente de su traje espacial cuando Judeth salió de su cabina ya equipada convenientemente. Su marido le preguntó:

—¿Todos dispuestos? Voy a comenzar a dejar escapar el aire. —Los otros le oían a través de la radio del casco—. ¿Venís ambos, no es cierto?

—No me lo perdería ni por un millón —respondió Judeth.

Crag asintió a su vez decididamente en igual sentido.

Olliver observaba cuidadosamente el indicador de aire y transcurridos un par de minutos, advirtió:

—Ya está.

Levantó una palanca y activó el mecanismo de apertura de la escotilla principal. De pie en el umbral se ajustó a las botas los clavos especiales para poder permanecer en el asteroide y saltó con un ligero esfuerzo sobre el peñasco, componiendo una figura grotesca al marchar en un ángulo recto con respecto al piso de la espacionave.

No muy experto en las cuestiones del espacio, no se llevó consigo la cuerda y el gancho, con lo que el empuje dado en el umbral del J-14 hizo que la espacionave se alejase del asteroide; de haber estado solo habría podido rápidamente saltar de nuevo hacia atrás. Crag le llamó y le arrojó la cuerda con las grapas de agarre y cuando Olliver se sujetó a ella, fue tirando hasta que la espacionave se encontró a sólo unas cuantas pulgada de distancia de la superficie del asteroide, y anclado con seguridad. Entonces saltó Crag, seguido de Judeth.

Olliver caminaba rápidamente hacia el lugar opuesto del asteroide. Antes de seguirle, Crag miró a su alrededor. El tiempo y su relación a la distancia, resultaba extraño en un mundo tan diminuto como aquel. Un paseo de treinta yardas podía conducirlo desde la parte diurna a la noche del pequeño asteroide y volver al día, con igual facilidad. La espacionave se hallaba amarrada en la parte del Sol; Olliver se detuvo en la línea opuesta a la del «amanecer» y desde allí les llamó. Crag comprobó que Olliver ya había apretado el botón de disparo del desintegrador sobre la superficie del diminuto cuerpo astral.

¿Se desintegraría tan rápidamente como ocurrió con el matorral en que Crag lo ensayó en las cercanías de Menlo, allá en Marte? Debería ser así o tal vez comenzase una reacción en cadena al hallar una sustancia homogénea... Si había desintegrado *todo* el matorral, igual lo haría con el asteroide, aunque la zona de impacto hubiera sido de unos cuantos pies. «¡Buen Dios! —pensó Crag—. ¿Qué pudo haber ocurrido de habersele ocurrido sostener el desintegrador a pocas pulgadas del suelo? ¿Se habría producido una reacción en cadena que hubiese destruido todo el planeta Marte? ¿Por qué no, si ahora iba a funcionar en un asteroide como aquel?» La diferencia era solamente una cuestión de tamaño, cosa de poca importancia para una reacción en cadena. Un escalofrío le recorrió la espalda, ante el pensamiento del riesgo que se había corrido involuntariamente, no sólo por haberse destruido a sí mismo, sino a la totalidad de un planeta, provocando la muerte de cincuenta millones de personas.

Olliver volvía en aquel momento y Judeth se dirigió a él, siguiéndole Crag. Olliver se inclinaba al suelo y Crag miró con atención por si estaba disparando con el desintegrador en algún nuevo punto. Pero Olliver se sacaba simplemente del bolsillo, una regla de cálculo de unas seis pulgadas de largura, marcando con una tiza en el suelo, los extremos de la misma.

—Así comprobaremos cómo funciona —explicó—, si es que lo hace. Si estas

marcas de tiza se contraen a menos de seis pulgadas, es que en efecto, tiene lugar la desintegración.

—¿Y después, qué? —preguntó Crag—. ¿No sería mejor que nos volviésemos a la nave antes de que el asteroide desaparezca bajo nuestros pies?

—Sí; pero no hay prisa, se llevará al menos una media hora.

—¿Y después, qué? —insistió nuevamente Crag.

—Después... Espere, *creo* que esas marcas están ya más cerca; pero vamos a esperar hasta hallarnos absolutamente seguros y después se lo diré. ¡Mira! —Y tomó con fuerza el brazo de Judeth—. Mira, querida, ¿*no es cierto* que están más juntas? ¿Verdad que la materia está encogiéndose?

—Pues yo... *creo* que sí. ¿No parece también que el horizonte está más próximo?

Olliver se incorporó y miró al horizonte; mientras que el ansioso rostro de Judeth se volvió hacia Crag mirándole intensamente y con fijeza, de una forma extraña. Crag estuvo seguro de que ella deseaba hacerle una pregunta que no se atrevía a formular tratando de hallar la respuesta por aquella fija mirada. Crag se enfrentó con aquella mirada angustiada y fija, desafiadamente, no consiguiendo otra cosa que resultar confuso y embrollado.

—*Creo*... —murmuró Olliver—. Bien, ¿por qué pensar en nada? Otro minuto al exterior y estaremos seguros.

Después, continuó con una voz calinosa y segura:

—Sí, esas marcas de tiza están ya a media pulgada más juntas. ¡Funciona! —Se apartó de ellos y sus ojos fueron hacia los de Crag—. Crag, ese millón de dólares suyo, es ahora una basura. Ahora quisiera proponerle si no le gustaría ser mi mano derecha, el segundo en el mando supremo de todo el Sistema Solar.

Crag le miró sin responderle, tratando de imaginar si Olliver se habría vuelto loco. Sus pensamientos debieron ser adivinados, porque Olliver se apresuró a decirle:

—No estoy loco, Crag. Ni tampoco conozco ningún nuevo comercio con el neutronio, ése era el camuflaje. Pero Crag... piense en esto... *Basta con uno de estos pequeños dispositivos ocultos en cualquier lugar secreto de todos los planetas ocupados, y equipados todos ellos con un control remoto de radio para poder ser disparado desde donde yo me encuentre, en el momento deseado...* Eso es lo que haré. Si funciona en un asteroide y ya ve cómo lo hace, funcionará en una masa por grande que sea. Una reacción en cadena no encuentra diferencia entre un cacahuete o un planeta.

Crag le miró fijamente, sorprendiéndose de haber sido tan estúpido como para no haberlo comprendido antes.

—Lo sabrá usted todo, Crag —continuó Olliver—. No hay partido político alguno tras de mí. Mis palabras fueron pura charla. Pero desde ahora en adelante, una vez que me hallo en poder de este fabuloso objeto, no existirán más partidos políticos. Habrá solamente uno: Yo. Pero necesito ayuda, naturalmente y usted es el hombre a quien preferiría para segundo mío, a despecho de...

Repentinamente comenzó a reír a carcajadas y su voz cambió.

—Judeth, querida, eso ahora resulta inútil.

Crag se volvió rápidamente hacia Judeth y vio que ella había desenfundado su pistola de rayos caloríferos con la cual apuntaba a Olliver.

Éste emitió una risita burlona entre dientes.

—Creo que ya va siendo hora para ti de que te muestres tal cual eres, querida. Y creo que es el momento oportuno. Ya encontré ese juguete en tu traje espacial hace unas horas y le saqué la carga. Vamos, adelante, dispara. ¿O es que ya lo estás haciendo?

Ella, en efecto, había intentado disparar inútilmente. Se hallaba junto a Crag y apuntando directamente a su marido. Crag se dio cuenta de la palidez del rostro de Judeth, aunque supuso que sería de rabia más bien que de temor.

—Está bien, ahora has ganado —dijo ella a Olliver—. Pero alguien te detendrá de alguna forma. ¿Es que no te das cuenta de que no puedes hacer lo que has planeado sin destruir al menos un planeta entero para demostrar que hablas en serio? Si destruyes la Tierra, matarás por lo menos las tres cuartas partes de la raza humana, sólo para gobernar sobre los que puedan quedar. Tienes que estar loco de remate necesariamente.

Olliver volvió a soltar una sonora carcajada. En su mano apareció otra pistola de rayos, sin sostenerla con demasiado cuidado de forma tal que cubría con ella a Crag y a su mujer, conforme daban unos pasos hacia atrás.

—Ella es una espía, Crag. Una espía de los Dorados. Lo he sabido siempre y se casó conmigo porque tenía precisión de vigilarme. Bien... la dejé ayudarme. Ahora que Dios la ampare a ella. Quítale esa pistola, Crag.

La pistola estaba descargada y la orden resultaba inútil, por tanto, y Crag se dio cuenta de que Olliver estaba probándole. Olliver estaba tratando de someterle de una u otra forma.

Crag vaciló. ¿Estaría Olliver realmente loco, o sería cierto que iría a convertirse en el gobernante que tuviera bajo su mano a todo el sistema Solar y lo convertiría en su segundo? ¿Sería cosa de aceptarlo, a costa de destrozarse uno o más mundos? Matar hombres era una cosa, él ya los había matado. Pero destruir mundos enteros, matar a poblaciones masivamente...

—Ésta es tu última oportunidad, Crag —dijo Olliver— u os achicharraré a los dos en vez de sólo a Judeth. No pienses que he estado ciego, como para no haberme dado cuenta que los dos estáis locos el uno por el otro, pretendiendo que os aborrecéis. Bien, puedes quedarte con ella; pero estará muerta cuando vayas a tenerla. ¿No te gustaría mejor gozar del poder y de cientos de millones, cuanto quieras de la vida? —Volvió a soltar otra carcajada—. Y de cualquier mujer, de *todas* las mujeres que desees...

Definitivamente, el asteroide se encogía de tamaño a ojos vistas. Olliver continuaba en pie aproximándose más y más a donde se hallaban Crag y Judeth,

aunque no se había movido.

—¿Y bien, Crag? —preguntó, reculando hasta cierta distancia que consideró segura.

De no haberlo impedido el guante de su traje espacial, Crag le habría lanzado como un martillo su mano metálica y Olliver no hubiese tenido seguramente la menor oportunidad de apretar el disparador de su pistola de rayos caloríferos. En la situación en que se hallaba, sólo quedaba otra oportunidad y si sobrevivían, dependía de que los reflejos de la mujer fuesen tan rápidos, o casi tanto, como los del propio Crag. Se volvió hacia ella y la tomó por la mano como si fuese a quitarle la pistola que aún sostenía; pero en su lugar la empujó fuertemente en el hombro mientras gritaba:

—¡Del lado de la noche!

El empujón hizo que Judeth retrocediese dos pasos; con sólo otro era suficiente para llevarla bajo el horizonte visible y fuera del alcance de la mortífera arma de Olliver. El propio Crag, tomó otra ruta en diagonal y como había supuesto, el rayo lanzado entre los dos no alcanzó a ninguno. Una fracción de segundo más tarde, ambos se hallaban al otro lado del asteroide, ocultos al Sol. En seguridad, al menos por un instante.

Por la radio del casco Crag oyó la maldición mascullada por Olliver. Después, soltó una carcajada de nuevo. Y añadió despectivamente:

—¡Eres un condenado estúpido, Crag! Despreciar una oferta como la que te he hecho... sólo por una mujer y por hacerte el héroe unos minutos.

Siguió riendo y esta vez parecía divertido.

—Éste es un mundo demasiado pequeño, Crag —continuó—, y que se reduce cada vez más. ¿Cuánto tiempo supones que vas a quedarte ahí detrás

No era cosa de responder y Crag no lo hizo. Permaneció quieto, acostumbrando los ojos a la oscuridad casi absoluta, sólo levemente disminuida por un leve resplandor de la luz del sol y la suave luz reflejada por otros asteroides próximos en órbitas paralelas al que se hallaban. Uno de ellos, muy pequeño de tamaño en apariencia, bien fuese porque realmente lo era, o por la distancia, parecía aproximarse más y más, haciéndose mayor por instantes. Dirigió una mirada a su alrededor por el reducido horizonte. Ni signos de Olliver. Éste, sin duda, no se correría el riesgo de asomarse al lado oscuro del asteroide, ya que al quedar cegado instantáneamente, el arma que llevaba le resultaría totalmente inútil.

Podía, naturalmente, volverse a la espacionave y dejarles abandonados a una muerte segura en aquel trozo de roca perdido en el espacio; pero Crag estuvo seguro de que Olliver no lo haría. Olliver deseaba la satisfacción personal de matarles por su propia mano. Por lo demás, tal eventualidad se vería pronto cumplida al encogerse del todo la materia colapsada del asteroide y tenerles a la mano, sin defensa posible. No es posible esconderse tras una pelota de baloncesto.

Pero ¿dónde estaba Judeth? Miró nuevamente a su alrededor. ¿Se habría dirigido hacia el lado del Sol con la esperanza de poder saltar a bordo del J-14?

Crag se volvió asomándose hacia el lado iluminado del asteroide y soltó un juramento. El lado expuesto al Sol brillaba... lejos de donde se encontraban ellos. Se movía lentamente, alejándose del asteroide haciéndose más y más pequeño en la distancia. No funcionaba bajo el impulso de sus motores, sino derivando rápidamente. ¿Habría juzgado mal a Olliver, tal vez? ¿Se habría decidido finalmente a dejarles allí hasta que muriesen una vez acabado el pequeño suministro de oxígeno de que disponían?

Un repentino estallido de rabia en su casco respondió a la pregunta que acababa de hacerse. Olliver permanecía todavía del otro lado, viendo precisamente cómo se alejaba el aparato.

En aquel instante, una mano se apretó contra su brazo y oyó la voz de Judeth:

—Lo siento, Crag. Tenía que apartar la espacionave. No había la menor oportunidad de que pudiéramos alcanzarla, la escotilla estaba de su lado y...

—Espera —repuso Crag.

Manipuló en la oscuridad hasta dar con el interruptor de la radio del casco de Judeth y lo desconectó, haciendo otro tanto después con el suyo. Se aproximó a ella hasta que la parte frontal de ambos cascos se tocaron y le dijo:

—Estando nuestros cascos en contacto podemos oírnos; pero Olliver no podrá. ¿Me oyes?

—Sí. —La voz de la mujer resonó segura, sin temor alguno—. Pero ¿qué importa ahora Olliver? Podemos considerarnos muertos, los tres. Lo lamento, Crag... Tenía que hacerlo...

—¿Qué hiciste con la pistola?

—La tengo en el bolsillo. Pero está descargada.

Crag la tomó y calculó el peso. Era ligeramente menos pesada que el proyectil que hubiera deseado emplear; pero su traje espacial le impedía usarlo. Calculó que podría arrojarlo diestramente a una buena distancia.

—Espera aquí —le advirtió Crag, desprendiéndose gentilmente de Judeth.

Se dirigió decididamente hacia el lado del Sol. El asteroide se encogía entonces más ostensiblemente, sólo tenía ya unos veinte pies de diámetro. Tuvo que acurrucarse para evitar mostrar la cabeza conforme se aproximaba al borde iluminado, entre la luz y la oscuridad. Entonces, se incorporó rápidamente con la pistola dispuesta a lanzarla como un arma arrojadiza. Olliver permanecía dando vueltas en un estrecho círculo, tratando de vigilar todo su entorno al mismo tiempo. Crag le lanzó la pistola como un rayo y con una certera puntería. El casco de Olliver saltó hecho añicos.

Crag respiró aliviado y se volvió en busca de la mujer. Conectó su radio y llamó:

—Judeth... ¿Tienes la radio abierta? ¿Puedes oírme?

—Sí, Crag. —Judeth se le aproximó, estremeciéndose al contacto del cuerpo de Crag—. Era un perro rabioso, Crag. Y aún no estaba segura hasta el último instante, cuando tomamos contacto con este asteroide. Lo sospeché siempre; pero no pude

convencerme hasta ahora. Siempre supuse que en realidad perseguía algo grande...

—¿Tenía razón cuando afirmó que eras una espía de los Dorados?

—No. Ni de ningún otro. Me enamoré de él y me casé hace unos tres años. Creí firmemente en su nuevo partido político, con el que daría fin a la corrupción existente, dando al mundo un gobierno decente.

—¿Y estabas todavía enamorada de él?

—No. Hace ya muchos meses, casi un año. Pero cuando abrí los ojos a la realidad y me di cuenta que no le quería, comencé a sospechar de él. Continué con la esperanza de poder pararlo en su loca aventura. Gracias a Dios que lo hice. Habría destruido a la raza humana, sólo por el placer loco de haber gobernado sobre lo que hubiera quedado de ella. Tú te consideras un criminal. Crag; pero no lo eres en absoluto, comparado con él.

Judeth se volvió para mirar fijamente a la espacionave que se alejaba en la distancia.

—¿No habrá ninguna oportunidad de alcanzarlo y aproximarlos hasta nosotros?

—Ahora, no. Pude haber saltado al aparato; pero la oportunidad de haber acertado era la de una entre un millón. —Se inclinó para recoger la pistola caída de Olliver—. Si esto fuese una pistola reactiva, quizás existiera la probabilidad de actuar con ella para alcanzar la espacionave; pero con rayos caloríferos no será posible. Bien... Crag, tenemos que destruir ese desintegrador. No habrá ni una oportunidad entre mil millones de que nuestros cuerpos sean jamás encontrados por alguien; pero si ocurriese... y alguna persona la pudiera descubrir, es posible que concibiese la misma idea que tuvo este loco de Olliver en vida.

—Está bien. —Crag se inclinó hacia el cuerpo de Olliver y rebuscó en los bolsillos de su traje espacial, hasta hallar el desintegrador—. Supongo que haciéndose este pequeño mundo en que ahora estamos más y más pequeño, hay gente de sobra. No necesitamos su compañía, ¿no te parece?

Y apretó el disparador apuntando al cuerpo de Olliver.

—Ésa es una buena idea, Crag. ¿Quisieras usarlo contra mí... dentro de unos minutos?

—¿Unos minutos? Tenemos aire en estos trajes para media hora todavía, Judeth. ¿Por qué darse tanta prisa?

—Mi aire está terminándose, Crag. Olliver debió haber manipulado deliberadamente en mi equipo, al igual que hizo con la carga de mi pistola. Tenía que *saber* que yo me revolvería contra él, cuando expusiera sus planes. Incluso aunque no pensara ciertamente que yo fuese una espía.

La respiración de la mujer comenzaba a hacerse fatigosa.

—Crag, por favor ¿quieres emplear el desintegrador contra mí? No quisiera que nadie me encontrase jamás, con el aspecto que tiene una persona que ha muerto de asfixia.

—Claro que sí —repuso Crag.

—Tengo miedo, Crag... ¿Quieres rodearme con tus brazos?

Crag lo hizo, sin existir ya la menor traza de odio. Ella se colgó de su cuello, en la lenta agonía de apurar hasta la última respiración que le quedaba.

—Adiós, Crag. No quiero que oigas cómo... Y cerró su aparato de radio.

Medio minuto más tarde, Judeth yacía muerta en sus brazos. Crag la depositó suavemente en el suelo y como ella había solicitado, empleó contra el bello cuerpo de la mujer caída el terrible desintegrador de la materia. Esta vez volvió el rostro a otro lado. Después, dejó el desintegrador a un lado y utilizando la pistola desintegrante de rayos caloríferos de Olliver la dejó reducida a una masa de metal fundido.

El pequeño mundo en que aún permanecía, Crag, era ya demasiado pequeño incluso para permanecer de pie en él; pero aún se las arregló para continuar unos momentos más. Miró al cielo estrellado, a los brillantes cuerpos celestes del infinito y la impresionante negrura del espacio cósmico. Ya se hacía difícil su respiración, el oxígeno de su equipo estaba casi exhausto y comprendió que apenas si le quedaban otros diez minutos de vida. Judeth debía estar equivocada al suponer que el oxígeno de su equipo había sido robado deliberadamente. Lo más probable es que los equipos careciesen del suficiente oxígeno por negligencia del loco de Olliver.

El asteroide ya sólo tenía apenas una yarda de diámetro y Crag no pudiendo permanecer más en pie, se sentó.

Siguió achicándose más y más hasta que soltó una carcajada trágica al pensar en qué miserable trozo de materia continuaba apoyado y que era del tamaño de una casa cuando tomaron contacto con él. Luchó agónicamente con la respiración y se dispuso a morir. Solo; pero no importaba, estaba bien acostumbrado a la vida solitaria.

Aún sostuvo aquel pequeño mundo en la mano, ya del tamaño de una naranja. Soltó otra carcajada al introducirlo en uno de los bolsillos de su traje espacial, pensando todavía si alguien pudiera alguna vez encontrarlo; un pequeño mundo reducido a una bola de tres pulgadas de diámetro y con cientos de toneladas de masa. Si es que alguien lo encontraba...

Sintió cómo su ser deslizábase por una negrura tan grande como la del cielo, sin el leve destello de la luz de las estrellas...

Y murió.

VI

Al entrar en aquel sistema solar, uno entre miles de millones como los que pueblan el espacio infinito, no esperó que ocurriera nada fuera de lo corriente. ¿Por qué tendría que ocurrir?

Pasó a través de las órbitas de dos gigantes planetas helados, uno de ellos con unos hermosos anillos a su alrededor. Ya había visto otros así y sabía muy bien por qué se habían formado de tan peculiar manera. Pasó la órbita de Júpiter; pero Júpiter estaba del lado del Sol, de otra forma sobre alguna de las grandes lunas de Júpiter pudo haber encontrado más pronto aquello por lo que desde hacía tanto tiempo, había cesado de buscar, una vida parecida a la suya.

Después, más hacia el sol, un Sol distante y amarillento, encontró un cinturón de asteroides. Trozos de roca como él; pero muy distintos, pues eran materia muerta, inanimada, inconsciente. Algunos eran muchas veces más grandes que él, otros mucho más pequeños. En semejante cinturón de asteroides en órbita, él mismo había sido también uno entre millares, hasta que surgió el accidente molecular que, miles de millones de años atrás, había hecho brotar la conciencia en él, haciéndole un ente disimilar a sus congéneres del espacio.

Aquel cinturón había sido formado de la misma forma y no era muy distinto al suyo original, pensó al principio. Pero entonces, repentinamente, sólo apenas a menos de un segundo luz de distancia, percibió *algo*. Algo confuso e inexplicable; pero lo que fuese, tenía una conciencia pensante. Una conciencia extraña. Otro ser, además de él mismo. O varios seres, parecían varios al mismo tiempo.

Rápidamente se sumergió en el vuelo del subespacio y casi instantáneamente reapareció en el espacio normal a una docena de millas del punto de donde había detectado aquellas emanaciones de conciencia. Era un asteroide, uno muy pequeño. Ajustó su velocidad al cuerpo que deseaba ver y fue manteniendo su distancia del mismo para observar. Su razón para no aproximarse más no era ninguna precaución, era sencillamente que desde aquella distancia podía observar más a su gusto y pudo percibir a través de un sentido que no era la vista, ya que carecía de órganos de visión, no solamente la apariencia externa sino en detalle el mismísimo fenómeno de disposición molecular del asteroide y las cosas o los seres adheridos a él.

Se estaba dando cuenta de que se producía un cambio molecular en el propio asteroide, una simple reacción en cadena que estaba colapsando no sólo las moléculas, sino los propios átomos de que estaban compuestas las moléculas; una reacción que una vez comenzada continuaría hasta que el asteroide quedase reducido a un diminuto punto de materia colapsada, un pequeñísimo trozo del tamaño original del asteroide. Aquello no le llamaba especialmente la atención, ya estaba familiarizado con tales reacciones y él mismo se hallaba capacitado para producir las o hacerlas revertir.

Tampoco centró su interés sobre el objeto abandonado sobre el colapsado

asteroide, aunque en ausencia de las formas de vida extrañas a él habría sido interesante considerablemente haberlas estudiado; sino por el hecho de que se trataba de una construcción artificial; y aquella era la primera experiencia de que otros seres sensibles, aparte de él, existiesen en cualquier otro punto del Universo. Allí había seres vivientes y pensantes y concentró su atención en descubrir su íntima constitución.

Uno de ellos estaba en aquel momento desatando una cuerda de seguridad de la construcción artificial, del asteroide y daba un fuerte ímpetu para enviarlo a la deriva por el espacio.

El ser en cuestión y los otros como el primero, se hallaban encerrados en pequeñas construcciones. La mayor parte de tales pequeñas construcciones, según pudo deducir por su estructura molecular, eran flexibles. Como lo eran la mayor parte de los cuerpos existentes en el interior de las construcciones. Y frágiles, extremadamente frágiles, existía un dispositivo para producir calor dentro de las construcciones artificiales y comprobó que llevaban cierto gas, aparentemente tanto el gas como el calor eran necesarios para tales seres.

Analizó el gas constatando efectivamente esa composición de oxígeno y bióxido de carbono con otros elementos químicos en menor cuantía. Tales seres, lo inhalaban dentro de sus propios cuerpos y lo exhalaban con pérdida de oxígeno, mientras que un receptáculo de este último gas reemplazaba automáticamente el absorbido por aquellos cuerpos vivientes en el interior de las extrañas construcciones artificiales en que se hallaban encerrados. Parecía una sorprendente forma de dispositivo vital. Existían planetas, muchos de los cuales con una atmósfera igual a la que respiraban aquellos seres, compuesta de oxígeno principalmente. Sobre tales planetas aquellos seres podían vivir sin estar encerrados artificialmente en una especie de armadura envolvente, como la que llevaban en aquellos momentos. Entonces, se le ocurrió pensar que deberían proceder de uno de esos planetas, posiblemente habitados por otras criaturas semejantes y que su presencia en el pequeño asteroide, carente de todo aire y en el frío espacio cósmico era puramente temporal, en cuyo caso, tales construcciones artificiales estaban diseñadas para permitirles la supervivencia...

¿Supervivencia? ¿De dónde le llegaba tal concepto? Hasta aquel momento, la muerte había sido algo sin significado, algo que jamás se le había ocurrido; pero ahora y repentinamente supo lo que significaba para aquellos seres que estaba observando vivir en tan breve espacio de tiempo y que podrían cesar de existir de un momento a otro. La conclusión, la obtuvo del estudio detallado de sus cuerpos físicos y de sus pensamientos, al principio como algo confuso e incoherente, y después como algo perfectamente comprensible.

Y entonces, con igual prontitud, hubo solamente dos seres, dos focos de conciencia. Uno de los tres había muerto repentinamente. Su cuerpo se había convertido súbitamente en un trozo sin vida. Otro de los tres había arrojado un objeto que había roto un rígido y astillable componente de la armadura protectora del

primero y la muerte había sido el resultado. En seguida, se estaba empleando un dispositivo especial sobre el muerto, desatando una reacción en cadena de colapso molecular. Aparentemente aquella gente, sólo disfrutaba de poderes mentales muy débiles para usar una máquina física para un quehacer tan sencillo.

Concentró su estudio sobre los dos que quedaban. Uno de ellos parecía tener un gran sufrimiento. El concepto de dolor le llegó súbitamente también, aunque era algo que no alcanzaba a comprender en su totalidad. El dolor parecía estar relacionado con el hecho del oxígeno contenido en la construcción artificial que envolvía su cuerpo y que estaba perdiéndose por momentos. Y puesto que la reserva de oxígeno parecía exhausta, aquel ser también habría de morir pronto. En tal caso, sólo le quedaría uno de aquellos seres para concentrar más su estudio detenido.

El que quedó finalmente empleó el dispositivo para destruir el cuerpo que quedaba. ¿Por qué serían tan efímeras tales criaturas?

Y ahora, con sólo uno de aquellos seres, los pensamientos fueron mucho más claros, aunque unos conceptos totalmente extraños, desde luego. Con otro dispositivo, uno que consistía en la producción de calor, el último estaba destruyendo la cosa que había producido el colapso molecular en los cuerpos de los dos primeros.

¿Por qué? De nuevo intentó probar en la mente del superviviente y encontró confusos sus pensamientos. Eran conceptos totalmente extraños a su conciencia, tras de los cuales percibía algo terrible y salvaje. Y después, algo en cierta forma en calma y en la espera, y de nuevo el dolor. Y nada más. El tercer ser había dejado de existir también.

Todo había ocurrido con increíble rapidez. Tras aquellos eones de tiempo para encontrar a tres seres vivientes, a tres entidades vivas y los tres habían pasado con la prontitud que un meteorito se desintegra al entrar en la atmósfera de un planeta... Por unos instantes, consideró la cuestión de dirigirse en busca del planeta de donde procedían aquellas criaturas, que ya había claramente deducido en sus razonamientos. Pero había algo que debería intentar primeramente.

Con cuidado y sin prisa alguna, estudió la estructura del último de los tres en morir, y el único de los que no habían sido desintegrados. Acabado tal profundo estudio, muchísimas cosas se hicieron claras para él. Encontró dos órganos esponjosos en su cuerpo, provistos de músculos especiales para respirar el aire, y expulsarlo después alternativamente. Sintetizó el oxígeno y lo teleportó al interior del recipiente de su envoltura artificial y después activó los músculos que controlaban aquellos órganos esponjosos. El ser aquél, volvió a respirar. Simultáneamente activó un órgano de fuertes músculos en forma de bomba que servía para hacer circular una corriente de fluido a través de todo el cuerpo. Tras un breve tiempo comprobó que dejando de seguir activándolos, tales órganos funcionaban por sí mismos.

El nivel superior de la conciencia de aquel ser continuaba en estado latente, dormido y pasivo; pero la criatura vivía. Rebuscó en los bajos niveles de su consciente y de la memoria para hallar con satisfacción que entonces, sin el conflicto

emocional del pensamiento ordenado de la superficie, su labor resultaba mucho más fácil. En los recuerdos de Crag encontró las respuestas a sus cuestiones, relativas a una embrollada serie de acontecimientos ocurridos sobre el asteroide. Supo también quienes habían sido las dos otras criaturas que le acompañaron y el por qué de hallarse allí los tres.

Supo todo lo que Crag recordaba de su propio historial y todas y cada una de las cosas leídas o aprendidas por Crag a lo largo de su vida, tanto en su vida humana como en la planetaria, incluso cosas que el propio Crag ya tenía largo tiempo olvidadas. Consiguió conocer bien a Crag en el proceso, mejor de lo que cualquier ente viviente había sido jamás conocido antes.

Y por tal proceso, descubrió que ya había dejado de estar eternamente solo.

VII

Crag se despertó al estilo animal, súbita y completamente consciente de sí mismo. Pero las cosas debían estar equivocadas a su alrededor. Lo que aparecía en su entorno, debería estar totalmente fuera de lugar y existir un absurdo. Ni abrió los ojos ni movió un músculo. Estaba respirando aire, cuando no era posible que estuviera haciéndolo. Había muerto por falta de él y, por tanto, debería continuar muerto en lugar de hallarse perfectamente consciente de hallarse vivo.

Además, por si fuera poco, yacía recostado sobre la roca, con la suficiente fuerza gravitacional firmemente sentida en su organismo, como si de permanecer en la propia Tierra se tratase. Ni el mayor de los asteroides podía tener semejante gravedad; ¿estaría realmente en la Tierra? Podía ser concebiblemente que otra espacionave le hubiera encontrado y recogido antes de morir, el aire de su equipo pudo entonces haber sido reemplazado convenientemente, y así podría explicarse todo... Pero no tenía sentido alguno. Su traje espacial le habría sido quitado en tal caso. O bien —otra posibilidad que se le ocurrió—, pudiera ser que estuviera recostado en una pila de material procedente de una mina de las que se explotaban en los asteroides en busca de uranio, y...

—No, Crag —dijo una voz claramente en el interior de su mente—. Te encuentras completamente a salvo; pero no estás ni en la Tierra ni en ninguna espacionave.

Crag abrió los ojos y miró hacia arriba... al espacio. En la profundidad del cielo oscurecido donde sólo brillaban, sin parpadeo, las estrellas, había un sol distante. Se incorporó a medias y miró a su alrededor. De nuevo estaba sobre la superficie de un asteroide; pero esta vez de uno mucho mayor. Desde donde se hallaba en posición sentada, creyó poder apreciar que tendría sobre una milla de diámetro; pero de todos modos demasiado pequeño para disponer de semejante campo de gravitación, igual o casi igual al existente en la superficie de la madre Tierra.

—La gravedad es artificial, Crag —repitió la voz en el interior de su mente—. Tiene aproximadamente la fuerza de tu planeta nativo. ¿Preferirías la del cuarto planeta de este sistema, ése al que vosotros llamáis Marte?

—¿Quién eres tú? —preguntó Crag en voz alta, y por unos instantes trató de seguir imaginando si realmente estaría muerto y aquello fuese un loco y fantástico sueño de ultratumba; pero en seguida descartó tal idea. Aquello era absolutamente real; y él no estaba muerto.

—No tengo nombre —dijo la voz—. Yo soy lo que tú pudieras pensar como de un asteroide como el que tienes por sostén ahora. Y en cierto sentido, yo soy realmente un asteroide; pero procedente de otro sistema solar muy lejano de aquí. Sin embargo, soy una entidad consciente, al igual que tú lo eres también.

—¿Una vida basada en la sílice? —preguntó Crag—. Pero ¿por qué hiciste...?

—¿Acaso la vida basada en la sílice es tan distinta de la constituida sobre el carbono? Y por lo que respecta a haberte salvado... es decir, haberte devuelto a la

vida, realmente... bien, puedes llamarlo curiosidad, de no ser otra cosa. Tú eres el primer ser viviente con quien me he encontrado.

—Entonces..., ¿venías de paso por el espacio y me encontraste tras lo ocurrido en el otro pequeño asteroide?

—Mientras estaba ocurriendo. Sin embargo, aquello sólo me produjo confusión, hasta que todo hubo terminado, no podía saber lo que allí estaba ocurriendo. Ahora sé cuanto ha ocurrido, porque lo he sabido de tu memoria y tus recuerdos, mientras dormías y te devolvía de nuevo a la vida. Es posible que encuentres difícil comprender todo esto; pero es la verdad. Y desde luego no estás muerto, ni estás soñando. —Se produjo una breve pausa y la voz continuó después—: Ese traje espacial te está molestando, lo tienes puesto ya demasiado tiempo. ¿Deseas que cree una atmósfera a tu alrededor de tal forma que puedas quitártelo durante un cierto tiempo, si así lo deseas?

—Me encuentro bien —repuso Crag. Comenzó a ponerse en pie; pero se encontró literalmente cosido al suelo del lado en cuyo bolsillo tenía la masa del pequeño asteroide reducida a una pelota de tenis. Hizo una mueca y exclamó—: Excepto que me encuentro inmovilizado. Tengo unas cuantas toneladas dentro de uno de mis bolsillos en esta gravedad. ¿Podrías liberarme de ella?

No hubo respuesta alguna; pero repentinamente se sintió nuevamente con ligereza de movimientos, casi completamente ingrávido. Tomó la pequeña esfera donde se encontraba comprimida toda la materia colapsada del asteroide, del bolsillo, y la dejó en el suelo. Después, se incorporó con su peso vuelto a la normalidad existente en la Tierra.

—¡Condenada inteligencia la tuya, seas quien seas! ¿Hiciste todo esto sin ayuda de maquinaria?

—Nunca oí hablar de maquinaria, Crag, hasta que lo aprendí de tu memoria mientras dormías. Además, de tu mente he sabido...

—Condenado ser... —gruñó Crag—. ¡Sal fuera de mi mente!

Se produjo un silencio repentino, como una sensación de retirada. Y tras unos momentos, la voz habló de nuevo; pero esta vez Crag la oyó como un sonido, no como pensamiento telepático, en una manipulación vibratoria del aire encerrado en el interior de su casco espacial.

—Lo siento —dijo la voz misteriosa—. Debería haber sabido que te resentirías de que compartiese tus pensamientos. Pero sin haberlos leído cuando te devolví a la vida y mientras dormías, no podría haberme comunicado contigo. No volveré más a entrar en tu mente.

Crag frunció el entrecejo.

—¿Por qué no me dejaste muerto? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—No lo sabía entonces; pudo haber sido simple curiosidad, el deseo de haber descubierto a un elemento de tu raza. Ahora, es algo más. Deseo y me gustaría tu compañía, un concepto que no sabía que existiera. Aprendí una palabra de tu mente,

la palabra *amigo*.

—Una palabra que pensé haber olvidado —repuso Crag—. No deseo amigos. Déjame solo.

—¿Te gustaría volver a morir de nuevo?

Crag se puso a reír.

—¿Dos veces en un misma día? No, gracias. Pero ¿cómo voy a poder volver a Marte? Tú me has metido en esto, condenado, al devolverme a la vida. Ahora, llévame a Marte. O haz que regrese aquella espacionave en que vine y yo volveré por mis propios medios.

—Me temía que ésa fuera tu decisión —dijo la voz—. La astronave está ya de vuelta y está en órbita. ¿Debo hacerla aproximarse?

—Sí.

La espacionave se aproximó suavemente al suelo junto a Crag y éste saltó por la puerta abierta de acceso, la cerró con fuerza y accionó todos sus mecanismos interiores de seguridad. Puso en funcionamiento el dispositivo de suministro de aire y cuando hubo la suficiente atmósfera respirable en el interior, se despojó del traje espacial, se sentó en los controles del J-14 y comenzó a realizar las observaciones necesarias que le permitiesen poner rumbo nuevamente al planeta Marte. Sin demasiada sorpresa, observó por el espejo reflector de la parte baja de la nave que el asteroide —o lo que quiera que fuese— se había marchado y flotaba libre en el espacio.

Media hora más tarde, en plena ruta hacia Marte y sin nada que hacer por el momento hasta dos días más tarde cuando se aproximase al planeta, se relajó de la tensión sufrida y se encontró a sí mismo haciéndose las preguntas más disparatadas. ¿Lamentaba de veras haber sido devuelto de nuevo a la vida? En un sentido, sí; había muerto ya una vez y eso debería ser suficiente para cualquier hombre, puesto que los hombres muertos dejan de tener problemas. Pero por otra parte, tenía medio millón de dólares parte de tan grande suma en efectivo y el resto en dos bancos de Marte City y parecía una vergüenza morir y dejarse tanto dinero sin gastar. Era mucho más dinero, con mucho, de cuanto hubiera podido manejar en toda su vida, habría suficiente para gastarlo alegremente por muchos años a pesar de la prodigalidad con que lo hiciese.

¿Y por qué perder tales años de su vida? ¿No era el dinero lo que tanto había deseado?

¿Lo era, en realidad? Recordó entonces aquellos minutos en que él y Judeth habían permanecido solos, tras la muerte de Olliver y la de ella... y entonces, con un sordo juramento trató de alejar tales pensamientos de su mente. Había empezado a caer en un suave sentimentalismo. No volvería a permitirse a sí mismo semejante actitud.

—Hasta la vista, Crag —murmuró una voz en su oído, dejándole atónito.

Miró a las lucernas del aparato sin ver nada.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Donde me dejaste. Pero dentro de algunos minutos estarás alejado del alcance en que pueda hacer esto, por lo que he creído conveniente aprovechar la ocasión y decirte ahora lo que he pensado.

—No me preocupa lo que hayas decidido —repuso Crag—. Déjame solo, eso es todo lo que te pido.

—Lo haré; pero quiero que conozcas mis planes. Voy a construir un mundo.

—De acuerdo, sigue adelante.

—Gracias. —Crag creyó figurarse que la misteriosa voz tenía un matiz divertido—. Lo haré. Ya tendrás noticias cuando ocurra. Pienso que seguramente decidirás tú también venir a verme. Esperaré para verlo.

—No te confíes mucho —dijo Crag—. Está bien, hasta la vista. —Y añadió en seguida—: Espera, si aún sigues ahí. ¿Qué diablos quieres decir con eso de que vas a construir un mundo? No creo que puedas crear la materia, ¿verdad?

—No es preciso. La materia está aquí. Los millones de pequeños y grandes asteroides que existen en el cinturón orbital entre Marte y Júpiter. Una vez fue un gran planeta, hace unos cuantos millones de años antes de estallar y desintegrarse. Algunos trozos se han perdido; pero queda la suficiente materia para hacer un planeta al menos tan grande como el propio planeta Marte.

»—Todo cuanto tengo que hacer, Crag, es utilizarme a mí mismo como un núcleo y reunir toda esa materia a mi alrededor. Será un nuevo mundo, un mundo nuevo. Necesitaré criaturas que vengan a colonizarlo. Crag, espero que tomarás la decisión de reunir a amigos y gente conocida tuya, preferible como tú mismo para venir conmigo. Quiero y necesito hombres como tú, que no gusten de recibir órdenes, aunque tuviera yo que dárselas. No deseo ser un dios, Crag, aunque dispongo de poderes más allá de cuanto resulta conocido para el género humano; y no desearía permitir que mi mundo fuese colonizado por gentes que estuviesen tentadas a obedecerme.

—Muchísima gente querrá venir... si tú los recompensas de alguna forma. ¿Cómo vas a arreglártelas para tenerlas apartadas?

Se produjo entonces un sonido que más se parecía a una alegre carcajada.

—Ya me cuidaré de eso, Crag. Cuando te encuentres dispuesto, ven aquí, y si conoces a otros como tú mismo, tráelos contigo. Haré que sean muy bienvenidos.

Crag rió a su vez.

—Creo que estaré dispuesto... cuando haya gastado ese medio millón de dólares.

—Me parece muy bien. Hasta siempre, Crag.

Y súbitamente, cayó sobre Crag la sensación de un vacío total. Comprendió que la conexión de aquella poderosa fuerza mental telepática había desaparecido.

Se encontraba solo y por un instante le resultó una extraña sensación, pareciéndole más sorprendente aún porque todos aquellos años en que se había comportado como un criminal había estado solo y lo había deseado. ¿Sería la causa, tal vez, el corto tiempo en que permaneció junto a Judeth antes de su muerte, en que

olvidó el odio que sentía por todas las mujeres, quizá porque ambos estaban muriéndose juntos y ya no esperaban ayuda de nadie, ni tampoco les importaba? ¿O sería posiblemente por haber sentido el horror de la muerte y después el milagro de haber sido devuelto a la vida? Tal vez la causa se debería a que su mente había sido compartida por una extraña entidad viviente y ahora... le *conocía*.

Otro hombre, un personaje de la mitología, había muerto una vez y había retornado a la vida. ¿Sería entonces la misma vida para él que la anterior? «¡Maldita sea! —pensó—. ¿Por qué no me dejaría en paz? ¿No es bastante para un hombre que muera ya una vez?»

Los dos días que le llevó el retorno a Marte, le parecieron una eternidad de tiempo. Pero fue preciso que dominase su impaciencia. Necesitaba al menos una semana para considerarse en seguridad. Sería ahora de lo más imprudente tomar tierra con la espacionave de Olliver en el espaciopuerto de Marte City o en cualquier otro del planeta. Los documentos de la nave podrían ser naturalmente comprobados, y se vería que el último permiso, tan reciente, habría sido la salida de Marte City con tres personas a bordo y le habría resultado imposible contar ninguna historia creíble sobre la desaparición de las otras dos, sin que condujesen a una investigación, lo cual llevaría como resultado inmediato que un creciente grado de interés oficial se concentrase sobre Crag. Sería mucho mejor que tanto la espacionave como sus tres ocupantes se dieran por desaparecidos en el espacio.

Se dirigió hacia una duna de arena, aterrizando en posición horizontal a la sombra de aquella enorme montaña de arena en el desierto de Nueva Libia, donde muy bien podría permanecer desapercibida la J-14 durante años. A pesar de todo, no quiso correr ningún riesgo. Caminó durante cuatro días en dirección al poblado más próximo, una pequeña comunidad minera. Allí, afirmó su condición de prospector de minerales y alquiló un tractor oruga para el desierto con un bulldozer anexo. Le llevó menos de un día deshacer el camino andado. Un día más para recubrir totalmente la nave de arena y otro de vuelta, a las minas, donde devolvió el equipo alquilado, tomando en seguida un pasaje para Marte City.

Entonces, se consideró en completa seguridad. Con sus huellas y su historial destrozados, nada quedaba de él que le pudiese relacionar con el Crag que se presumía muerto junto a Olliver y a Judeth, cuando al pasar una semana, se informase de la desaparición en el espacio del J-14 de Olliver.

Era ya al anochecer cuando llegó a Marte City. No obstante, encontró abiertas todas las tiendas, además de los establecimientos que normalmente tenían abierto las veinticuatro horas del día. Aquello le permitió comprar un equipo nuevo de ropas de todas clases, con unas lujosas maletas en que depositarlas. No se había molestado en tomar su vieja maleta de la espacionave, lo que por otra parte, hubiera ido muy mal con su nueva condición de hombre rico.

De una forma singular, apreció que no tenía prisa alguna en dar rienda suelta a sus deseos normales de libertinaje. Estaba cansado por el hercúleo esfuerzo realizado en

enterrar la nave en el desierto, y lo que necesitaba era un sueño prolongado, tanto más que unos buenos tragos. Ni aún así, tuvo prisa alguna.

Preguntó al encargado del establecimiento en que realizó las compras si el hotel más lujoso de toda la ciudad seguía siendo el Luxor.

—Sí, señor, todavía continúa siéndolo —repuso el empleado—. Existen algunos otros buenos hoteles construidos el año pasado; pero ninguno tan costoso como el Luxor.

—¿Querría enviarme estas ropas con el equipaje al Luxor ahora mismo?

—Desde luego, señor. Pero a menos que no tenga la reserva hecha...

—Envíelas allí de todos modos —repuso Crag.

Salió del establecimiento. Ya era tarde; pero las calles aparecían animadísimas con una ingente multitud, como si fuese a mediodía. La mayor parte lucían lujosas ropas, tanto hombres como mujeres. Crag iba ahora lujosamente vestido, con ropas que había estrenado al adquirirlas, aunque su traje aparecía más bien modesto comparado con algunos otros.

El Luxor se hallaba a algunos bloques de edificios de distancia. El paseo le haría bien y le dispondría a tomar un buen descanso, curándole del malestar que sentía. Pero el pasear le aburría. A medio camino decidió alquilar un taxi y decidió hacer una parada en un bar antes de irse al hotel.

Depositó un billete en el mostrador y decidió empezar con un «high-ball», una bebida ya pasada de moda y antigua de varios siglos, pero que consideró mejor que la mayor parte de las mixturas corrientes de la época demasiado excitantes con drogas y licores demasiado espirituosos. Se la fue tomando a sorbos y se preguntó por qué no sentía la alegría normal propia de la euforia del alcohol. Tenía cuanto más había deseado en el mundo: mucho dinero, medio millón de dólares, y en perfecta seguridad al alcance de la mano. Además, su historial y sus huellas y registros, desaparecían inmediatamente de todos los registros por todas partes.

Se hallaba sencillamente cansado, pensó. Se sentiría mejor al día siguiente, con toda seguridad. Se miró con atención en el espejo del bar. Extraño... ¿desde cuándo los bares tenían siempre espejos para que los dueños pudiesen observar a la clientela? Crag miró fijamente al reflejo de su propia persona y reflexionó. Sí, yo soy Crag, pensó. Pero ¿cuál Crag, ahora? Crag había sido alguien, como criminal. Pero ahora era un hombre rico, uno entre millones de hombres ricos, sin necesidad de robar ni de matar, o correr huyendo de la Ley para esconderse. Su única preocupación era gozar de la vida y divertirse; pero el comienzo pareció disgustarle. El «high-ball» le supo insípido y sin gracia alguna.

Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo perfumado.

Alguien se hallaba sentado junto a él en el bar, una chica.

—¿Puedo...? —dijo ella y Crag le ofreció un cigarrillo. La chica no se volvió hacia él; pero en el espejo pudo apreciar que tenía los cabellos de color bronce dorado, como los de Judeth y los de su ex esposa. No obstante, por lo demás, apenas

si existía parecido con ninguna de las dos.

—Gracias, míster —repuso la joven—. ¿Por qué no me invita a un trago, eh?

Crag sacó un billete de diez dólares que puso frente a ella, del cambio que llevaba en el bolsillo.

—Tómese uno y guárdese el cambio. Pero, por favor, déjeme solo y no hable.

Resultaba barato el asunto a semejante precio. En el bar había varias prostitutas, seguramente una docena o dos, de ambos sexos. Si aquello seguía así, pronto vendría otra y otra después y sus pensamientos resultarían interrumpidos a cada instante. ¿Sus pensamientos? ¿Qué era lo que estaba pensando en realidad? Nada.

Necesitaba dormir, eso era todo y la causa de hallarse descentrado del ambiente. Miró hacia su propia bebida, bajando la vista, porque si miraba al espejo seguiría contemplando los cabellos de la muchacha que le recordaban dolorosamente los de Judeth. Pero ¿por qué no podía pensar en Judeth si lo deseaba hacer? Ahora estaba muerta, y ya no tendría necesidad de temer nada de ella. ¿Miedo? ¿Cómo se había metido aquella palabra en su mente? Nunca había tenido miedo de nada. Lo que ocurría era que entonces no tenía por qué odiarla más por ningún concepto.

Inadvertidamente, levantó los ojos hacia el espejo y vio los de la chica que se dirigían claramente hacia él.

—Perdóneme por hablar una vez, míster. Parece usted demasiado solitario. ¿No es cierto? ¿O es que se encuentra enfermo por alguna causa?

En vez de responder, Crag acabó de tomarse lo que quedaba de su bebida y salió. Una vez en la calle, comenzó a mirar en busca de un taxi; pero cambió de opinión y siguió andando el resto del camino que le quedaba hasta el Luxor.

Resultaba pequeño en comparación con los enormes edificios de los alrededores, con sólo seis pisos; pero se hallaba instalado en medio de un bellissimo conjunto de jardines, todos adornados con árboles de la Tierra, flores y césped, en suelo traído también desde la Tierra, y en nada se parecía a la raquítica y extraña vegetación de Marte. Crag atravesó la zona de jardines y entró en el vestíbulo en plata y oro del lujoso hotel, hasta aproximarse al pulido mostrador de mármol de la recepción.

—¿Una suite, por favor? —demandó, ya que en el Luxor sólo podía disponerse de suites para alojarse.

El jefe de la recepción le miró un tanto desdeñosamente por encima de sus gafas sin montura, adheridas a la nariz con una simple pinza y a la americana con una cinta de terciopelo. Su cabeza tenía la forma de un huevo, completamente calva.

—¿Tiene usted la reserva, señor... eh?

—Acaba usted de pronunciar correctamente mi nombre: señor Eh —repuso Crag—. No, no tengo reserva solicitada.

—Entonces, no tenemos nada.

—Soy amigo de los directores —dijo Crag—. Si toma usted mi tarjeta de visita estoy seguro que la cosa podrá arreglarse. —Y puso un billete de cien dólares sobre el mostrador.

Uno de los lados de la boca del gerente se retorció visiblemente y sus ojos se iluminaron a la vista del billete.

—Soy el director —dijo—, señor Eh. Mi nombre es Carleton. Pero, sin duda he podido equivocarme, voy a comprobar el registro. —No hizo la menor demostración de tocar el billete de cien dólares, sino que extrajo un registro forrado en piel de cocodrilo de uno de los cajones y hojeó unas cuantas páginas. Tras unos momentos, se dignó hablar.

—Sí, tenemos una suite dispuesta, señor. La número 14.

—¿Es tal vez la mejor?

—Una de las mejores. Doscientos treinta dólares diarios.

—Me quedo con ella. —Y Crag se sacó un fajo de billetes que contó y depositó sobre el mostrador—. Puede registrarme. Mi equipaje será enviado, pero no llegará hasta mañana. Puede enviarlo a la suite cuando llegue.

—Oh, desde luego, señor Eh. —El gerente tocó un timbre y un botones se dio prisa, apareciendo como por arte de magia—. Suite 14 —dijo, entregando las llaves al chico.

En la habitación de treinta pies por cuarenta de la bella suite alquilada, Crag dio una propina regia al botones y le aseguró que no deseaba nada más por el momento. Crag se dedicó a admirar la suite. Las puertas le indicaban que tenía al menos otras cinco habitaciones a su disposición; pero antes de entrar en cualquiera de ellas, se dirigió hacia un balcón y permaneció en pie respirando el aire frío de la noche marciana, mirando por sobre la ciudad fabulosamente iluminada, con sus calles como ascuas de luz y sus enormes edificios resplandecientes. ¡Qué diferencia con las habitaciones del barrio de los hombres del espacio, al norte de la ciudad! Pero allí se consideraba mucho más seguro; en los lugares lujosos como aquel nadie que se permite el lujo de gastar el dinero a manos llenas es molestado por nada; a nadie se le hacen preguntas y resultaba francamente posible adquirirlo todo y ahorrarse toda clase de dificultades.

Volvió al interior y abrió una de las puertas. Conducía a un pequeño pero bien guarnecido bar privado. Estudió la provisión de botellas y acabó por servirse una bebida a base de *woji*. Aquello le proporcionaría el sueño más que ninguna otra bebida y el sueño era lo que necesitaba. Incluso podría ponerle el ánimo algo más alegre. Pero su inmediato efecto parecía no tener sentido en ninguno de los dos aspectos y su paladar le resultó amargo.

Fue nuevamente hacia la habitación principal y abrió otra de las puertas. Aquella daba a una biblioteca bien surtida de libros, discos y cintas magnetofónicas. Echó una ojeada sobre los libros de las estanterías, dándose cuenta muy pronto que excepto unos cuantos volúmenes dedicados a los viajes, lo demás era más bien pornografía, lo que le hizo pensar que los discos y registros magnetofónicos serían igualmente pornográficos. Una doble puerta frente a un diván neumático se abrió para mostrarle un enorme aparato de televisión de ocho pies de ancho por seis de altura. Crag

conectó la llave de encendido y se sentó en el diván. Una serie de brillantes colores relampaguearon en la pantalla, mostrando una revista musical londinense, procedente de la Tierra. Ante un coro de maravillosas chicas de cuerpos ondulantes, un tenor cantaba:

¡Qué bello un viaje hacia Venus!

En una lenta astronave en mi luna de miel, contigo, cariño...

Crag se incorporó y cerró la televisión. Se volvió al bar y se preparó otra bebida. Esta vez se preparó un *estaquil*, una de las más fuertes bebidas derivadas del cáñamo indio, y que se suponía con poderes soporíferos y suavizantes del sistema nervioso. Tenía un paladar repulsivamente dulzón, sin que pareciera que fuese a tener efecto alguno sobre Crag.

Abrió otra puerta. Aquella estaba dispuesta con toda clase de juegos y a lo largo de una de las paredes, se alineaban una serie de máquinas de juego. Crag ya sabía, por triste experiencia, que todas las máquinas tenían algún truco sucio en su interior, con altos porcentajes contra él, y no se molestó siquiera en intentar pasar el rato con ellas. Además, para qué molestarse en el juego si tenía a la mano más dinero del que pudiera gastar... Una de las solitarias máquinas, sin embargo, era un antiguo modelo de medio dólar de un brazo para accionar. A Crag le llamó la atención y decidió probar suerte, más bien para entretenerse. Encontró un medio dólar en uno de los bolsillos, lo puso en la ranura y accionó la palanca. Los números comenzaron a correr, los cilindros iluminados a mostrarse de diversos colores, uno tras otro, yendo del color rojo cereza hasta el naranja. Se sorprendió cuando al detenerse el movimiento encontró cuatro monedas de cincuenta centavos en el receptáculo inferior. Crag se apartó sin tomarse la molestia de recoger el dinero. Volvió nuevamente a la habitación principal y ensayó con otra de las puertas.

Aquella conducía a la principal, que era incluso mayor que el living o salón en que se hallaba. Estaba mucho más ricamente ornamentada también. Y en especial, por lo que respecta a la cama, un maravilloso mueble de ocho pies de anchura, de ébano y donde yacían una rubia, una morena y una pelirroja. Por un segundo, le pareció que la pelirroja se parecía a Judeth; pero pronto comprendió que no había punto de semejanza.

Aquella le había llamado más la atención. Se levantó, alzó los brazos sobre la cabeza como una gata mimosa y le dirigió una dulce sonrisa sofisticada.

—¡Hola! —dijo. Las otras dos se levantaron y le sonrieron igualmente.

Crag se dejó caer sobre la jamba de la puerta.

—Perdonad mi ignorancia, guapas —dijo—. Nunca dispuse de una suite así antes de ahora. ¿Sois vosotras, quizás, parte del equipo?

La pelirroja soltó una coquetona carcajada.

—Naturalmente, cariño. Pero no es preciso que te quedes con todas nosotras, si no lo deseas. —Y se miró lánguidamente a las uñas pintadas de sus pies.

La rubia sonrió y se recostó felinamente, suponiendo que así llevaría alguna

ventaja en su papel de vacante a sueldo.

La morena le dirigió una picaresca mirada, adornada con un guiño adecuado.

—Somos mucho más interesantes las tres al mismo tiempo. Conocemos muchos trucos maravillosos, querido...

—Bien, marchaos de aquí, las tres —ordenó Crag secamente.

Las chicas no discutieron, ni parecieron sentirse molestas ni ofendidas. Se levantaron de la cama y se dirigieron tranquilamente hacia el umbral y después cruzaron el salón hacia la entrada de la suite, aún desnudas; pero sin importarles el hecho lo más mínimo.

Crag se puso a reír. Se volvió al bar y se preparó otro trago. Whisky puro esta vez. Puesto que las anteriores no le habían gustado, sería mejor variar hacia lo seguro.

Se sentó, tomándolo a pequeños sorbos, tratando de no pensar en nada.

Se produjo una suave llamada en la puerta. Crag puso el vaso a un lado y fue a contestar a la llamada. Sería probablemente su equipaje, aunque no lo esperaba tan pronto; le había dicho al empleado de los almacenes que lo entregasen al día siguiente a su comodidad.

Pero el botones que apareció ante la puerta no era portador de ningún equipaje. Era un hermoso joven, sonrosado y de bellas facciones con el pelo rizado graciosamente.

—La Dirección me envía aquí, señor. Puesto que no le gustan las mujeres pensaron que tal vez... ¿Hay algo en que yo pueda servirle?

Crag se le quedó mirando cuidadosamente.

—Date la vuelta.

El bello efebo sonrió consciente de su misión y dio media vuelta graciosamente procurando ondular su redondo posterior, encogiéndolo provocativamente.

Crag le propinó un fuerte puntapié en plenas posaderas.

Y a renglón seguido cerró la puerta.

Se volvió hacia el vaso de whisky y se lo tomó de un trago. Comenzó a deambular de un lado a otro, preguntándose a sí mismo por qué no tenía sueño. Encontró otra habitación más pequeña, sin apenas ornamentación y después el cuarto de baño, con una bañera enorme como para nadar en ella. La bañera estaba llena de agua tibia y perfumada. Se lavó encontrando un perfume delicado a violeta.

Se quedó en ropas menores pensando en dormir y se dirigió hacia la habitación principal. Pero el sueño seguía sin acudir a sus ojos. Pensó en buscar alguna droga en el pequeño bar. Ordinariamente, Crag jamás las usaba; pero era preciso descansar y dormir de algún modo. De no ser así, tendría que continuar bebiendo hasta emborracharse totalmente.

Pensó que la música tal vez podría ayudarle. Se apercibió de un excelente aparato de radio incrustado en la pared, mostrando al exterior unos brillantes diales y esferas luminosas a la cabecera de la cama. Se aproximó y la encendió. La puso a un volumen adecuado y en aquel momento se hallaban radiando un boletín informativo.

«... en el cinturón de los asteroides —decía la suave voz de un locutor—. Los científicos, tanto terrestres como marcianos, se hallan trabajando activamente en el problema; pero han fallado hasta el momento para extraer una teoría aceptable de los sucesos ocurridos y del extraordinario fenómeno, que no tiene precedentes y que aparece, por lo demás, completamente increíble. Con esto, señoras y señores, terminamos nuestro boletín de las dos de la madrugada; el próximo tendremos el gusto de radiarlo para ustedes a las 3.15 de esta misma madrugada, hora de Marte City.»

Crag saltó, vivamente impresionado y apagó la radio, mientras levantaba el auricular del teléfono interior. Una voz obsequiosa le rogó esperase un momento, hasta sonar la seca del gerente.

—Carleton al habla. ¿Puedo servirle, señor Eh?

—Acabo de oír los últimos párrafos de un boletín de noticias de la radio de Marte City, sobre algo que ha ocurrido en el cinturón de asteroides. ¿Podría usted ver la forma de ponerme en contacto con la emisora para que pudiera oír la totalidad de ese boletín?

—Me temo que sea una cosa difícil, señor.

—Bien, podrían pasar el registro por este teléfono —dijo Crag—. Las emisoras lo registran todo en cintas magnetofónicas; mediante el pago correspondiente podrían pasarlo por este teléfono. No se preocupe por el gasto.

—Veré de que pueda ser atendido. Tenga la bondad de colgar. Le avisaré inmediatamente.

Crag colgó el receptor y encendió un cigarrillo. A los pocos minutos, el zumbador sonó, y Crag descolgó en el acto.

—Señor, el asunto está arreglado. Será preciso pagar cincuenta dólares de honorarios. ¿Le parece bien?

—Sí. Que se den prisa, antes de que llegue el nuevo boletín de noticias.

—Muy bien. Por favor, cuelgue de nuevo.

Crag obedeció y esperó, pensando por qué razón se hallaba tan interesado en aquella cuestión. Lo que estuviera ocurriendo en el cinturón de asteroides era algo que no debería importarle, fuese lo que fuese. Si aquel extraño ser viviente del espacio estaba haciendo lo que había anunciado, tampoco era nada que le concerniese. Un nuevo mundo... ¡Diablos! ¡Al infierno! Por tanto tiempo como pudiera —y medio millón de dólares se llevaría mucho tiempo en gastar— se dedicaría a gozar de la vida a su gusto en la cómoda y lujosa situación de Marte City, en vez de ayudar a una colonia de tipos duros y criminales como él había sido, a situarse allí.

Pero así y todo esperaba la llamada del teléfono con creciente ansiedad e impaciencia, hasta que el zumbador sonó por segunda vez.

—La emisora está dispuesta, señor. La dirección del Luxar se complace en poder haberle servido y...

—Bien —interrumpió Crag—. Conecte cuanto antes.

Transcurrió un minuto de espera, hasta que le llegó claramente al oído la voz del locutor.

«Según una serie de informes de primera mano, está ocurriendo algo extraño e increíble en el cinturón de los asteroides. El primer informe llegó hace ocho horas procedente de Bellini. Un astrónomo que se dedica especialmente a las observaciones del telescopio gigante de la Luna, al observar a Ceres, el mayor de los asteroides, como es sabido, con un diámetro de cuatrocientas ochenta millas, cuando súbitamente el gran asteroide se desvaneció del campo de observación del gran telescopio. El astrónomo se preocupó de seguir a Ceres en el espacio y cuando volvió a encontrarlo, usando los controles manuales, comprobó que había cambiado tanto en la velocidad como en la dirección de su trayectoria orbital, de forma muy considerable.

»El cambio direccional fue rápidamente analizado por un computador y se encontró que Ceres ha perdido mucho del aspecto parabólico y excéntrico de su órbita, situándose de forma más regular y más próximo al plano de la elíptica. Las subsiguientes observaciones del computador, demuestran que el cambio es progresivo y aún continúa. Dentro de algunas horas, según cree Bellini, Ceres seguirá una órbita perfectamente circular alrededor del Sol, en lugar de la tan irregular que seguía hasta ahora.

»De la Luna se ha notificado inmediatamente a la Tierra y a Marte, y los observatorios confirman, efectivamente, el cambio de la posición de Ceres. Se han hecho otras observaciones sobre otros asteroides mayores, de los fácilmente observables a los telescopios. Hidalgo, cuya excentricidad es —o más bien, era— de 0.65, fue encontrado sin dificultad; pero considerablemente fuera de su antigua órbita. Tras los estudios y análisis efectuados con los computadores, Hidalgo también encaja ahora en una órbita circular; pero a una enorme velocidad, esperándose que se una chocando y fundiéndose con Ceres dentro de los próximos días.

»Lo más sorprendente es que la nueva velocidad del asteroide Hidalgo en su órbita nueva en relación con su masa, resulta imposible de acuerdo con las leyes de los momentos angulares.

»El Observatorio de la Luna se encuentra ahora por su posición respecto de la Tierra, en una situación de no poder continuar sus observaciones del cinturón de los asteroides; pero todos los telescopios del lado oscuro en la noche de la Tierra y de Marte se emplean para comprobar a todos los asteroides, uno tras otro y... ¡no se ha encontrado ninguno que conserve su órbita primitiva! Todos tienden a seguir idéntica órbita circular. Esto lleva a una sola conclusión: puesto que todos se mueven a velocidades distintas, todos eventualmente se reunirán en un gigantesco choque y... ¡formarán un nuevo planeta!

»Si se presume que todos los demás, pequeños e invisibles a los telescopios, siguen la misma pauta, lo cual es muy lógico, y se suman en sus movimientos para reunir sus masas en una sola, el nuevo planeta que así resulte formado, tendrá un

volumen y masa aproximadamente como Marte, ligeramente mayor incluso.

»Dadas las fantásticas circunstancias que concurren, una serie de espacionaves salen de la Tierra y de Marte para aproximarse al lugar del fenómeno y poder observar así el increíble suceso. Sea cual fuere la causa, está teniendo lugar en estos momentos un fenómeno cósmico de singular significación en el cinturón de los asteroides. Ni que decir tiene que los científicos terrestres y marcianos se ocupan con el máximo interés del problema; habiendo fallado, sin embargo, hasta el momento, para ofrecer una teoría aceptable...»

Crag dejó el receptor sobre la horquilla, ya que había terminado cuanto quería saber, pues en aquel momento es cuando había oído por la radio anteriormente el mencionado boletín de noticias, hacía un cuarto de hora antes.

Entonces... ese diablo lo está llevando a cabo —pensó.

Sonrió entre dientes y volvió al bar donde se escanció otra bebida, otro *woji*. Con el vaso en la mano estuvo dando vueltas por las habitaciones y permaneció mirando por el cielo a Fobos cruzar el firmamento marciano.

Después miró a las estrellas y localizó el plano de la eclíptica, sabiendo entonces que su mirada iba hacia el cinturón de los asteroides, aunque imposibles de ver a simple vista por su pequeñez y la distancia, y que comenzaban a congregarse para formar un nuevo planeta. Volvió a emitir una risa entre dientes; pero sin que en ella hubiera ningún regocijo.

Levantó su puño hacia el cielo, pensando: «Condenada criatura, seas quien seas... yo había muerto... ¿por qué no me dejaste así? Por una vez es suficiente.»

Se acabó de tomar la amarga bebida, no para intoxicarse, sino más bien para agotarse, se dirigió después lentamente al dormitorio, apartó la ropa y se acostó, acabando por dormirse.

VIII

Crag despertó como siempre, súbita y totalmente, instantáneamente orientado. Se hallaba en su suite del Luxor, en el más pequeño de los dos dormitorios. El ligero resplandor que le llegaba del exterior ni siquiera le confundió, sabía que estaba oscurecido y que no era la aurora y que había dormido de catorce a quince horas.

Se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo, yendo después deambulando hasta el gran salón. Su equipaje ya había llegado y comprendió que el personal del hotel se las había arreglado para dejárselo allí sin molestarle en su sueño. Lo llevó al dormitorio y lo abrió. Escogió las ropas que más fueron de su agrado y se vistió.

Se sentía descansado. Aquel era el día, es decir, la noche en que iba a emprender la gran francachela que consideraba histórica entre las que solía correrse; la juerga por la que había luchado y por la que había esperado.

Pero tenía apetito; sería mejor comer primero. Una vez que comenzase a beber no comería hasta hallarse sereno de nuevo, por largo que fuera el tiempo de la borrachera. Consideró el hecho de que le hubiesen subido la comida; pero decidió finalmente descender personalmente en busca de ella. El comedor del Luxor estaba abierto y dispuesto a servir cualquier clase de comida a cualquier hora del día, mientras funcionaba una sala de atracciones las veinticuatro horas de la jornada. Sería curioso lo que allí podría contemplar.

Una voz le llamó.

—¡Señor Eh!

Crag se volvió mientras atravesaba frente a la recepción y se encontró con Carleton, el gerente. Se detuvo y puso un codo sobre el mostrador.

—¿Me permite preguntarle cuánto tiempo se quedará en el hotel, señor Eh?

—Pues lo ignoro —repuso Crag—. Unos cuantos días más, por lo menos. A lo mejor, para siempre.

—Ya comprendo. Me temo que tenga que pagar por el segundo día de permanencia. Y además, por los servicios extras ya hay una cuenta de cien dólares en su cargo...

Crag puso un billete de mil dólares sobre el mostrador.

—Ya me dirá cuando se ha gastado. A propósito, cincuenta dólares son por los servicios de la radio ¿y los otros cincuenta?

—La tarifa del botones que enviamos a su habitación la pasada noche. Usted... bien, utilizó sus servicios de una forma fuera de lo corriente y además le incapacitó usted por un día, y consideramos que no es justo...

—Sí, claro —contestó Crag—. Vale la pena.

Se volvió para marcharse; pero el gerente volvió a llamar su atención.

—El Luxor lamenta que no hiciera usted aprecio de sus chicas. O del botones, ese gracioso efebo, en la forma corriente. Pero estamos especializados. Podemos

abastecerle de menores de ambos sexos... ¿tal vez con viejos? Si, como parece desprenderse por el tratamiento que dio usted al chico, prefiere usted la satisfacción a través de infligir el dolor, tenemos una gran selección donde elegir a su gusto. Y gente de todas las categorías dispuesta a someterse, a un precio razonable a... uh... lo que prefiera usted, sea lo que sea.

—¿De *cualquier* categoría?

—De todas, señor. El Luxor tiene el orgullo de complacer a sus clientes en todo momento.

—Me gustan los gerentes de los hoteles —dijo Crag—. Podría usted dejarse caer por mi habitación de vez en cuando. ¡Ah! Y no se olvide de llevarse un sacacorchos.

Se dirigió al comedor. Una chica con un vestido tan abreviado que daba toda la apariencia de no llevar ninguno encima, le sonrió graciosamente y le condujo a una mesa, donde Crag ordenó un menú de su agrado. Miró a su alrededor y comprobó que todas las camareras aparecían similarmente desnudas, comenzando entonces a imaginarse vagamente qué clase de representaciones se verían en la pista de atracciones. Después y a poco se iluminó el piso y la representación comenzó. Tras breves momentos, se levantó profundamente disgustado y salió fuera del comedor y del hotel. A unos cuantos bloques de edificios más allá, encontró un buen restaurante especializado en buena comida en vez de cuestiones sexuales; pidió una comida abundante y la tomó.

Después, tras el coñac y los cigarrillos, pensó si volver al Luxor a buscar el cambio de los mil dólares y a recoger su equipaje. Pero decidió dejar las cosas como estaban. Cualquier otro hotel lujoso de Marte City estaría en aproximadas condiciones de servicio. Pensó en encerrarse en la habitación que disponía de un cerrojo interior, para usar privadamente, y utilizarla así para correr la gigantesca borrachera que tenía mentalmente proyectada. Naturalmente, podría alquilar también un cuarto en otro hotel económico y quedarse allí, de la misma clase como el que tuvo la noche anterior antes de partir con Olliver hacia el cinturón de los asteroides; pero una pequeña habitación de mal servicio le resultaría ya deprimente, y puesto que tenía mucho dinero, sería lógico aprovecharse de lo mejor, aunque no estuviese interesado en cuestiones sexuales u otros vicios, excepto la bebida.

¿Qué tenía de bueno el dinero, si no se gastaba? O, posiblemente en aquello radicase la cuestión y fuese el origen de lo que iba mal en él: el hecho de que *tenía* dinero. Un criminal con dinero es un hombre sin empleo, sin nada que hacer y sin nada en la vida que le interese, hasta que lo gasta rápidamente y de nuevo surge el incentivo de comenzar la siguiente fechoría para obtener más. Quizás podía tirarlo jugando y comenzar así a trabajar de nuevo. Pero aquello era ridículo; había admitido sinceramente que el nuevo dinero que ahora tenía en abundancia le había costado trabajo conseguirlo y debería gozarlo de forma distinta. Llegó a la conclusión de que si no tenía razón para robar, menos la tendría para seguir viviendo.

¿Era así, realmente?

Sólo había una respuesta para aquello y era el emborracharse. ¿A qué estaba esperando?

Se volvió al Luxor, puso en la puerta de su habitación el cartelito de «Se ruega no llamar» y echó el cerrojo por dentro.

Se encaminó hacia el bar y comenzó a emborracharse. Lentamente, pues no deseaba hacerlo con violencia; quería hacerlo gozando de la bebida y totalmente. El amanecer le sorprendió en tales condiciones, paseando de un lado a otro como un tigre enjaulado, con un vaso en la mano. Pero sin desperdiciar una gota de licor. Emborrachándose; pero bajo control; no con una borrachera ciega ni violenta.

Se interrumpió sólo cuando terminó el suministro del «woji» en el bar. Estaba dedicado a tal bebida y, por tanto, llamó por teléfono para que le subieran más cantidad; pero advirtiendo que tras proveer generosamente el suministro de botellas, no deseaba ver a nadie en absoluto, ni que nadie le viese, por lo que se fue al cuarto de baño mientras los empleados le llevaron la provisión de botellas solicitada, y se tomó una ducha refrescante en el entretanto. Volvió a cerrar la puerta por dentro y comenzó nuevamente a beber.

Fue sobre el mediodía cuando alcanzó el grado de verdadera violencia. Aplastó literalmente los aparatos de juego, rompió las botellas y pateó, destrozándola, la televisión de la suite.

Tras aquello, durmió un rato y despertó sintiéndose horriblemente, comenzando nuevamente a beber. Perdió la noción del tiempo. Cuando dormía no había forma de que supiera si lo hacía por unos cuantos minutos o por horas enteras. No pudo, incluso, ni suponer, ni se preocupó tampoco, la duración de los largos períodos en que estuvo bebiendo y borracho. A veces notaba la claridad del día y otras la oscuridad de la noche; sin importarle realmente gran cosa. Nada le importaba sino continuar bebiendo y borracho, para no pensar.

Pero... ¿no pensar acerca de qué? Procuraba alejar su mente de aquello que rebullía en su interior. Además, aún creía seguir odiándola; el hecho de que estuviese muerta no cambiaba las cosas. Ella era, o había sido, una mujer.

Después, finalmente llegó el momento en que se despertó con unas náuseas horribles y sintiendo una fuerte debilidad, conociendo que la francachela solitaria había tocado a su fin. Se sentó en el borde de la cama, la del dormitorio pequeño y tomó el teléfono, preguntando el día y la hora. Había estado borracho cuatro días; de nuevo era el atardecer, la misma hora aproximadamente en que comenzó la juerga en solitario. Se dirigió al cuarto de baño, sintiéndose realmente enfermo. Tras una prolongada vomitera, se sintió mejor; se duchó, después se afeitó y se vistió con nuevas ropas limpias. Miró a su alrededor por la suite calculando los daños producidos, y estimó que serían alrededor de un millar de dólares, lo que significaba con toda seguridad que le sería cargado el doble en la cuenta. Bien, aquello no importaba mucho; tal vez cuanto más pronto gastase el medio millón de dólares, tanto mejor. No calcularía economía en la forma de gastar el dinero.

Quizás jugarse el dinero en fuerte sería la respuesta a su interrogante, si pudiese encontrar una buena partida donde se jugase limpio y pudiera gozarla. Pero encontrar una cosa así en la época en Marte City era algo tan difícil como encontrar a una persona honrada, o una mujer honesta. Lo más probable es que no lo hubiera; la honestidad no existía en ninguna parte; no solamente en el juego o en las mujeres, sino en la política, en los negocios o en cualquier otro aspecto de la vida.

Descendió y se detuvo en la gerencia. Carleton, el director no estaba de servicio en aquel momento. Crag explicó al empleado que un huracán había asolado su suite y que el hotel procediese inmediatamente a realizar las reparaciones necesarias, cargándole en cuenta su importe. Estaría fuera por unas cuantas horas y deseaba encontrarlo todo dispuesto en igual forma a su inmediato retorno. La respuesta del empleado fue sencillamente:

—Desde luego, señor.

Se fue caminando hacia el restaurante donde había tomado su última comida hacía cuatro días. No tenía apetito realmente; pero se esforzaría en comer una comida ligera. Lo hizo así y se sintió mucho mejor. Sólo su mente continuaba confusa y pesada. Paseando después en el fresco de la noche marciana, se mejoró definitivamente. Tal vez, una vez comido, le vendría bien alguna otra copa. Además, debería matar el tiempo antes de que pudiera estar arreglada su suite del Luxor, a menos que no quisiera hallarse presente mientras procedían a reparar los destrozos causados durante su terrible borrachera.

Siguió paseando. Paseó sin rumbo fijo a través de la gran ciudad y sintió cómo su mente y sus pensamientos se iban aclarando y sus fuerzas retornándole. Aborrecía la debilidad en él y en cualquier otra persona; pero, especialmente, en sí mismo.

Fue pasando por una colección de bares antes de elegir uno sencillo para tomarse un trago ocasional; un bar que parecía salido de la vieja estampa de los bares de siglos atrás. Le gustó cuando tras haber entrado, comprobó que había tenido razón en elegirlo; allí no había mujeres ni homosexuales. Aparte del dependiente, sólo había dos clientes, sentados uno junto a otro en una mesa, tomándose a sorbos tranquilamente sendas bebidas, y charlando en paz.

Crag cruzó el bar y tomó asiento en un taburete. El empleado se le aproximó desde el otro extremo de la barra, sin pronunciar una palabra y Crag le pidió una bebida, que pronto tuvo frente a él tropezando momentáneamente con la dificultad de encontrar un billete pequeño, ya que en un establecimiento modesto como aquél no andaría sobrado de efectivo para cambios. Recordó que estaba empeñado en la aventura de gastar dinero y no de ahorrarlo, y le dijo al empleado que se tomase una copa con él.

El dependiente se lo agradeció y entre ambos se tomaron un segundo trago. Rebuscó a su espalda y puso en marcha el aparato de radio.

—Tal vez haya un nuevo boletín de noticias ahora —dijo.

Lo hubo, en efecto; pero versando especialmente en discusiones políticas; el

locutor discutía y hablaba sobre las probabilidades y posibilidades de las próximas elecciones, como si en realidad todo aquello tuviera sentido, ya que la desnuda realidad era que el resultado de las elecciones era asunto ya bien decidido en conferencias a puerta cerrada entre los jefes políticos de los dos grandes partidos. La charla radiofónica resultaba una simple formalidad y una pura rutina.

El dependiente también dejó mostrar su decepción.

—Esperaba que el boletín de noticias dijera algo sobre ese nuevo planeta; pero seguramente que eso habrá pasado al principio del boletín informativo. Bien, he oído otro informe, hace un par de horas y supongo que no habrá ocurrido nada de particular en tan poco tiempo. —Y se volvió para cerrar el aparato. Pero en aquel momento, el locutor estaba diciendo:

«—Noticias de la Tierra. Se informa de la pérdida en el Espacio del gran juez Olliver. La espacionave privada de Olliver, un J-14, autorizado a salir de Marte City hace dos semanas, presumiblemente con retorno a la Tierra, ha desaparecido misteriosamente. Olliver viajaba acompañado de su esposa y su piloto personal. No se tienen noticias de que la nave haya tomado tierra, ni en ninguna otra parte, y puesto que los suministros de la espacionave sólo tienen capacidad para tres personas y para un período de diez días, se presume desgraciadamente que...»

—¡Diablos! —exclamó el dependiente—. Ése era un tipo en política que *pudo* haber hecho algo importante. Oiga, ¿qué idea tiene usted de ese asunto del nuevo planeta?

—No tengo la menor idea —repuso Crag indiferente—. ¿Y usted?

—Maldito si lo sé. ¿Qué puedo saber yo, si esos tipos científicos de tanta categoría, apenas si saben nada? Ah, sí, tienen muchas teorías. Siempre tienen buenas teorías a la mano. Pero ninguna de ellas tiene sentido. Lo único que no admiten es que esté ocurriendo algo que no comprenden. ¿Otro trago?

—No, gracias. Me marchó ahora —repuso Crag. Se levantó del taburete y se dirigió hacia la puerta. Se produjo un chasquido y Crag, que reconoció su origen, reaccionó inmediatamente, salvando la vida por una décima de segundo al hurtarse al disparo que le habían hecho. El chasquido había partido del cerrojo de la puerta hacia la cual se dirigía y que había sido eléctricamente activado desde el bar.

Aquel lugar, era como muchos otros de los arrabales de la ciudad. En tales sitios, un cliente solitario tenía pocas probabilidades de salir con vida, sobre todo si se presentaba lujosamente vestido y ostentando un rollo de billetes de alta numeración como Crag había hecho. Entonces vio, desde el suelo a donde se había tirado instantáneamente, que los dos clientes que se hallaban juntos en la mesa, habían desaparecido como por encanto, probablemente mientras había estado escuchando las noticias de la radio.

La segunda bebida que le ofreció el dependiente, tendría que estar envenenada, sin duda. Al tirarse al suelo y salir después hacia la puerta, el dependiente de la barra se había ocultado tras su segunda línea de defensa. El arma utilizada, según pudo

Crag apreciar, era un antiguo rifle, provisto de un amortiguador de ruidos, aunque probablemente el interior del bar estuviese instalado a prueba de ellos.

En aquel momento estaba descargado y el barman trataba de volver a cargarlo de nuevo y a apuntarle. Crag rodó rápidamente por el suelo para evitar un segundo disparo y que pudiera apuntarle, a menos que no saltase por encima del bar. Un ruido de pasos le dio a entender que el barman corría por el otro extremo del establecimiento, con objeto de salirle al paso al final de la barra. Crag se incorporó teniendo dispuesta la mano de metal. Fue cosa de pocos segundos. El barman, con sus ojos dilatados de buey, ya estaba sobre él dispuesto a rematarle. Pero allí estuvo el final de la lucha. Un mazazo espantoso con la mano izquierda de Crag le dejó muerto en el acto.

Crag se limpió el polvo de sus ropas. Se dirigió hacia la caja registradora y encontró como unos cien dólares. Pero en los bolsillos del barman encontró la prueba de que el tipo había hecho un buen negocio, y recientemente. Había ocho mil dólares en billetes. Crag hizo una mueca y soltó la carcajada. Resultaba que iba por delante del juego en lugar de ir detrás, su total de gastos del medio millón, eran nulos y aún se encontraba con más dinero que artes de comenzar su vida de rico.

En vez de arriesgarse a salir por la puerta principal, lo hizo por la de servicio, yendo a salir a un callejón estrecho de la parte posterior.

De vuelta en el Luxor, estaba de guardia un empleado, en vez del gerente, quien dijo a Crag que los daños de la suite habían sido ya reparados. Crag solicitó la cuenta que le fue presentada; representando poco más de lo que había calculado, la pagó y entregó otros mil dólares por adelantado.

—Ah, muchas gracias, señor —dijo el empleado—. ¿Hay alguna cosa en que podamos servirle?

Crag le aseguró que no necesitaba nada.

En la suite, Crag deambuló un rato por las diferentes habitaciones, hasta acabar poniendo la radio del salón; faltaban pocos minutos para la hora de un nuevo boletín de noticias. Aguantó como pudo la parte comercial del programa hasta que el locutor comenzó a hablar:

—«Señoras y señores: he aquí las últimas noticias de lo relativo al cinturón de asteroides, es decir, de lo que fue hasta hace poco.

»El planeta se está formando con increíble rapidez. Se estima que está constituido en sus nuevas décimas partes por todos los antiguos asteroides que ahora forman parte integrante del nuevo planeta. Su tamaño y su masa aproximados se acercan a Marte, y será ligeramente mayor cuando los restantes asteroides acaben por estrellarse sobre él, es decir, dentro de unas cuatro o seis horas. Se observa una formidable aceleración de los que aún quedan rezagados en sus órbitas para ir a estrellarse en el nuevo planeta y los que circulan por delante deceleran en la misma medida para incorporarse al nuevo mundo así formado.

»El nuevo planeta ya gira sobre su eje; pero el período de revolución, aún cuando

ya parece estabilizado, no puede ser determinado hasta que se disipen las nubes de polvo resultantes de los continuos choques de los asteroides y la superficie pueda ser visible. El hecho de que este polvo permanezca suspendido en nubes, constituye la prueba de que el nuevo planeta, por increíble que resulte, tiene su propia atmósfera. Aunque no sea posible, por el momento, determinar el espesor de las capas de polvo, ni realizar una precisa observación espectroscópica, la atmósfera contiene, definitivamente, oxígeno y probablemente debe ser respirable.

»Las observaciones espectrocóscopicas y de toda índole que se llevan a cabo se realizan desde espacionaves a unos cientos de miles de millas de distancia. La toma de contacto con el nuevo planeta será realizada tan pronto como el Consejo Solar determine que sea segura.

»No se han tomado aún determinaciones concretas para el nombre que habrá de llevar este nuevo mundo. La mayoría de los científicos, sustentan la opinión de que debería estar bautizado con el nombre de Bellini, el astrónomo que utilizando el gigantesco telescopio de la Luna, observó primero la perturbación de la órbita del asteroide Ceres. Su informe centró la atención sobre el cinturón de asteroides y condujo al descubrimiento de lo que estaba ocurriendo allí.»

El boletín continuó después sobre temas de política y Crag apagó la radio.

Supuso si quizás la televisión mostrase alguna fotografía del nuevo planeta; seguramente deberían estar observándolo desde espacionaves a distancias relativamente próximas. Abrió el equipo de doble puerta del gran televisor, apretó el botón de encendido y esperó a que estuviese dispuesto.

El aparato zumbó y una serie de brillantes colores apareció en la pantalla; después el zumbido se transformó en música —si es que podía llamársele tal cosa— y los colores se recompusieron mostrando una estupenda colección de chicas con largas cabelleras rubias, gruesos labios sensuales, que cantaban a coro:

¡Oh, qué lindo viaje a Venus! para mi luna de miel, contigo, cariño...

Con calma Crag se aproximó al aparato y lo apagó. Después, volvió a patear la pantalla hasta destrozarla con una magnífica calma.

Se dirigió al bar, se preparó una bebida y se encontró a sí mismo bostezando antes de acabarla, yéndose a la cama antes de haberla terminado del todo.

Soñó; pero por la mañana no recordaba ninguna de las cosas que había soñado. Lo que fue una cierta suerte, ya que Crag se hubiera disgustado de haberlo podido hacer.

El día lo empleó en pasear, volviendo a familiarizarse con la parte comercial de Marte City. Fue a los dos bancos en que había depositado la mayor parte de su dinero antes de salir anteriormente con Olliver y Judeth, hacía un par de semanas antes. Lo depositó porque no confiaba en absoluto en Olliver. Pero tampoco confiaba mucho en los banqueros, por lo que decidió para lo sucesivo, llevarse consigo todo aquel efectivo, contante y sonante. Era cierto que se corría el riesgo de ser robado y asesinado, como casi había estado a punto de serlo la noche anterior; pero si le

mataban, lo mismo sería por una gran suma que por otra más pequeña, y lo que quedase no iría a hacerle ningún beneficio.

Pero fracasó cuando se dio cuenta del enorme bulto que hacían los quinientos mil dólares, aún llevando la mayor parte en billetes de a mil, ya que para las transacciones se empleaban billetes de menor cuantía. Tuvo que llenarse todos los bolsillos para transportarlo. Así, aquella noche escondió la mayor parte en su suite del Luxor, poniendo cien mil dólares en cada uno de los cuatro escondrijos que habilitó al efecto. Los lugares resultaban casi imposibles de hallar, incluso para personas que los buscasen deliberadamente.

El resto de la noche lo pasó divirtiéndose lo mejor que pudo.

IX

Salió al día siguiente y finalmente se encontró recalando por el barrio de los hombres del espacio, al norte del principal distrito de la ciudad. Los hombres del espacio caían por allí cuando se hallaban sin un centavo, aunque constituían una pequeña fracción de la población flotante. Por el carácter, se parecía mucho a cualquiera de los barrios divertidos de Nueva York, como por ejemplo, Skid Row.

Crag no tenía ningún negocio especial que resolver por allí, y lo sabía, ya que el barrio no tenía nada que no pudiese adquirir en cualquier otra parte de la ciudad y con mucha más seguridad personal. En el barrio de los hombres del espacio, el pillaje, el asesinato y los robos, estaban a la orden del día. La policía patrullaba en grupos de seis hombres; y resultaban tan odiados que un policía solitario apenas si hubiera podido sobrevivir un día completo.

Desde luego lo era también para un hombre vestido lujosamente, y sobre todo llevando encima cien mil dólares en efectivo. Tal vez el peligro era lo que Crag deseaba. El peligro le estimulaba, le hacía estar alerta y vivo. Sólo en el peligro y de cara a la muerte encontraba la alegría de vivir.

¿Sería, acaso, porque subconscientemente era la muerte lo que realmente deseaba? ¿Era su odio tan grande a la humanidad que sólo podría encontrar la felicidad en el total olvido de las cosas?

A veces lo había pensado él mismo, y la consecuencia fue hallar la respuesta. El neftín lo haría.

La droga era difícil de adquirir; pero todo resultaba posible teniendo la cartera repleta de buenos billetes, incluso el neftín, la única droga que era tan odiada como la propia policía. No había futuro en la venta del neftín, porque el comercio difícilmente se repetía; sólo podía venderse una dosis a un cliente, porque lo seguro era resultar muerto por el cliente a las veinticuatro horas. La droga le colocaba en una situación de exaltación durante un cierto tiempo y cien veces mayor que lo logrado por cualquier otro estupefaciente; después el drogado pasaba a una situación de rabia y furor creciente hasta conseguir matar al mayor número posible de personas, antes de resultar muerto el causante. Si no resultaba muerto y si era detenido en su lugar, era como si hubiese muerto; pero siempre en la misma situación de éxtasis y exaltación, a pesar de cuanto se hiciera por el drogado. Era un final perfecto para el hombre que lo deseara por cualquier razón. Era como caer inmerso en un resplandor extático de gloria, especialmente si odiaba a la gente y tenía la obsesión de llevarse por delante a media docena o una junto con él, antes de morir; así era perfectamente comprensible que la venta o posesión simple del neftín estuviese legislada, considerándose como un crimen de primer grado, condenándose con por lo menos veinte años de trabajos en las minas de Calisto o con el psicógrafo. Incluso los criminales más empedernidos y los traficantes de drogas le tenían un sagrado horror, a menos que ellos mismos se sintieran inclinados a probar sus placeres, en cuyo caso, ni que decir tiene, que nada

más tenían que perder.

Pero de una forma singular, aunque Crag se hubiese considerado muy contento con estar muerto, no sentía ningún activo deseo de morir. No, al menos, por su propia mano.

Recordó un libro que había leído, muy viejo, sobre la caza de los tigres en una parte de la Tierra que una vez se llamó la India, y que se refería a un tigre asesino, un comedor de hombres, que tenía aterrorizada a toda una provincia de la India durante años y mató a centenares de personas. Para los aterrorizados nativos, se le había conocido con el nombre de «El Llorón», a causa de los ruidos que emitía constantemente cuando patrullaba alrededor de un poblado durante la noche. Cuando un cazador blanco, el autor del libro, lo mató finalmente, examinó el tigre y encontró una infección crónica y profunda en el cuerpo del enorme animal; el hueso lo tenía roído y la carne a su alrededor podrida y pulposa. Durante años, cada paso de la bestia había constituido una espantosa agonía y con todo había salido a cazar y a matar y a comer. Los tigres no se suicidan, ni incluso con el neftín, concluyó Crag.

Crag probó el juego; pero apenas si encontró diversión alguna. Las grandes partidas, como las que se celebraban en el Luxor, estaban tan ridículamente pervertidas, que no existía la menor distracción en tomar parte en ellas. Pensó en haber hecho una magnífica hoguera con todos los billetes y gozar el calor del fuego que se desprendiese de ella. Una vez fue al salón principal de juego del Luxor; pero sólo una vez; el segundo día, tras haber acabado su fenomenal borrachera. Durante un rato estuvo tirando cartas al juego de la mara, a cien dólares la carta y se las arregló para perder unos cuantos miles de dólares; pero las rampas eran tan evidentes que, al final, completamente disgustado, dejó caer su mano de metal, aunque no demasiado fuerte sobre la mano del croupier, quien en aquel momento le pasaba una carta. El croupier gritó de dolor y dejó caer dos cartas, donde sólo tenía que haber habido una, marchándose en seguida a la enfermería a que le cuidasen la mano dolorida. Crag se marchó, pensando si el hotel le cargaría en cuenta los gastos de lo ocurrido. Pero el Luxor pareció olvidarlo; había demasiada gente que habían visto la carta extra.

Durante algún tiempo jugó en los tugurios del barrio de los hombres del espacio. Era posible encontrar una partida honesta, si se tenía buena disposición y buena vista. Pero los hombres del espacio y los mangantes que se descolgaban por allá no tenían suficiente dinero para jugar en grandes apuestas y tras una serie de partidas, aquel juego de poco dinero terminó aburriéndole mortalmente, ya que lo que menos le importaba era perder o ganar.

Siguió bebiendo mucho; aunque no demasiado de una vez y en un mismo lugar sin perder en ninguna ocasión el control de sí mismo. Las grandes borracheras en Crag sólo se producían raramente, y tras largos períodos de abstinencia. Nunca bebía, desde luego, cuando tenía que llevar a cabo cualquier misión o en el espacio; aunque si la misión o el viaje se llevaba demasiado tiempo, bebía algo de vez en cuando. Ordinariamente, bebía bastante, aunque sin excederse.

La mayor parte de sus bebidas las tomó en el barrio de los hombres del Espacio, utilizando sólo el bar de su suite del Luxor por la mañana, o al volver tarde para acostarse. Consideró el haber alquilado una habitación en Spacetown, donde no había hoteles de lujo, aunque sí buenas pensiones; pero abandonó la idea finalmente. Sabiendo lo ridículo que resultaba mantener una suite tan costosa para utilizarla apenas en el Luxor, la siguió pagando, no obstante. Aquello costaba dinero y se había encarado con la idea decidida de cuanto más pronto se liberase del dinero más feliz sería. Mientras lo tuviera, no había razón para pensar en robar más, como hubiera tenido que hacer estando sin blanca.

Se sentía como un tigre encerrado en un matadero, rodeado de carne por todas partes, que no tiene que cazar. Puede hartarse, saciarse y permanecer cómodamente saciado; pero, bien pronto, el instinto de volver a la jungla le asaltaría; allá donde la caza y el peligro forma parte de su propia vida. Un tigre saciado, sólo es parte del tigre en sí y no mata por el placer de hacerlo. Un criminal con todo el dinero que necesita, deja de ser un criminal; a menos que un torcido instinto psicopático le impulse a conseguir más y más.

No, a menos que no sea un psicópata, ningún criminal tira deliberadamente su dinero para restaurar simplemente el incentivo de conseguirlo. Porque al hacerlo así se niega a sí mismo el valor del dinero, y ninguna cantidad que pueda adquirir después tendría tampoco el menor valor, destrozándose el incentivo, y se quiera o no, su razón de ser, de una forma positiva y cierta.

La única cosa que Crag deseaba hacer con el dinero era gastarlo, por tanto, seguiría viviendo en el Luxor, porque ello le ayudaba en tal sentido.

Era una lástima que jamás se hubiera interesado en la riqueza por sí misma, o en el poder. Nunca había considerado al dinero sino como algo que es preciso gastar, y el poder significa la política. Crag había odiado sinceramente a los políticos toda su vida, incluso antes de convertirse en un criminal.

Continuaron los boletines de noticias de la radio, naturalmente. Nunca utilizó después el de su suite en el Luxor, sino de tanto en tanto. En uno de sus paseos por Spacetown se encontraba sentado en un pequeño bar, ligeramente más poblado que de costumbre y de lo que a él le gustaba teniendo al alcance de la mano una copa de *woji*. Repentinamente el dependiente pulsó un botón y la radio estalló con una música detonante, si es que a aquello podía llamársele música.

Crag alargó el brazo hasta tocar el del barman.

—Apáguelo —dijo.

El barman le hizo frente descaradamente.

—Oiga, señor, no es usted el único que está aquí. A la mayor parte les gusta esta música.

—A mí, no —repuso Crag, y el toque de la mano se convirtió en una presa—. Le digo que apague la radio.

El barman miró fijamente a Crag y algo debió ver en sus ojos, que cambió su

comportamiento.

—Señor —repuso—, lo apagaré, es todo lo más que puedo hacer. Hay un tipo al otro extremo de la barra que me ha dicho que la encienda y que habrá jaleo si la apago. No sé lo duro que será usted; pero él sí que lo es. Si quiere jaleo, puede largarse a otra parte.

El barman se frotó el brazo en el lugar en que Crag lo había tenido atenazado.

—Lo que puedo hacer es obedecer al que gane; por tanto, pueden salir fuera y resolver la cuestión; a mí lo mismo me da una cosa como la otra. Obedeceré al que vuelva a entrar.

Crag hizo una mueca. Recordó que no debería mezclarse en luchas, a menos que hubiese un serio motivo para hacerlo.

—Está bien —dijo, al final—. Apáguelo.

Si el otro tipo tenía algo que objetar, entonces... El barman disminuyó el volumen hasta la mitad y añadió después:

—Sólo es cuestión de un par de minutos, hasta que lleguen las noticias.

Miró hacia el otro extremo de la barra, y no tuvo dificultad en encontrar, entre diversos individuos, al que se había referido el barman, y a quien había dado el nombre de Gardin. Era el que con su sola presencia atemorizaba al barman. Los demás, eran chicos jóvenes del espacio, cadetes de las Escuelas de Astronáutica, con edades oscilando sobre los veinte años. Gardin era un tipo parecido a Crag, de mediana constitución, pero macizo, y en el que se adivinaba la fuerza y una cierta gracia en sus movimientos. Era algo más joven que Crag y se diferenciaba también en sus cabellos negros, contra los rubios de Crag. Al igual que éste, era un criminal; pero la estampa de la criminalidad resultaba más ostensible en Gardin que en Crag.

Llegaron las noticias y Crag, inmerso en sus propios pensamientos, no puso atención a la primera parte. Pero después, aún sin quererlo, se encontró con la atención puesta en el receptor, cuando las palabras «el nuevo planeta» surgieron del discurso del locutor.

«—... todavía aparece rodeado e inmerso en las nubes de polvo, pero parece ser que van diluyéndose. El almirante Yates ha prohibido cualquier intento de aterrizaje hasta que la superficie sea perfectamente visible desde el espacio. La expedición de aterrizaje está preparada y dispuesta; pero puede llevarse todavía varias semanas. Existen circunstancias misteriosas, tales como el hecho de que la radiación es muy elevada para un planeta tan alejado del sol; el nuevo planeta tendrá aproximadamente las mismas temperaturas y estaciones de la Tierra, a despecho de hallarse dos veces la distancia media de la Tierra, del Sol como centro del sistema. La diferencia, según entienden la mayor parte de los científicos, reside en el calor generado en el interior por el impacto de los asteroides, conforme van estrellándose y juntándose en la masa común del nuevo planeta. *Todos* los asteroides se han reunido ya y formado parte de este nuevo cuerpo celeste; ya no existe materia alguna suelta dentro de la gran órbita de los asteroides, que ahora es la del nuevo planeta.

»La estimación general es que tiene un diámetro de seis mil millas aproximadamente, a medio camino entre el de Marte y la Tierra. La densidad es de cinco veces la del agua. Su gravedad será ligeramente inferior a la de la Tierra. Su rotación es un hecho definitivo, aunque no se ha podido determinar con exactitud su velocidad hasta que las nubes inmensas de polvo se asienten y puedan hacerse observaciones más exactas sobre un punto fijo de referencia de su superficie.

»Perdonen, queridos radioyentes. Acaban de traerme un nuevo boletín de noticias. ¡Grandes noticias, amigos! El nuevo planeta tiene ya nombre: Bellini, el gran astrónomo de Luna City, que era, por aclamación el que iría a dar su nombre al nuevo planeta, considerándolo como un merecido privilegio, acaba de anunciar su elección. Ha explicado que no aceptaría ningún otro nombre más sacado de la Mitología, como se ha venido haciendo desde siglos con todos los cuerpos del sistema solar. Ha escogido un nombre totalmente arbitrario, aunque eufónico, por su combinación de sílabas y ya ha bautizado al nuevo planeta. Señoras y señores, he aquí el nuevo nombre: CRAGON. Se deletrea así: C-R-A-G-O-N; es decir, repetimos: CRAGON.»

Crag se echó hacia atrás, sujetándose al borde de la barra, soltando una convulsiva y estruendosa carcajada. Fue la más sonora y más sincera carcajada que emitió en toda su vida, desde que pudo recordarlo. *El muy diablo —pensó—. ¡El muy diablo se ha metido en la mente del astrónomo y ha hecho que lo bautice teniéndome a mí en cuenta!*

¡Piensa que de esa forma me tendrá con él allá!

Notó entonces que alguien le tocaba en el hombro y se volvió, dejando de reír. Gardin aparecía allí en pie, con el rostro impasible; pero pareciendo un resorte de acero presto a saltar.

—¿Se reía usted de mí, amigo? —preguntó desafiante.

Aunque Crag había dejado de reír, emitió otra sonrisa entre dientes.

—No, no lo hacía, desde luego. Pero si tiene gana de jaleo, me gustaría atenderle a usted en lo que necesite.

Gardin hizo un gesto al barman.

—Cierre ese aparato —le ordenó secamente. El aparato, que estaba tocando música de baile, quedó en silencio.

—¿Y de qué se estaba riendo, si puede saberse? —insistió Gardin.

Los ojos de Crag se enfriaron, aunque no demasiado.

—Pues mire, es cosa mía y explicarlo resulta demasiado complicado. Pero, digamos, que es algo divertido, ¿le basta eso?

Súbitamente Gardin comenzó a reír también.

—Yo creo que no tiene nada de divertido, ¿verdad? Está bien, creo que he metido un poco la pata. Olvídelo.

—A menos que no quiera salir fuera a seguir riendo —dijo Crag.

—Yo creo que lo mejor será que nos tomemos una copa en vez de eso, ¿no le parece?

—Pues claro que sí —convino amistosamente Crag, en vista del giro de los acontecimientos.

Y de aquella forma hizo un amigo, o al menos lo más parecido a un amigo de lo que Crag se había permitido en tal aspecto.

No supo nunca nada del pasado de Gardin, como éste tampoco consiguió saber nada de Crag. La confianza no les llevó tan lejos. Al principio basaron su trato sobre la base de desconfiar mutuamente, tomando muy buenas precauciones al respecto. El tiempo lo iría diciendo.

Crag llegó a pensar que tal vez su amistad se afianzase más si Gardin se veía sin blanca; pero esto no ocurrió; parecía que su amigo se desenvolvía muy bien, sin necesitar a nadie, disfrutando de la vida y manejando dinero suficiente. Y también sin descanso y con energías vitales. Fue sabiendo todo aquello de Gardin, como éste supo igualmente muchas otras cosas de Crag. Claro que existían diferencias personales. Crag pensó que era mucho más fuerte, física y mentalmente. Aunque nunca se probaron o pensaron en hacerlo por lo que respectaba a la fuerza física. Y respecto de la fuerza mental... o de arrestos, era algo que sólo una emergencia o un grave peligro podría revelarlo.

En otro aspecto, Gardin también era diferente. Tenía una mujer. Nunca mencionó si era su esposa o no —lo que, por otra parte, tenía completamente sin cuidado a Crag —, pero por cosas surgidas de tanto en tanto, Crag sacó la conclusión de que vivían juntos hacía bastantes años. Se llamaba Bea; una mujer grandota y descaradamente rubia. Crag la encontró fácil de soportar, tras haber obtenido la conclusión de que pertenecía a la clase de mujeres que sólo pertenecen a un solo hombre. Bea dejaba a Crag estrictamente solo, en las ocasiones que se reunían los tres. Si era porque sentía miedo de Crag, fue algo que éste nunca pudo averiguar, ni le importó, procuró solamente que no estuviese con él cuando Gardin andaba por los alrededores.

Cuando Bea estaba con los dos, Crag casi podía olvidarse de que era una mujer. Bebía y juraba con ellos en términos iguales; se vestía modestamente, para lo que era Marte City, y jamás coqueteaba, incluso con Gardin, cuando Crag estaba junto a ellos. Lo que pudieran hacer a solas, tampoco era cuestión que le importase un comino a Crag.

Con mucha frecuencia, Gardin y Crag salían a deambular solos, aunque ocasionalmente se les reunía Bea. Ninguno se preguntaba al otro dónde vivía. Existían muchos lugares que frecuentaban juntos, y aquello era suficiente. Durante cierto tiempo se divertieron juntos en jugar, bien al póquer, al maharajá y a otros juegos que podían jugarse entre dos, con un mazo de cartas prestadas en el cuartito posterior de cualquier bar, y sin mirones. Las apuestas fueron subiendo; pero entonces, a medida que se hacían fuertes, Crag halló que ganaba entonces más y más frecuentemente. Conocía ya bastante a Gardin para estar en condiciones de leer sus más sutiles formas de expresión y sus maneras, para saber cuándo comportarse con precaución y cuando con absoluta libertad.

En una ocasión, se encontró súbitamente con ochenta mil dólares de Gardin frente a él, ya ganados y en el acto conoció por los signos exteriores que ya había aprendido a conocer de su amigo, a despecho de la calma exterior de Gardin, que aquello suponía ya su ruina o casi el quedarse sin blanca. Pero Crag no quería su dinero; ya tenía bastantes dificultades con el suyo propio. Con cuidado, se dejó perder poco a poco, no demasiado rápidamente para no despertar la susceptibilidad de Gardin, en una sola partida. Pero terminadas unas cuantas partidas posteriores, en las que Gardin recuperó su dinero, Crag perdió el interés en el juego. Y lo mismo le ocurrió a Gardin. Tras aquello, jugaban ocasionalmente, en partidas relativamente pequeñas en las que la habilidad y el deseo de batir al contrario podían sobre la idea de ganar dinero.

Y hacían apuestas. Muchas apuestas. Constantemente se pasaban las horas muertas haciendo apuestas sobre las cosas más absurdas y ridículas; usualmente con cinco o diez dólares, aunque de vez en cuando, para mantener la emoción, las subían a mayores cantidades, en cuestiones en que sostenían diferentes puntos de vista, o a la pura suerte. Si se encontraban solos en un bar, por ejemplo, se sentaban con un taburete de por medio y apostaban si el próximo cliente que llegase a ocupar el sitio era una mujer o un hombre, o bien, sentándose juntos, si el que llegase se situaba a la derecha o a la izquierda de ambos. O bien si el próximo cliente que entraría, iba descalzo o con sandalias, discutiendo las posibilidades según el tiempo reinante o la hora del día. Cosas de criaturas realmente, para mantener sus ocios, ya que evitaban a toda costa hablar de ellos mismos, haciéndolo sobre temas totalmente irrelevantes para matar el tiempo exclusivamente. El tiempo resultaba así el mayor enemigo, aunque tampoco ninguno de los dos hablaba sobre el particular abiertamente.

En una ocasión, Crag se llevó a Gardin a su suite en el Luxor: Gardin miró a su alrededor y dejó escapar un silbido de asombro.

—¡Chico! ¿Dónde está el botón que empujas para que salga el coro de chicas bailando?

Al ver que Crag no respondía, continuó:

—¿Aborreces a las mujeres, eh?

Como Crag tampoco se ocupó de responderle, dejó aquella cuestión de lado. Gardin continuó curioseando por toda la suite, con las manos en los bolsillos, hasta descubrir el cuarto de la pornografía. Entonces se sacó las manos de los bolsillos y comenzó ávidamente a hojear aquellos libros y a poner en marcha algunos de los discos. Crag le oyó sonreír entre dientes y puso cara de pocos amigos.

—Vamos, sal de ahí —le dijo malhumorado—. Puedes llevarte esos puercos libros, si quieres; pero no te pongas a leerlos aquí.

Gardin hizo caso de su amigo.

—¿Qué quieres beber? —le invitó Crag.

—*Woji*. A menos que tengas al alcance de la mano un poco de neftín, no me importaría ensayarlo ahora mismo. Bueno, no me hagas caso. Estaba bromeando.

Crag abrió dos botellas de *woji* y alargó una de ellas a Gardin con un vaso. Gardin se puso un buen trago y dejó la botella junta a la silla en que tornó asiento. Con una voz cambiada, dijo:

—Me siento hecho una calamidad, Crag. ¿Qué será lo que va mal en mí?

—Te estás ablandando.

—¿Ablandarme? —repuso Gardin rápidamente—. ¿Quieres apostarte uno de los grandes a que puedo contigo, aquí y ahora mismo?

Crag pareció aceptar momentáneamente la apuesta de su amigo, porque algo le impulsó interiormente. Pero se repuso en el acto.

—No apuestes, Gardin. Siéntate y bébete ese trago tranquilamente. Yo no empleo las reglas de los antiguos caballeros, ni tú tampoco. Una vez que comenzáramos, si yo no te mataba a ti, tú lo harías conmigo. Dejémonos de estupideces, ni por un piojoso billete de a mil, ni por nada.

Gardin volvió a sentarse, con el rostro sombrío.

—Deja de pincharme, entonces.

—No estoy pinchándote, amigo, sino diciendo la verdad. ¡Diablos! Me está ocurriendo igual a mí. Me estoy ablandando a pasos agigantados.

Pero Crag no lo creía realmente de sí mismo. Gardin estaba de nuevo paseando algo nerviosamente. Abrió el gran aparato de televisión, de doble puerta y silbó de admiración ante su vista.

—¡Muchacho! ¡Vaya aparato de televisión! A propósito, esto me recuerda algo. ¿Sabes qué día es hoy?

—¿Qué?

—Sí, hombre, el día en que van a tomar tierra en Cragon. ¿No has seguido las noticias?

—No, desde anteayer. ¿Qué es lo que ocurre?

—El polvo ha desaparecido. No es que se haya sedimentado, sino simplemente desaparecido como por arte de magia. Y... eso es imposible; pero dicen que es cierto... es un planeta terminado del todo.

Crag encendió un cigarrillo.

—¿Qué es lo que quieres decir con que es un planeta terminado?

—Pues eso, que no se trata de un planeta en bruto. Que tiene vegetación y árboles y todo lo demás. Bastante parecido, por cierto, a la Tierra, aunque abundan más las tierras y los continentes, que no los océanos y mares, teniendo además muchísimos lagos y ríos. Ríos de agua clara y fresca... Eso no tiene sentido alguno.

—¿Por qué no habría de tenerlo?

—Las corrientes y los ríos se forman a consecuencia de las lluvias, y tras miles y millones de años, las aguas van canalizándose y formando el lecho de las grandes corrientes de agua que proviene de los terrenos altos a niveles más bajos. ¡Y maldita sea! Ese planeta sólo tiene dos semanas de antigüedad. ¿Cómo han podido formarse los lechos de los ríos?

—Tal vez sea un chico precoz —bromeó Crag.

—Sea lo que sea, no es nada natural. Bromea, si quieres, Crag, pero incluso el más escéptico de los científicos admite que es algo que no podía suceder naturalmente. Algunos de ellos son sinceros, expresando que se hallan sencillamente aterrados.

—¿De qué?

—No lo saben; eso es lo que les asusta. —Gardin se volvió hacia la pantalla del gran aparato de televisión—. Lo había olvidado hasta ver este aparato; ya va siendo tiempo del nuevo boletín de noticias sobre el aterrizaje. ¿Quieres que lo veamos?

—De acuerdo.

Gardin encendió el aparato y pronto una oleada de colores y sonidos invadió la estancia, apareciendo la figura de una amazona desnuda, cantando la letra de una canción relativa a una perversión que no puede transcribirse.

—¡Cierra esa porquería! —le gritó Crag.

—Está bien, es sólo un momento. —Gardin acercó la mano a los mandos de la televisión; pero antes de cerrarlo la canción se desvaneció y las imágenes desaparecieron.

Y en la pantalla surgió la distante imagen a todo color de un planeta visto desde el espacio. Un planeta, que excepto por el contorno de sus continentes, podía muy bien haberse confundido con la Tierra. Océanos azules, continentes moteados de verde y marrón y blanquísimas zonas polares.

«—Les estamos mostrando una imagen de Cragon —decía en aquel momento la untuosa voz del locutor—, el planeta más nuevo del Sistema Solar.

»Las imágenes que están contemplando, están tomadas desde la espacionave insignia de la expedición, la *Dorai*, que se halla en estos momentos a doscientas mil millas de distancia. Vamos a mantener esta posición hasta que se reciba un informe del navío explorador *Andros*, que está ahora procediendo a aproximarse al novísimo planeta y con la intención de intentar el primer aterrizaje. Dentro de pocos minutos, suponemos que tardará unos veinte antes de que el *Andros* pueda entrar en la atmósfera de Cragon, conectaremos a ustedes con el navío explorador para que puedan ver con ellos, el preciso momento del aterrizaje en el suelo virgen de este nuevo y fantástico mundo. La nave exploradora va al mando del capitán Burke y del teniente Laidlaw. Lamentamos que la escasez de espacio de la nave exploradora no permita llevar un equipo de televisión trans-espacio; por tanto, continuaremos transmitiendo desde aquí, desde la espacionave insignia. Pero permítannos presentarles vía tridimensional las fotografías de los dos hombres de a bordo del navío explorador, mientras entramos en contacto con ellos por radio. Aquí está el capitán Burke.»

Una fotografía tridimensional mostró a un hombre de edad mediana con ojos de mirada dura, pero con unas facciones suaves en la pantalla.

—¿Está usted dispuesto, capitán?

Los labios de la fotografía no se movieron; pero se oyó una voz respondiendo.

—Sí, señor, Burke informando.

—¿Tienen algo especial que informar?

—Sólo que descendemos lentamente y con precaución, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Nos encontramos a cien mil millas de altitud todavía por encima del borde exterior de la atmósfera del planeta.

—Está bien. Entonces, presentaremos a su compañero de expedición. Les mostramos a ustedes al teniente Laidlaw.

En la pantalla apareció otra foto tridimensional. Un hombre joven, bien parecido y con cabellos negros ondulados. Se esperaba de él una voz atiplada y casi afeminada, que en efecto sonó así.

—Teniente Laidlaw, señor.

—Está usted asignado a la misión de informar mientras su capitán lleva el mando de la nave, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Está bien. Entonces, por favor, permanezca en el micrófono. —La imagen tridimensional cambió nuevamente y en seguida se apreció la visión distante de un planeta girar en el espacio—. ¿Han elegido ya un punto para la toma de tierra, teniente?

—Sí, señor. Aproximadamente en el centro del lado diurno, que por el momento está aproximadamente en el centro del continente mayor del planeta. Casi próximo a la orilla de un gran lago... creo que puedo indicarle cuál es. Tenemos aquí un monitor que recibe su emisión. ¿Ve usted un lago casi exactamente en medio de su imagen, es decir, que tiene casi una forma triangular?

—Así es, teniente.

—Bien, hemos planeado aterrizar en el fondo, esto es, en la parte sur de dicho triángulo. Se darán cuenta seguramente de que una gran corriente de agua, concluye en el lago por esa parte. Y que el área que rodea esa corriente es verde; pero sólo a una corta distancia de su borde y lo demás aparece como una extensa zona de color marrón. Creemos que será un lugar ideal de observación, como base de operaciones. Podremos comprobar el agua de esa corriente y la del lago. Podremos observar igualmente la clase de vegetación que muestra ese verde claro y la correspondiente a la gran extensión más oscura, tanto si es rocosa o de qué género. También, nuestras observaciones con las termocuplas, indican una temperatura de casi 70 grados Fahrenheit, temperatura que podemos considerar óptima. Conseguiremos tomar contacto en cualquier lugar próximo.

—Gracias, teniente. ¿Qué altitud tienen ahora?

—Algo menos de ochenta millas. Descendemos lentamente, con el dispositivo antigravitatorio.

Crag emitió una risita entre dientes.

La voz del teniente continuó diciendo:

—«Desde luego, haremos una serie de observaciones finales antes del aterrizaje en el planeta. Descendemos en automático para detenernos a cinco millas de altura. Desde allí, nuestros telescopios nos proporcionarán una visión más completa y próxima del terreno. Y para ese tiempo, estaremos dentro de la atmósfera y podremos estar en condiciones de hacer una comprobación que nos diga si es o no respirable y si eventualmente habremos de emplear nuestros trajes espaciales.»

—Gracias, teniente Laidlaw. Ahora, oiremos unas palabras del almirante Johnson, de la Gran Flota, que está aquí a bordo, precisamente junto a nosotros.

Crag volvió a reírse chuscamente de nuevo y Gardin apartó la vista de la pantalla para mirar intrigado a su amigo.

—¿Qué encuentras de divertido en esto? —quiso conocer.

—Pues la totalidad del asunto —repuso Crag—. No van a tomar contacto con el planeta... y si lo hacen, jamás saldrán de allí.

—¿Por qué no?

—No están invitados. Espera y lo verás. Gardin hizo una mueca de asombro.

—Amigo, hay un viejo proverbio que dice: «Pon tu dinero donde tu boca». ¿Cuánto quieres apostar?

Crag se encogió de hombros con indiferencia.

—Puedes tú mismo fijar la cuantía. Pero ya sabes que perderás.

Gardin se apresuró a contar un puñado de billetes.

—Iremos un poco cortos. Pero me apuesto mil dólares. ¿O es que estás bromeando?

Como respuesta, Crag se sacó un billete de a mil dólares que depositó junto a los otros mil fraccionados de Gardin.

En la pantalla apareció el rostro de bulldog del almirante.

«—... no parece que exista peligro, pero la Flota no se correrá riesgos inútiles. Antes de que esos hombres abandonen el navío explorador el área habrá sido vigilada en previsión de cualquier peligro posible. Parece imposible que un mundo recién formado pueda albergar alguna forma de vida, hostil o de cualquier otro género; con todo, la posibilidad no debe ser desechada. Existen misterios de los que no tenemos la respuesta adecuada; especialmente del misterio de cómo Cragon ha sido formado y cómo pudo haber ocurrido tan increíblemente rápido, el haber dispuesto de una atmósfera, una topografía bastante bien desarrollada y lo que es más extraordinario, en tan brevísimo tiempo, una vegetación segura, por todos los datos que se poseen. Y es a causa de este misterio que no corremos el riesgo de hacer aterrizar una gran nave del espacio de nuestra Gran Flota y arriesgar la vida de cientos de nuestros hombres.

»El capitán Burke y el teniente Laidlaw se han prestado voluntarios para esta misión y saben que están arriesgando sus vidas, incluso aunque el riesgo *no lo parezca* en apariencia. Pero un nuevo planeta siempre es una entidad desconocida y en este caso las circunstancias son más difíciles, ya que los detalles de su formación permanecen envueltos en el mayor misterio y se han producido tan súbitamente que

puede casi pensarse que se trata de un acto deliberado de una entidad inteligente.

»Sin embargo, no existe dificultad alguna que se anticipe al aterrizaje. Se conocen ya todos los factores. La cuestión más importante es la atmósfera. ¿Será respirable en su actual estado o tendremos que construir acondicionamientos para ella tal y cómo fue preciso hacer en Marte y Venus? Los análisis espectrográficos, los únicos que pueden realizarse desde aquí, son alentadores. El oxígeno se halla presente en la proporción igual y aproximada al de la atmósfera de la Tierra, e igualmente el bióxido de carbono. La densidad atmosférica es ligeramente menor que en la Tierra; pero sólo en muy pequeña escala; Kaperhorn estima que su densidad al nivel del mar es la equivalente a la de la Tierra a una milla de altura, como, digamos por ejemplo, Albuquerque o Denver.

»El elemento de incertidumbre yace en el hecho de que existen trazas de elementos con los que hasta ahora no ha sido posible el poder analizarlos a distancia, y hay, por supuesto, la posibilidad de que cualquiera de tales elementos sea venenoso. El navío explorador no lleva a bordo laboratorio de análisis químicos; pero lleva en su lugar unas jaulas con canarios y otros pequeños animales de experimentación, con cuyo uso el capitán Burke estará en condiciones de decidir si será posible abandonar la nave sin el uso de trajes espaciales.

»Pero con los trajes o sin ellos, explorarán la zona inmediatamente circundante al punto de aterrizaje.»

Crag produjo un ruido estentóreo. —¿Otro trago de *woji*, Gardin?

Gardin aprobó con la cabeza y Crag se dirigió al bar, que abrió volviendo con dos nuevas botellas. La esfera del nuevo planeta aparecía en la pantalla de la televisión; pero la voz del almirante había sido sustituida por una suave música.

—¿Qué ocurre? —preguntó Crag—. ¿Ha decidido marcharse o volverá a darnos otro sermón?

—Eso me imagino —repuso Gardin—. Estarán ocupados en ultimar un nuevo informe procedente de la nave exploradora. Sólo unos cuantos minutos, ahora están llegando al límite superior de la atmósfera. —Gardin miró de soslayo al dinero depositado sobre la mesa—. Crag, ¿de dónde surgiría la idiota idea de hacer esta ridícula apuesta? Creo que estás dándome en la práctica el regalo de un billete de los grandes...

—Tal vez —contestó Crag.

—A menos... que tengas algo escondido en la manga, y no sé de qué pueda tratarse. Pero tú sugeriste la apuesta. Creo que soy un bribón con apostar a un hombre en tales condiciones.

Crag hizo una mueca.

—¿Quieres retirarla? Te daré ahora una oportunidad, antes de que vuelva el navío explorador. Gardin vaciló un instante, y después sacudió la cabeza.

—No, déjala ahí. —Y se tomó un buen trago. La música se detuvo en seco y una voz volvió a sonar en el aparato, esta vez la del atildado teniente.

«—El teniente Laidlaw hablando desde el navío explorador. El capitán Burke está a los controles. Descendemos lentamente, empezamos precisamente a entrar en la atmósfera de Cragon. Nuestros instrumentos detectan una ligera presión, aunque no muy superior al vacío de un laboratorio. Nos encontramos aproximadamente a cincuenta millas de altitud y por el momento, descendemos a una velocidad de cinco millas por minuto, aunque trataremos de frenar tal velocidad para evitar el friccionamiento atmosférico por el enorme calor que desprenderá su roce.

»Cuarenta y cinco millas. Desde aquí podemos ver, y creo que con toda seguridad, que las áreas oscuras del terreno son enormes bosques. Al menos dan la impresión de igual apariencia que los espesos bosques de la Tierra desde idéntica altura. Ahora estamos a treinta y cinco millas, casi en la estratosfera. Pero... el capitán Burke está deteniendo nuestro descenso. Nos quedamos totalmente detenidos y sin movimiento... ¿Qué ocurre, capitán?»

En el silencio que siguió Crag preguntó:

—¿Quieres doblar la apuesta?

Gardin sacudió la cabeza, aturdido.

—Pero ¿cómo demonios...?

—No importa por qué. Tal vez yo posea una especial información. Si no quieres doblarla, te daré todavía otra oportunidad para que la retires.

Gardin no vaciló. Recogió el puñado de billetes y alargó a Crag su billete de mil dólares, poniéndose los suyos en el bolsillo. Crag hizo una mueca humorística.

—Bien, ahora veremos qué tal van las cosas. Vamos a ver cómo se comporta.

—¿Se comporta, quién? ¿A quién diablos te refieres?

—Sssh —le advirtió Crag, mientras sonaba una voz diferente procedente de la televisión.

«—Aquí, el capitán Burke al micrófono. Pido excusas por haber abandonado la transmisión, tanto el teniente como yo, unos momentos. No se trata de una emergencia; pero hay algo que tiene que ser investigado antes de que sigamos descendiendo. Parece que hay algo que va mal con nuestro sistema acondicionador de aire.

»En el momento en que he detenido nuestro descenso he mirado a las jaulas de los canarios, cuyo uso ha explicado hace unos momentos el teniente Laidlaw. De los tres animalitos, uno de ellos yace al fondo de una de las jaulas y los otros dos... bien, parecen seriamente trastornados.

»Sin duda, algo ha debido estropearse en el sistema de acondicionamiento del aire y no completaremos nuestro descenso hasta haberlo arreglado. El teniente, que está más familiarizado que yo con esta parte del mecanismo de la nave, está investigando en estos momentos. Tendré preparado el informe oportuno dentro de breves instantes, o bien le cederé el micrófono.

»Ocurre algo inesperado. El teniente Laidlaw informa que no puede encontrar nada de extraño ni de anormal en el equipo; los indicadores muestran la correcta

proporción de oxígeno, y ninguno de los controles señala la presencia de cualquier gas extraño; pero, con todo, dos de los canarios ya han muerto y el otro aparece claramente a punto de morir. Las cobayas y las ratas blancas se apelotonan unas contra otras, con síntomas de asfixia, mostrando además señales evidentes de malestar.

»Tanto el teniente como yo, apreciamos un *olor*, aunque muy débil, pero un olor extraño. No he comprobado nada en especial con el teniente a este respecto; pero me atrevería a afirmar que podría clasificarse como algo vagamente similar al ácido sulfúrico; pero muy *dulzón*. Si pueden ustedes imaginar una mezcla de ácido sulfúrico y gardenias... bien, ésa es la mejor forma que tengo ahora para describirlo.

»Pero esta nave está sólida y perfectamente aislada. No es posible que haya penetrado ni el más leve trazo de atmósfera exterior, tan leve como debe ser a treinta millas de altitud. No hay nada que concebiblemente podamos imputar al planeta, ni...»

—¡Capitán Burke! —tronó la voz del almirante desde la nave insignia—. ¡Ascienda con la nave, inmediatamente! ¡Totalmente fuera de esa atmósfera!

—Sí, almirante.

—Continúe informando.

»—Sí, almirante. Ahora seguimos ascendiendo... 33 millas, 35..., el teniente Laidlaw reconoce el interior de la cabina y me señala que todo parece ir perfectamente. Además, el fuerte dolor de cabeza que sufría hace unos momentos, acaba de disiparse. De nuevo el sistema de acondicionamiento del aire funciona correctamente. ¿Lo intentamos de nuevo, señor?

»—Incorpórense a la Flota inmediatamente. Antes de realizar un nuevo intento, bien sea con un aparato tripulado o teledirigido, hemos de comprobar ese navío explorador totalmente. Al igual que el sistema de aireación, han de ser comprobados usted y el teniente, como esos canarios muertos.

»—Sí, señor.»

Gardin miró a Crag y éste soltó una amistosa carcajada. Siguió riéndose tan de buena gana, que poco después recordó que había reído más a su gusto en aquellos instantes que en muchos años de su vida.

—Te apuesto ahora que el aparato teledirigido tampoco tomará tierra en Cragon —afirmó Crag.

—No quiero apostar. —Y Gardin se dirigió a la televisión y la apagó—. No creo que valga la pena seguir observando esto. Dime, Crag, ¿qué es lo que ocurre?

Crag movió lentamente la cabeza.

—Lo siento, amigo. Para decírtelo, tendría que decirte muchísimas otras cosas demasiado largas de referir.

—¿No es nada sobre lo cual podamos jugar el dinero?

Crag volvió a sacudir la cabeza.

—Te propongo que hagamos una partida de ginebra, para matar el tiempo.

Gardin se puso en pie.

—Lo siento, muchacho. Tengo negocios que atender. Es posible que no me veas en algún tiempo, Crag. Esos mil dólares que me has regalado... bien al hacerme que retire la apuesta, ya que parecías estar seguro de que ibas a ganarlos... me ha puesto fuera de combate. Creo que voy a ver si me hago de unos cuantos más.

—Buena suerte —le deseó Crag despidiéndole.

X

Crag estuvo sin ver a Gardin por más de una semana, aunque continuó frecuentando los mismos lugares en que solían encontrarse y reunirse a tomar copas y a charlar. No fue tampoco al hotel de Gardin por dos razones; una, que si Gardin estaba todavía allí y deseaba verle ya le habría ido a buscar y la otra que si Gardin estaba ausente del hotel, se habría dejado como cosa segura a Bea esperándole. Y no deseaba por nada del mundo hallarse a solas con Bea sin Gardin en los alrededores. Y preferiblemente ni aún así.

Decidió ir siguiendo las noticias subsiguientes al apasionante problema del nuevo planeta Cragon. Tras el chasco sufrido en el primer intento de aterrizaje, no se produjo ningún otro boletín televisado, sino hablado por los locutores. Por lo visto la Gran Flota decidió evitar que el público gastara chistes a propósito de la cuestión.

No se había encontrado ningún gas extraño en el casco del navío explorador del primer intento de toma de contacto con aquel nuevo mundo. La sola concreta evidencia, era el haber encontrado muertos a los dos canarios y el tercero gravemente afectado. Y así ocurrió con las cobayas, con los ratones blancos y con los dos humanos tripulantes del navío. El capitán y el teniente pasaron muchas horas después, para recobrase de las terribles náuseas que sufrieron.

El sistema de acondicionamiento de aire funcionaba perfectamente y las autopsias practicadas a los dos pájaros no habían dado la menor indicación de cuál pudo haber sido la causa de su muerte. La única conclusión a que llegaron los investigadores, es que pudiera existir algún componente misterioso en la atmósfera de Cragon, que incluso en la enrarecida altura de treinta millas de altitud, pudo haber penetrado sutilmente en el material del casco de la nave, posiblemente por cierta especie de proceso similar a la ósmosis y que podría matar o herir gravemente a los ocupantes. Los trajes espaciales no parecían ofrecer la respuesta adecuada, ya que cualquier cosa que pudiera traspasar el casco del navío lo haría con absoluta certeza con el tejido más delicado de un traje espacial.

Dos días después del fracaso del intento de aterrizaje en Cragon, se envió una nave teledirigida a la superficie del planeta, sin ocupantes vivientes.

Puesto que la nave tripulada no había captado señales de gases mortales, y sí solamente sus efectos, se presumía que por idéntica razón la nave teledirigida volvería en iguales condiciones. Y en lugar de equiparla con recipientes, el navío explorador teledirigido se preparó con un equipo de comprobaciones químicas, la mayor parte automático, y otra manejable a larga distancia por control remoto, pudiendo así realizar los análisis más delicados *in situ*, mientras el navío permanecía sobre la superficie de Cragon, recogiendo otras materias para ulteriores análisis.

Pero la gran dificultad residió en que la nave enviada jamás llegó a su destino. Nunca, de hecho, consiguió ni siquiera llegar a la tenue envolvente del exterior de su atmósfera. Cragon había cambiado de táctica. Cuando la nave teledirigida se

encontraba a doscientas millas de la superficie del planeta, *rebotó*.

Se encontró con un impenetrable campo de fuerza.

Ni incluso los cohetes teledirigidos eran, por lo visto, bienvenidos en Cragon.

Crag, se sonrió entre dientes, para sí mismo. Aquello terminaba los reportajes televisados de los intentos para tomar tierra en la superficie del nuevo mundo. El Almirantazgo redactó una cuidadosa memoria, con gran lujo de palabras inútiles, tras la que se traslucía que el propio Almirantazgo se hallaba simple y llanamente aterrado.

»—Ahora parece posible, si no probable, que el Sistema Solar ha sido invadido por una raza extraña. La formación de un nuevo planeta procedente de las escorias del sistema solar, era demasiado extraña y demasiado repentina para ser tenida en cuenta como cualquier teoría de la Astrofísica conocida por el hombre; por tanto, hay que considerar posible que esto haya sido llevado a cabo deliberadamente por una misteriosa raza que proceda del exterior de nuestro sistema...

»Que la intención de esta raza no tiene nada de amistosa, queda claramente establecida por el hecho de haber rehusado todo pacífico contacto que hubiéramos podido establecer al aterrizar libremente.

»Un campo de fuerza no es conocido en estado natural, y tiene que ser, por tanto, necesariamente artificial; así como un gas venenoso que ha penetrado la sólida coraza de la espacionave; pero que se desvanece totalmente cuando la nave se encuentra fuera de la atmósfera.

»Puesto que el planeta Cragon no ha cometido, según nuestros informes, ningún acto hostil contra el resto del Sistema Solar y, por tanto, no puede considerarse un acto de guerra, sí es preciso considerar un *estado de emergencia*, y declararlo en tales términos. Un estado de *protectiva* emergencia. Y puesto que es lógico considerar que una vanguardia de espías procedente de la raza cragoniana se halle mezclada entre nosotros, se requerirá de ahora en adelante una estricta censura de...»

El Consejo Solar decretó inmediatamente un estado de emergencia, doblando los impuestos sobre las rentas modestas, incrementando ligeramente las grandes, para financiar cualesquiera que fuesen los planes a seguir en el futuro. Planes que no podían ser hechos públicos a causa de los hipotéticos espías de Cragon.

Pero los rumores se incrementaron por todas partes, y en especial en el barrio de los hombres del espacio en Marte City, donde tales cuestiones apasionaban de forma especial. Aunque los informes procedentes del cinturón de los asteroides, actualmente la órbita de Cragon, estaban rodeados de una estricta seguridad, antes de llegar al Cuartel General de la Flota Marciana, tales informes, por un camino u otro, se conocían en el barrio de los hombres del espacio, casi en el momento de llegar. Y Crag los conocía a la perfección.

El segundo artefacto teledirigido no trató de posarse suavemente en la superficie de Cragon, sino que fue disparado como un proyectil con todos los cohetes reactores a pleno rendimiento; pero había rebotado de la misma forma, y su masa metálica se

había convertido en un impresionante lingote de metal incandescente. Otros cohetes con cabeza atómica explotaron al tropezar con el invisible campo de fuerza y la subsiguiente investigación telescópica bajo el punto de contacto, indicó que ni la menor traza de radiación había penetrado la atmósfera existente bajo él.

Cragon se había soltado el pelo, y aparecía a prueba de bombas, inexpugnable y desafiante. Y el temor a los espías creció. Los militares ignoraban si Cragon estaba o no poblado, y en caso afirmativo qué población podría tener y cómo sería. Pero el miedo crecía y puesto que no era posible llegar hasta el planeta se buscaba afanosamente a alguien que *podiera* proceder de allí, lo que significaba el espionaje. Transeúntes o personas de la más diversa condición que no estuvieran en condiciones de explicarse convenientemente y con rapidez, eran detenidas para ser interrogadas y si sus respuestas no resultaban todo lo convincentes que se deseaba, se les retenía para ulteriores interrogatorios, bajo el uso incluso de drogas.

El hecho comenzó a dar en que pensar a Crag. Incluso los ricos que vivían en hoteles de lujo alejados de toda sospecha y que nunca habían sido molestados por la policía, comenzarían muy pronto a serlo. Podrían figurarse a Crag como un espía cragoniano deliberadamente puesto en aquella situación de riqueza por esa misma razón. Y los militares eran menos susceptibles a la intimidación o al soborno que la policía, especialmente si creían que pudieran estar tratando con un espía del exterior.

Así Crag tomó precauciones en las que antes jamás se había molestado; visitó los mejores forjadores de huellas de Marte City, obteniendo documentos que le garantizaban una falsa identidad y un historial libre de toda sospecha. Naturalmente que no soportarían una completa investigación en gran escala; pero bastarían para cubrirle en caso de una eventual encuesta policial.

Después, pensó si no habría perdido el tiempo y el dinero; porque todo aquello no le protegería contra alguna seria sospecha; y la realidad es que se había conducido de forma que existiesen motivos para ello... si Gardin hablaba de él. No se le ocurrió pensar en el aspecto de espionaje que pudieran haber tenido sus palabras el día en que él y Gardin estuvieron viendo la televisión en el Luxor, y se produjo la especial apuesta de los mil dólares, con la seguridad de que nadie conseguiría aterrizar en el planeta Cragon. A los militares seguramente les gustaría saber por qué estaba tan seguro de tales hechos. Es cierto que podría referirles la verdad... y admitir que había matado a Olliver, entre otros crímenes.

El propio Gardin también podría ser sospechoso y si lo era, Crag no podría reprocharle el haber informado de lo ocurrido. Después de todo, tendría que correr ciertos riesgos. Crag se encogió de hombros ante la idea y la apartó de sus pensamientos. No iría a pretender vivir para siempre.

Aquello le recordó que había tomado muy pocas medidas para hacerse la vida interesante, por lo cual decidió que aquella noche se iría a beber un poco más de lo usual en una de las tabernas más rudas del barrio de los hombres del espacio e incluso buscaría alguna camorra.

En cuanto se le presentó la ocasión, él mismo provocó la discusión, con cuatro whiskies ya en el estómago. No le importó mucho de lo que estaban discutiendo. La cuestión era tener un pretexto para luchar y descargar su tensión emocional por aquel procedimiento. Antes de que pudiera esperarlo, sintió explotarle un vigoroso puño en mitad de la cara. Se lo quitó de encima con la izquierda y lanzó el derecho en pleno vientre de su oponente, que se arrugó como un acordeón y comenzó a dar traspiés.

Crag se separó de la barra, mientras que otros tres cargaban contra él. Se puso en guardia y largó un golpe con la izquierda al más próximo, con lo que en el acto sólo quedaron dos, aunque uno de ellos le asestó un duro golpe en la sien que casi le lanza al umbral de la taberna. Volvió a la lucha con ambos puños como pistones de una máquina y pronto sólo quedó uno que aún permanecía interesado en seguir peleando. Era el más corpulento de los tres, duro como una roca y Crag se vio y se deseó para dejarle fuera de combate utilizando solamente la derecha.

Todo había ocurrido con tanta rapidez, que apenas se dio cuenta, aunque la oreja en la que recibió el golpe le dolía condenadamente. Se dirigió a la barra para volver a tomar la bebida que estaba tomando cuando comenzó la pelea. El dependiente le esperaba con un enorme garrote esgrimido con ambas manos, mirándole fieramente.

—Está bien, amigo, está bien —dijo a guisa de explicación—. Nadie está herido, ni se ha hecho daño alguno. Y usted no se reunirá con los demás, a menos que no lo desee.

El barman pareció relajarse. Crag se echó al cuerpo el último trago y puso un billete sobre el mostrador.

—Invíteles usted a todos a un buen trago cuando vuelvan en sí. —Y se marchó.

Se había divertido; pero...

Comenzó a pensar dónde estaría Gardin; qué clase de negocio le tendría absorbido y qué sería lo que estaría haciendo. Crag supuso que si Gardin se encontraba en apuros de dinero, hubiera acudido a él, cosa que habría hecho en caso recíproco. *Pensó* que se había confiado bastante con Gardin pero...

Se hallaba demasiado lejos aún para planear un nuevo trabajo y salir de su estado de aburrimiento. Aún poseía aquellos condenados dólares, de los que le quedaban las nueve décimas partes. Medio millón de dólares era mucho dinero, demasiado dinero... Desgraciado dinero...

«O más bien, desgraciado del hombre —pensó con más acierto—, que no puede encontrar placer en gastarlo.»

De vuelta a su suite del Luxor, abrió las puertas del gran aparato de televisión y lo conectó; no por que hubiese algunas noticias de interés que esperase, si es que las había respecto del planeta Cragon, sino por la curiosidad de ver qué estaba sucediendo con relación a las medidas que el gobierno tomaba con la gente; resultaría divertido ver la forma en que tendrían que ir suministrando las noticias, tanto si eran ciertas como si no.

Pero la pantalla se iluminó con la imagen de un anunciador comercial de buen

aspecto y cabellos grises. Su sonrisa le resultó antipática a Crag, que tuvo la calma de esperar a ver lo que iba a decir. Y se detuvo cerca de la pantalla porque casi estaba seguro de lo que sería:

«—¿Es usted *necrófilo*? Todos sus problemas están resueltos, pues. La General Plastic aporta ahora al mercado un *simulacro*, que es casi completamente indetectable, excepto por el hecho de que no se deteriora, como ocurriría con un cuerpo real, ya muerto. Disponible para entrega inmediata en todos los modelos de ambos sexos a un precio realmente económico. O también, si lo prefiere, se entrega en alquiler, como hacen muchos necrófilos, en el caso de que prefieran ustedes cambiar de vez en cuando del objeto de...»

Crag volvió a soltar un puntapié a la pantalla. Bien, otros setecientos dólares —ya sabía el costo— que era el precio de reemplazar la pantalla nueva. Y la suite le costaba doscientos treinta, arreglándoselas para gastar otros mil dólares en las demás cosas diariamente. Otro día, otros mil dólares. Pero incluso a tal escala medio millón se llevaría todavía mucho tiempo en gastar... ¿Qué diablos estaría haciendo Gardin?

Salió a la terraza de la suite y se quedó mirando al cielo fijamente.

El nuevo planeta no estaba a la vista, ya se encontraba bajo el horizonte visible. De todas formas, al diablo con él.

La Tierra estaba en el cielo, aunque, mirándola durante un cierto rato, le sugirió la idea de si volvería a ella alguna vez. Pero ¿para qué? La Tierra era también un lugar corrompido e igualmente decadente como Marte. Ninguno de los dos mundos podía ofrecer nada que no lo ofreciese el otro, con la diferencia de que la Tierra estaba muchísimo más poblada. Y también con mayor número de policías, lo que la hacía ligeramente menos peligrosa que Marte.

Se volvió hacia el bar y comenzó a beber. ¿Sería la única respuesta a su problema el escapar? Pero, ¡diablos!, si no tenía nada mejor que escapar de allí ¿por qué no se quitaba de en medio de una vez y acababa todo de un golpe? Pero ni los mismos tigres se suicidan nunca, incluso con el neftín, que le hubiera proporcionado la oportunidad de llevarse con él por delante a unos cuantos en el proceso...

Bebió lo suficiente como para adormecerse ligeramente, aunque no tenía deseos de nada y se fue a la cama.

Y durmió, con abundancia de sueños. Soñó con una bella mujer de cabellos bronceados que era su esposa... y en el sueño ignoraba que le había traicionado y abandonado y que estaba locamente enamorado de ella. De una forma extraña, pero comprensible para su subconsciente; porque en los sueños las cosas que no tienen sentido alguno, se hacen en cierta forma comprensibles... y ella cambió. Los cabellos continuaron siendo iguales, pero se volvió más bella aún y la amaba más y más y a través del vacío del espacio, la llamaba con voz angustiada: ¡Judeth! ¡Judeth! Algo en su mente le decía que aquél no era el nombre de su esposa. Porque en aquel sueño, todas las mujeres eran la mujer; sólo había una mujer y nunca había poseído otras. Después, ella vino a él y le puso los brazos alrededor del cuello y en el repentino

gesto de entrega de los sueños la estaba sosteniendo en sus brazos; pero era ya una mujer muerta, un cadáver, y después sus brazos quedaron vacíos conforme el cadáver se desintegraba y...

El teléfono estaba sonando.

Se sentó en el borde de la cama y cogió el auricular.

—¿Sí?

—Ah... señor Eh. Tenemos una llamada para usted. Una mujer que rehúsa dar su nombre a conocer. Pero afirma que es muy importante, una cosa de vida o muerte. ¿Debo...?

—Ponga la comunicación.

Crag no solicitó el circuito privado, aunque tenía razones para hacerlo, ya que en el circuito privado se evitaba las molestias de la curiosidad de los empleados del hotel. Se dio cuenta en seguida de que en Marte había sólo una mujer que pudiera llamarle.

—¿Sí? —preguntó.

Era la voz que esperaba. La de Bea.

—No quiero dar mi nombre; pero ya sabes quién soy yo, cuando te pida que vengas a encontrarme en...

—Sé quién eres —interrumpió Crag—. ¿Qué es lo que ocurre? —Aunque casi podía suponérselo, también.

—Nuestro... mutuo amigo, ya sabes. No quiero tampoco mencionar su nombre; pero si reconoces mi voz ya sabes lo que quiero decir. Está metido en un mal asunto; no creo que haya mucho que pudieras hacer por él; pero...

—¿Dónde estás? Trata de indicármelo sin mencionarlo.

—Estoy en nuestro apartamento. Pero creo que éste no es sitio muy seguro. Mejor será que me marche inmediatamente. ¿Podrías encontrarme... en el lugar en que solíamos jugar a la mara con los hombres del espacio, aquellos que acababan de llegar de Calisto?

—Estaré allí en diez minutos —repuso Crag y colgó el aparato.

Se vistió y se lavó la cara con agua fresca. Se sentía... despierto y alerta, alentado con la sensación del peligro y la aventura.

XI

Era un bar como muchos otros, excepto por los cuantos fanfarronamente lujosos que había en el distrito. Crag llegó allá en diez minutos, como había prometido; pero Bea ya estaba esperándole. Acababa de llegar, porque precisamente estaba sentándose en un pequeño reservado lateral. Un tipo grandote y matón del espaciopuerto la había visto llegar y andaba merodeando por el bar con la impresión de querer entrar en negociaciones, cualesquiera que fuesen tales negociaciones. A Crag le habría gustado una pelea, pero no había tiempo para aquello, y así se apresuró a aproximarse a ella, llamándole por otro nombre distinto y deslizándose en el asiento existente junto a ella en el pequeño reservado. El matón les miró un momento, irresoluto y después se quitó de en medio volviéndose a la barra.

La primera pregunta de Crag fue:

—¿Es cuestión de segundos o de minutos? Ella se inclinó sobre él y Crag pudo apreciar que había estado llorando aunque procuró borrar las huellas con el maquillaje y apenas si los signos de las lágrimas eran distinguibles a tres pies de distancia.

—No creo —repuso Bea—. Pero no sé de veras, qué es lo que podrías hacer, si es que puede hacerse algo; pero el caso es que él está...

—Espera un instante.

Crag se sacó unas monedas y las depositó en la ranura del aparato tocadiscos automático y elevó el control de volumen de sonido. El lugar se hallaba demasiado tranquilo y su conversación, ahora, podía sostenerse en condiciones de relativa seguridad. Un vozarrón impresionante surgió del aparato cantando la canción de moda del «Viaje a Venus».

—Bien, Bea, suelta esa lengua.

—Ha sido una cuestión de joyas. En Curme's, en el último piso del edificio Rasher, a unos diez bloques de...

—Sí, ya conozco el sitio. Continúa.

—Ha sido atrapado allí mismo y tienen un cordón alrededor del lugar que vigila el bloque entero, con helicópteros merodeando por la terraza superior. Seguramente ha debido tropezar con algún sistema de alarma o...

—¿Está solo?

—Sí, trabajaba solo. Había estado preparando el golpe durante dos semanas y...

—¿No lo sabe nadie... excepto tú?

—Así es. Tiene que haber tropezado con un circuito de alarma. No hay otra posibilidad de que hayan podido cazarlo.

—¿Y cómo lo has sabido? Quiero decir, ¿cómo sabes que se encuentra atrapado?

Bea abrió el bolso y sacó lo que parecía una cajita de compacto para el maquillaje.

—Es una radio receptora-transmisora; él solo está al otro extremo de esta banda;

sólo que la suya parece una tabaquera, y...

—Ya la he visto. ¿Te ha llamado él, desde Curme's?

—Sí. El aparato emite un ligero sonido cuando él llama. Y cuando está en algún trabajo, la mantengo alerta por si tiene necesidad de llamarme y hay algo que yo pueda hacer.

—¿Qué fue lo que te pidió? ¿Que me lo notificaras a mí?

—No, esta vez no deseaba nada, excepto decirme adiós. Dijo que estaba acorralado, que tenían todas las salidas sólidamente bloqueadas, con docenas de policías por todas partes, y que lo que quería es que marchase inmediatamente del apartamento, antes de que me echaran el guante. Tardé bastante en llamarte, hasta que lo conseguí.

—¿Sabe la policía quién es él?

Ella aprobó con un silencioso gesto de la cabeza.

—No sé cómo. Tal vez alguno de ellos consiguió verle cuando estaba disparando desde la ventana y le reconocieron; la cuestión es que por el altavoz le nombraron por su nombre, invitándole a entregarse. Por eso Gardin estuvo seguro de que averiguarían su domicilio y se apresuró a llamarme al apartamento para prevenirme.

—¿Puedes llamarle con eso ahora mismo?

—Sí, pero...

—Vamos, llámalo y rápido. Dile que quiero hablar con él y después déjame hablarle.

Bea mantuvo abierta la cajita de compacto; en el interior aparecía un espejito dentro de la tapa; pretendiendo estar mirándose mientras manipulaba presionando un botón en alguna parte de su pequeña estructura y haciendo como que hablaba con Crag.

—¿Gardin? Ya sabes quién hay aquí. Un amigo tuyo está también y desea hablarte... conocerás su voz.

Crag tomó el diminuto aparato y lo sostuvo mientras pretendía estar examinándolo. Y habló por él como si lo hiciera con Bea.

—Habla rápido, Gardin, antes de que puedan captar la onda y cogernos aquí. Saben dónde estás y quién eres; por tanto, no te preocupes demasiado sobre el particular. ¿Qué es lo que ocurre realmente?

—Me tienen embotellado. —La débil voz del aparatito apenas si podía oírse entre el ruido de la música del local—. No hay nada que puedas hacer; pero gracias de todos modos. Tienen sobre un centenar de policías a mi alrededor.

—¿Cuánto tiempo puedes sostenerte?

—Tanto tiempo como quiera. No vendrán a dispararme. Esperarán hasta que me entregue o me canse, o bien abra las puertas intentando una salida desesperada disparando contra ellos.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar te pregunto? ¡Maldita sea! Dime claramente si es cosa de horas o de días.

—¡Diablos! Una semana si me lo propongo. No hay alimentos a mano, pero no iré a morir de hambre por eso. Tengo agua en abundancia.

—¿Munición?

—Muchas; de los guardias del edificio, además de las mías. Saben que estoy bien preparado en este aspecto.

—¿Podrían gasearte?

—No, sin que tuvieran que lanzar granadas a través de las ventanas y no creo que se corran ese riesgo. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Me tienen bien cogido, y además, les gustan los asedios.

—De acuerdo, aguanta, Gardin. Te sacaré de ahí. Tal vez se lleve algún tiempo; pero lo conseguiré.

—No puedes. No lo intentes. Es...

—No voy a decirte cómo, porque podríamos ser descubiertos. Ni exactamente cuándo, aunque lo supiera. Pero aguanta por todos los medios y te sacaré de ésta.

Crag cerró de un golpe la cajita de maquillaje de Bea y se levantó rápidamente.

—Vamos, salgamos de aquí cuanto antes, no vaya a ser que la policía haya detectado la onda y pretenda echarnos el guante.

En el exterior había un taxi helicóptero y empujó a Bea en su interior, penetrando seguidamente y dio al conductor la dirección de otro bar. Bea le agarró nerviosamente por el brazo.

—Crag, por favor, es un suicidio. *No podrás...*

Crag se deshizo de la garra de la mujer.

—Podemos, si se mantiene un par de días. Puede ser que en menos, si conseguimos cierta ayuda necesaria. ¿Tiene Gardin otros amigos en quienes poder confiar absolutamente?

—Uno, Crag; su amigo Hauser. Pero... la policía está buscándole ya. Está escondido y por eso no he podido encontrarle. Es un tipo duro, es...

—Está bien. Es el hombre que necesito, no tiene nada que perder. ¿Podrías localizarle?

—Creo que sí; pero...

—No discutas. Iremos al bar que he dicho al conductor. Nos tomaremos un trago rápidamente y nos separaremos. Mantente fuera del apartamento, puesto que allí es probablemente donde irán a buscarte. Encuentra a Hauser y vente con él a mi suite del Luxor. O será mejor, quizás... ¿estás en condiciones de seguir adelante con esto, Bea? Yo podría conseguirlo solo; pero se llevaría más tiempo.

Entraron al bar, donde Crag ordenó rápidamente unas copas y se volvió a Bea.

—¿Has cambiado de opinión? ¿O sigues decidida?

—Mi decisión está ya tomada. ¿Te vas derecho al Luxor?

—Tengo algunas cosas que comprar en primer término. ¿Qué tiempo te llevará de ver a Hauser?

—Por lo menos dos horas. A menos que no me arriesgue a telefonarle, pero me

temo que esto sea una mala solución.

—No le llames por teléfono. Seguramente yo llegaré al hotel antes que vosotros. Buena suerte, Bea.

Acabaron sus bebidas y Crag salió primero. Se dirigió a una agencia de coches aéreos de alquiler y compró un Dragón de seis plazas que pagó en efectivo, con una buena bonificación para que fuese inmediatamente dispuesto en el techo del edificio de la agencia, repostado y en perfecto orden de vuelo. Pocos minutos más tarde aterrizaba en el techo del edificio del Luxor.

El empleado se apresuró a atenderle solícitamente. Crag le preguntó:

—¿Hay por aquí cerca alguna tienda que venda herramientas de trabajo?

—Sí, señor, a unos tres bloques al norte, en...

—¿Puede usted ir ahora mismo y comprarme tres palas que pondrá inmediatamente en el aerocar?

—Ahora mismo, señor, espero que no me lleve demasiado tiempo. Quizás sería mejor que fuese alguno de los botones, porque...

Crag le alargó un billete de cien dólares.

—No quiero perder tiempo. Envíeme a un botones inmediatamente. Que sean palas grandes para arena. Y pueden partirse la vuelta entre los dos. Y quiero además que el aerocar no quede bloqueado con ningún otro. Estése de guardia mientras voy a tomar algunas cosas de mi habitación y vuelvo inmediatamente.

—Sí, señor. —Puesto que el encargo de las tres palas apenas si costaría unos diez dólares, era una muy generosa propina los noventa dólares restantes para proporcionar un rápido y eficiente servicio a aquel excéntrico cliente del Luxor.

Crag tomó el elevador y descendió hasta su suite. Llamó a la recepción.

—Vendrán dos personas a visitarme. Déjelas venir sin la menor demora en el momento que lleguen.

—Sí, señor. ¿Sus nombres?

—No importan los nombres que den. Deje venir a quienes pregunten por mí.

De prisa puso en una maleta algunas pequeñas cosas indispensables. Al diablo con el resto del guardarropa, no iría a necesitarlo a donde pensaba ir.

Tomó un destornillador y destapó la chapa de uno de los cajetines de la luz fluorescente, uno de los cuatro escondites en donde había depositado cien mil dólares.

El dinero no estaba allí. Crag soltó un juramento y estaba comenzando a intentar abrir el segundo escondrijo cuando sonó el zumbador y acudió a la llamada.

Bea apareció en el umbral con otras dos personas. Un hombre de pequeña estatura de ojos astutos y vivos y calvo; pero de aspecto duro, y una mujer pequeña también y morena, con aspecto de gitana; muy bella, excepto por los ojos, que más bien parecían los de un conejo.

Crag les invitó a pasar con un gesto impaciente y cerró bien la puerta tras ellos.

—Crag, aquí te presento a Hauser. Dice que nos ayudará a liberar a Gardin; pero

su mujer quiere acompañarnos a toda costa, especialmente si es que pensamos dirigirnos a cualquier parte después.

Crag aprobó silenciosamente.

—De acuerdo, amigos. Vayan al bar y sírvanse un trago a su gusto. Ya estamos casi listos para salir; aún me queda una cosa por hacer.

Tampoco encontró el dinero en el segundo cajetín. Ni en el tercero ni en el cuarto. Se dirigió al bar.

—Un trabajo para usted —dijo—. Deje la bebida. Tengo dinero, muchísimo dinero, escondido en cuatro diferentes lugares de esta suite. Ha desaparecido de cuatro sitios al mismo tiempo. Eso significa que alguien me ha estado vigilando mientras lo escondía. No es problema de que alguien haya venido a buscarlos; ni un escuadrón de policía lo hubiera conseguido en semanas. Esto quiere decir que aquí hay algún punto secreto de observación en la suite, en algún panel de los que la componen. Ayúdenme a encontrarlo.

—Probablemente deben ser los espejos —sugirió Hauser—. Están empotrados en la pared y no colgando de los muros, como verá. Yo trabajé hace tiempo en un hotel de lujo y eso es una cosa usual con tal clase de espejos.

Crag estuvo de acuerdo, con un gesto. Había un espejo en la pared junto al lugar en que se hallaba precisamente, uno de pequeño tamaño.

Tomó la botella de *woji* y la estrelló contra el espejo; a través del agujero se veía un espacio y un pasadizo más allá. Pero aquel pasadizo resultaba demasiado pequeño para él. Tomó otra botella y se dirigió hacia el living en busca de otro espejo mayor. Lo encontró y volvió a destrozarlo.

Hauser se hallaba tras él.

—¿Quiere recobrar su dinero? ¿Necesita mi ayuda? Dispongo de un soplete.

Crag se introdujo por el agujero, en donde se hallaba anteriormente la luna del espejo.

—Éste es un asunto particular; ya me cuidaré de él. Procure que las mujeres se diviertan y estén distraídas. Creo que tenemos trabajo que hacer.

En el interior existía una encrucijada de pasadizos; cada habitación de su propia suite y las de todas las demás, tenían un punto de observación, por lo menos, sirviéndose de los espejos. Especialmente en los dormitorios. Y los pasadizos estaban utilizados; no se observaba ni una brizna de polvo en el suelo. Probablemente, además de su uso para propósitos criminales, tales pasadizos se alquilarían a personas especiales o a individuos aberrantes que quisieran gozar el placer de observar en secreto desde allí. Desde luego, los que hubieran observado a Crag, se habrían decepcionado profundamente.

No así en la suite adyacente. Al pasar por el dormitorio principal, no pudo evitar el lanzar una mirada al interior del gran lecho a través de un punto trucado del espejo. Allí se encontraban entonces las tres mujeres que le dieron la bienvenida, la morena, la rubia y la pelirroja. Y por cierto, bastante ocupadas.

Fue pasando por muchos espejos y por un gran número de suites, hasta hallar pasillos que iban a una escalera que conducía a niveles inferiores del edificio. Y por lo que pudo ir viendo aquí y allá, decidió que la clientela del Luxor le gustaba menos que la gerencia. Pero Crag no estaba ocupado entonces en cuestiones de moralidad, sino en conseguir recuperar su dinero. Y había llegado a la conclusión de que la dirección del hotel tenía mucho que ver en la cuestión. Recordó claramente la mirada que se escapó de los ojillos de Carleton, tras sus ridículas gafas de pinza, cuando sacó el enorme fajo de billetes a la vista, para entregarle un anticipo por la suite. Probablemente, el gerente había situado desde aquel momento un botones del establecimiento en el lugar de espionaje, hasta esperar tranquilamente y ver el sitio en que ocultaba el dinero. El botones pudo haber tomado parte en el robo, por supuesto; pero se habría considerado feliz si la gerencia le hubiera dado como recompensa un simple millar de dólares de los cuatrocientos mil escondidos, y robados.

No siguió investigando lo que sucedía en los demás pisos; aquello le hubiera llevado demasiado tiempo. Siguió descendiendo la escalera interior hasta que comprobó que se hallaba en la planta baja. Y allí siguió buscando hasta encontrar un panel transparente; pero visible desde el interior, aunque cerrado por fuera. Aquello tendría que dar o bien a la oficina privada o a las habitaciones personales del gerente. Con el mayor cuidado se las arregló para no hacer ningún ruido con el tirador de la puerta para abrirla silenciosamente.

La puerta daba a la oficina del director, pudiendo ver a Carleton de espaldas a sólo una yarda de distancia. Estaba sentado sobre una mesa lujosamente decorada, huroneando con un enorme montón de papeles.

Crag entró cerrando tras él el panel. Alargó la mano derecha y la pasó por el cuello de Carleton de forma que pudiera retenerle sin que pudiera proferir el menor grito ni tener la oportunidad de apretar ningún botón de llamada, mientras agitaba frenéticamente las manos en demanda de auxilio.

Con la mayor calma, Crag le dijo:

—Si no te lo supones ya o reconoces mi voz, te lo dirá el propietario de los cuatrocientos mil dólares desaparecidos. ¿Dónde están?

Relajó un poco la presión asfixiante que ejercía en el cuello de Carleton para permitirle hablar entrecortadamente y en susurros. Un temblor convulsivo agitó el cuerpo de Carleton, presa del mayor terror y apuntó hacia una puerta de metal con una combinación instalada directamente frente a la oficina. Crag aflojó aún más la presa, hasta que Carleton pudo decir:

—Gire a la izquierda 4; después, 6, 1 y 8.

Crag lo sacó de la silla arrastrando y lo tumbó a sus pies.

—Vamos. Vendrás conmigo a abrir esa caja. Si hay un circuito de alarma y viene alguien a ayudarte, morirás al segundo siguiente.

Le arrastró a la fuerza hasta situarlo frente a la caja de seguridad mientras le sostenía con la mano izquierda.

—¡No lo haga! —rugió Carleton, mientras Crag apretó más la garganta del gerente.

—¿Una trampa, eh?

—Sí, es una trampa engañabobos. Moriremos los dos si permanecemos aquí de pie. Déjeme abrirla.

Crag se lo permitió. Además de cajas y sacos con valores había diversas cajitas con dinero en el interior del cofre de seguridad.

—¿Cuál? —preguntó Crag.

El gerente apuntó con una mano temblorosa a una de ellas.

—Esa de ahí, es mía. Las demás, son del dinero del hotel.

Crag le apretó más el cuello.

—¡Vamos, cógelas! Llévalas a la mesa y ábrelas allí.

Esperó hasta que fue abierta la segunda caja y el contenido vaciado. Después, con cierta suavidad, golpeó la cabeza de Carleton con su mano metálica.

Le hubiera gustado golpearle más fuerte; pero no era preciso matarlo por aquello, pues habría resultado del todo innecesario. Dejó caer a Carleton en su sillón, le desgarró parte de sus ropas y con ellas le amarró convenientemente al sillón.

Tomó los billetes mayores de ambas cajas, que no se preocupó de contar, ya que obviamente había mayor cantidad de los cuatrocientos mil dólares que le habían sido robados. Se volvió nuevamente a través del panel, cerrando interiormente y mirando cuidadosamente tras él y emprendió el camino por la escalera, saltándolas de tres en tres.

Las tres personas que había dejado en su suite, Bea, Pert y Hauser le estaban esperando aparecer por el agujero producido en el gran espejo roto.

—¡Vamos! —ordenó con urgencia—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Los demás no discutieron. Salieron rápidamente y tomando el elevador llegaron inmediatamente al tejado del Luxor.

—¿Las palas? —preguntó al ayudante de servicio.

—Están en el aerocar, señor. Y...

—Gracias, ya veo que están ahí. —Y corrió hacia el aparato, con los tres tras sus pasos. Se introdujeron todos y rápidamente despegó.

—¿Qué has querido decir cuando has preguntado por las palas? —preguntó Bea. Crag se dio cuenta de que Bea se había traído una botella abierta; se la tomó de las manos y la arrojó al espacio por la ventanilla del aerocar—. Nada de beber mientras vayamos a los que tenemos que hacer. Tenemos que trabajar de firme... si queréis que Gardin salga fuera de la ratonera en que está aprisionado.

—¡Pero...! ¡Con palas! ¡No pensarás en cavar los cimientos de un edificio de veinte pisos!

Crag no respondió. Procuró ir sacando la máxima velocidad al aparato, dirigiéndose hacia el sur de la ciudad. No volvió a hablar más, ni incluso para responder a preguntas que le hicieron durante el viaje, hasta transcurrida una hora.

Después se dirigió a Bea.

—Ponte al habla con Gardin con ese chisme de radio que tienes en el bolso. Dile que podremos hacerlo dentro de pocas horas, si puede aguantar hasta entonces.

—¡Pero... Nos estamos alejando de Marte City! ¿Cómo podremos...?

—No importa. Haz lo que te he dicho.

Bea sacó la cajita del bolso, manipuló en ella y escuchó.

—Dice que está bien y que aguantará. Pero no comprende de la forma en que podremos sacarle de allí. Ahora parece que hay al menos doscientos policías y seis helicópteros sobre el edificio. Pueden dispararle en cualquier momento y con cualquier arma, y...

—Dile que no se preocupe, sino que se mantenga donde está.

Bea habló brevemente y después cerró la cajita. Se volvió encarándose con Crag.

—De acuerdo. Ya se lo dije. Pero ¿por qué no nos dices qué es lo que piensas hacer? Todos estamos metidos en esto.

—Está bien —repuso Crag al fin—. Tengo una espacionave escondida en el desierto. Vamos en su busca. Le rescataremos con ella. Puedo ponerla de forma que sólo tenga que saltar desde la ventana en que se encuentra.

—¡Dios mío! —exclamó Bea—. ¡Una *espacionave* cayendo sobre Marte City! Esto es... —repentinamente se puso a reír—. Comenzaba a decir que era algo ilegal; pero... —Bea vaciló un instante—. Sí, Crag, eso puede dar resultado. Pero ¿por qué no decírselo a Gardin? Se sentiría mejor si supiera que vas a intentar algo que tiene una oportunidad de tener éxito...

—No es conveniente. La policía puede haber localizado la onda de tu aparato y estar buscándola. Entonces nos veríamos perseguidos y el éxito de la empresa quedaría comprometido. Ninguno de esos helicópteros puede nada contra mi espacionave, ni ninguno de los que están en el asedio, tanto fuera como en el interior del edificio. Pero si lo supieran por adelantado, podrían tener otra espacionave mucho mayor esperándonos. O algún cañón atómico dispuesto a saltarnos en añicos.

—¡Pero pueden conseguir una espacionave desde el Astropuerto!

—Sí, pero ya estaremos muy lejos de Marte para cuando eso pudiera suceder. Ahora, cállate. Necesito concentrarme en la conducción de este aerocar.

Dos horas más tarde, tomó contacto con el suelo arenoso del desierto de Nueva Libia. Apuntó a la luz incierta de las lunas de Marte y hacia una gran duna de arena.

—Ahí está la nave. Hauser, saque las palas que hay ahí detrás. Vamos, al trabajo.

—¿Palas? —En las palabras de Hauser se denotaba el horror—. Nos llevará meses el tener que descombrar semejante cantidad de arena.

—¿Por qué no vamos a buscar un bulldozer arenero?

—En esa forma lo enterré. Pero se llevaría muchas horas conseguirlo de nuevo. Además, no tenemos necesidad de desenterrarlo entero; todo lo que tenemos que hacer es abrir un hueco hasta la escotilla de entrada, que se halla situada en el centro. Una vez pueda entrar en la nave, puedo moverla con el dispositivo antigravitatorio y

la mayor parte de la arena que la cubre se deslizará por sí sola, pudiendo salir con ella.

Todos comenzaron a palear arena, según las instrucciones de Crag. Crag trabajaba como un condenado, haciendo que Hauser hiciera lo mismo. El pobre Hauser tuvo que descansar de la fatiga de tanto en tanto. Las dos mujeres se turnaban trabajando con la tercera pala. Crag no supo que vendrían dos personas con Bea, pues de haberlo sabido habría comprado cuatro herramientas en lugar de tres.

Hauser bufaba de fatiga.

—¡Dios mío!, Crag —protestó—. Esto se llevará horas enteras. ¿No has traído alguna comida? Estoy hambriento.

—Entonces cave con mayor rapidez —le recomendó Crag—. En la nave hay comida en abundancia. A propósito, Hauser, ¿sabe usted pilotar uno de estos aparatos?

Hauser se limpió el sudor de la frente y después sacudió la cabeza negativamente.

—Gardin sí que sabe. ¿Dónde iremos después con ella? ¿A Venus?

—Lo decidiremos cuando tengamos a Gardin con nosotros.

Incluso con las tres palas trabajando sin cesar, era un trabajo duro, pesado y de mucho más tiempo del que Crag había calculado. Llegó el amanecer por fin, cuando finalmente pudieron descubrir el portillo de entrada de la nave y pasar al interior. Bea había hablado con Gardin; pero Crag se lo prohibió, ya que el peligro de que la policía les localizara era demasiado grande.

Una vez en el interior de la nave, fue para Crag un duro trabajo, también más serio de lo que pudo haber previsto, el desembarazarse de la tumba de arena con el uso de los antigravs. Lentamente, la nave fue sacudiéndose de la montaña de arena que la envolvía por todas partes y se fue moviendo pulgada a pulgada, hasta verse finalmente libre, despegando en la aurora del nuevo día marciano.

La condujo sin demasiada velocidad hacia Marte City, dada la poca altura a que viajaba; por lo que el regreso le llevó casi una hora. En el regreso, Hauser y las dos mujeres comieron a sus anchas de la despensa de la nave; pero se abstuvieron de beber nada por la rígida prohibición impuesta por Crag, quien, por si acaso, se quedó con la llave de las bebidas. Nadie se tomaría ningún trago hasta haber concluido la faena.

Crag les llamó desde el panel de control y les despertó del pesado sueño en que habían caído tras la comida, a pocos minutos ya para llegar a Marte City.

Entonces le ordenó a Bea que se pusiera en contacto con Gardin por el diminuto transmisor, y que le advirtiera que estuviera dispuesto hacia la parte central de la cara norte del edificio.

La operación se produjo con una precisión de reloj. Debido a la enorme habilidad de Crag en el manejo de aquellas naves, colocó el aparato en la exacta posición y el rescate resultó tan fácil, tras la dura faena emprendida para desenterrarlo, que la cosa resultó casi una broma. Desde el suelo, desde las ventanas y los tejados de los

edificios circundantes, así como desde los helicópteros en vuelo permanente, la policía hizo un fuego rabioso con todas las armas disponibles. Pero los disparos, que podían haber fundido a un aerocar en cosa de minutos, apenas si recalentaron el sólido casco de la estructura exterior de la nave del espacio. Y en el instante en que Gardin estuvo dentro y la escotilla cerrada a presión, Crag salió como una centella hacia el cielo, dispuso la ruta conveniente y puso en marcha el piloto automático.

—Bien, ya estamos seguros —dijo—. Pondrán otras naves en nuestra persecución dentro de algunos minutos; pero no nos echarán el guante.

—¿Estás seguro?

—Sí. No podremos contestar al fuego que nos hagan, porque esta nave no tiene armamento; pero precisamente por eso es mucho más rápida que cualquiera de su tipo.

—Bien ¿y a dónde vamos? —preguntó Gardin—. Tendrán que rastrear nuestra ruta, no podremos aterrizar en Marte sin que lo sepan. ¿En Venus, tal vez?

—En Cragon.

—¡Cragon! Nadie puede aterrizar en Cragon. Ni aún disponiendo de toda la Flota de Marte.

Crag le hizo un guiño alegre.

—Amiguito, por esa razón estaremos allí en completa seguridad.

XII

Se produjo una discusión, a pesar de haberlo explicado convenientemente todo. Pero todos ellos, especialmente las dos mujeres, al principio creyeron que ir a Venus sería la mejor idea.

Ir a un planeta nuevo, primitivo, argumentaban, no era la civilización. En Venus todos vivirían como ricos. Gardin se había llevado con él un saco entero de joyas fabulosas al ser rescatado; había tenido todo el tiempo a su disposición para hacerlo, mientras estuvo asediado por la policía. Su valor era incalculable; pero podía estimarse como muy bajo en más de un millón de dólares, incluso vendidas las joyas a bajo precio. Gardin insistía en partir con los demás el valor, por deberles la vida y el rescate.

Era cierto que resultaba peligroso también tomar tierra en Venus; deberían, en todo caso, tomar contacto en algún lugar remoto del planeta y esconder la nave, al igual que Crag había hecho en los desiertos de Marte. Pero una vez en cualquiera de sus ciudades y cobrado en efectivo el importe de las joyas, podrían considerarse a salvo y en seguridad. Incluso si eran identificados, eran lo suficientemente ricos para adquirir la inmunidad de la extradición valiéndose del dinero, quedándoles todavía una gran fortuna.

—¿Para qué servirán las joyas en Cragon? —deseó saber Bea.

—Puedes ponértelas —le repuso Crag—. Serás así la mujer mejor enjoyada de todo el planeta.

Crag fue venciendo poco a poco. El primero en estar de acuerdo con él fue Gardin, después Hauser y finalmente las mujeres asintieron igualmente.

Dos días más tarde se hallaban en las cercanías de Cragon. Crag tomó los controles. Sus compañeros se lo rogaron, recordando lo sucedido a los que antes quisieron aproximarse al extraño planeta y a su atmósfera. Crag fue descendiendo lentamente, dispuesto a salir nuevamente hacia atrás en cuanto apareciese la menor señal de fatiga en la respiración. Pero nadie la tuvo y así llegó hasta tomar contacto con el fantástico nuevo mundo de una forma perfecta y suave.

En el momento de hacerlo, una voz sonó en el interior de su mente: «Bienvenido, Crag».

Éste, repuso mentalmente, y no en voz alta. Miró rápidamente a sus tres compañeros de aventuras para ver si alguien más hubiese recibido semejante telepático; pero ninguno lo había recibido.

Crag abrió la escotilla, sin molestarse en las comprobaciones de la atmósfera. Sabía que sería lo más parecida a la de la Tierra y, en efecto, lo era. Era algo nítido, limpio y fresco, que hacía respirar y henchir los pulmones de un aire de delicia, sin el menor esfuerzo. Los demás se le aproximaron.

—Bien, ya estamos aquí —dijo Gardin—. ¿Y ahora, qué?

—Echaremos un trago —sugirió Bea—. Beberemos muchos tragos para

celebrarlo.

Crag vaciló; pero a poco tendió a Bea la llave de la despensa de los licores.

—De acuerdo —dijo—. Sacadlas y lo celebraremos.

Bea se introdujo en el interior de la nave y volvió a salir rápidamente con una botella de *woji* abierta. Parecía disgustada.

—Buen asunto, con la provisión de botellas —dijo—. ¿Qué iremos a hacer cuanto esto se termine? Sólo quedan dos botellas por cabeza.

—Lo haremos sin eso —repuso Crag—. Ya nos las arreglaremos para hacer un buen mosto con las uvas silvestres.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Bea—. Si lo sabías cuando salimos de Marte ¿por qué no trajimos una buena provisión? Tras haber rescatado a Gardin, pudimos haber adquirido cuanto nos hubiera apetecido en cualquier estación de repostado... bien; al menos, habernos traído licor en cantidad para haber tirado una temporada.

Crag se encogió de hombros. De todas formas, pese a cuanto hubieran podido llevar en la nave, no sería para años enteros, para toda una vida; por tanto, cuanto más pronto comenzaran a desenvolverse por sus propios medios, tanto mejor. De la botella que le acercaron, apenas si tomó un pequeño sorbo. Estaba mucho más interesado por el momento en mirar a su alrededor en aquel nuevo mundo. Tomó de nuevo la nave y la llevó suavemente cerca de una corriente de agua tranquila, límpida y sinuosa de sus proximidades. No tenía la menor duda de que fuese perfectamente potable y fresca. Una falda cubierta de verdor, bajaba suavemente hasta el riachuelo. Más allá del río, había un bosque tupido, con muchos de los árboles de aspecto familiar y otros, totalmente desconocidos. Pero tampoco tuvo la menor duda de que deberían encontrar cosas comestibles, buenas cosas. Todo cuanto necesitaran. ¿Carne? Como si alguien se hubiera preocupado de responder a su pregunta, aunque sabía que aquella mente amiga y extraña no quería invadir sus pensamientos, oyó a cierta distancia el grito de algún extraño animal. Y en la corriente, un magnífico pez dio un salto sobre las aguas. Sí, allí había de todo cuanto pudieran necesitar. Probablemente, también habría sus peligros. Era casi seguro que existirían fieras cazadoras, así como muchas especies para ser cazadas. Así era mucho mejor. Nada de lo que es fácil produce alegría; la lección se la había aprendido Crag muy bien en su experiencia de la vida, y especialmente en el Luxor.

Otra botella llegó a sus manos y Crag comprobó que era una nueva. De nuevo tomó un sorbo y pronto la pasó a otra mano. Después se dirigió a Bea.

—Dame la llave. Por hoy hay bastante. Tenemos que trabajar.

—¿Trabajar? ¿Ya? Acabamos de llegar, hijo. ¿Quieres decir que no vamos a celebrarlo en debida forma?

Crag vaciló y después se encogió de hombros. ¿Por qué no? Habían aterrizado en la parte iluminada, aunque próximo a la zona del crepúsculo; pronto llegaría la noche. Mejor sería continuar la pequeña fiesta. Mañana sería otro día para comenzar a planear los trabajos preliminares de su adaptación a aquel nuevo mundo. Además, los

cinco eran buenos bebedores, que pronto darían cuenta de todas las botellas almacenadas en la nave. ¿Por qué no bebérselas todas? Así pronto se las quitarían de encima. Cuanto antes, mejor.

—De acuerdo —convino Crag—. Haremos nuestra pequeña fiesta. Pero primero vayamos a recoger una buena provisión de leña para el fuego. En la nave estamos demasiado apiñados; ya hemos tenido bastante.

—Pero ¿por qué encender una hoguera? —quiso saber Hauser—. No hace frío.

—Lo hará, probablemente cuando caiga la noche y entonces será demasiado tarde para buscar la leña. Además... —y Crag señaló hacia el bosque a través del riachuelo—, no sabemos nada de lo que pueda surgir de esa selva al anochecer. Si surge algo, mejor será que estemos en condiciones de verlo.

—¿Qué te hace pensar que puede haber algún peligro de noche, Crag? Según tú mismo, este... bien, este extraño ser hizo este mundo para complacerte. ¿Por qué tendría que poner nada que pudiera hacerte daño?

—Porque él me conoce bien y lo hizo en esa forma, justamente para complacerme. Nada de un mundo donde todo sean corderos sin ningún león. ¿No te gustaría a ti en igual forma, Gardin?

Gardin hizo una mueca.

—Tal vez, no; pero tampoco me gusta que todo sea agua sin ningún *woji*. Bien, no creo que tengamos que preocuparnos demasiado. A lo mejor hay por aquí cerca algún chorrito de líquido que tenga *woji*. Está bien, camaradas, vayamos en busca de la leña.

Encontraron con facilidad buenos brazados de palos para la hoguera. Crag dejó a Hauser de guardia con una pistola de rayos caloríferos en la mano, bien alerta, montando vigilancia mientras que los demás se dedicaban a la faena de proveerse de combustible vegetal. Pasada una hora, casi a punto de ponerse el sol ya habían recogido la suficiente leña como para sostener una hoguera de regular tamaño toda la noche al aire libre.

Transcurrida otra hora, tuvieron que admitir que la precaución no había sido en vano; en caso contrario, sin el calor del fuego habrían pasado frío, y se tendrían que haber visto forzados a volver a los estrechos límites de la nave. Bebieron un poco y después trajeron alimentos del J-14, comenzando entre comida y copas, la pequeña fiesta proyectada para celebrar su llegada a aquel maravilloso nuevo mundo. Acabaron bebiendo en fuerte.

Todos, menos Crag. Durante un rato bebió al par de los demás; pero después fue aflojando. Se dijo a sí mismo que era preciso que uno entre ellos debería permanecer sobrio para estar seguro de que el fuego continuara encendido toda la noche, y para guardar a los demás. Pero también estaba el hecho de que cada vez deseaba menos beber, cosa que nunca le había ocurrido. En realidad, nunca le había gustado el sabor de los licores; bebía por sus efectos, por evasión. Pero allí...

A medianoche —Cragon tenía un período de rotación de noche y día casi

exactamente igual al de la Tierra—, todo el licor había terminado y los demás estaban completamente borrachos. El frío había apretado y Crag tuvo que echárselos a la espalda uno a uno y acostarlos en los estrechos límites de las pequeñas cabinas del J-14.

Después, volvió a salir al aire libre, avivó la fogata y permaneció despierto. Y solo. No se atrevía a dormirse y no lo hizo. Pudo haberse quedado, desde luego, en la seguridad del interior de la nave con las escotillas cerradas, pero no deseaba en absoluto confinarse al interior de la nave, aparte de que podía permanecer despierto días enteros, como de hecho ya lo había experimentado muchas veces.

Por la mañana, tras la salida del sol más bella que jamás contemplaron sus ojos, se hallaba un poco cansado. Pero estaba en mejores condiciones que los otros cuando salieron de la nave y llegaron a su encuentro. Gardin admitió que tenía una mala resaca en el estómago; los otros no lo expresaron; pero tenían la apariencia de sufrirla.

Aparecían de mal humor tras el desayuno.

—Bien, *jefe* —preguntó Bea—. ¿Qué órdenes tienes hoy para nosotros? ¿O tenemos que votar? ¿Ésta es una democracia o será una dictadura contigo como amo absoluto?

—Votaremos, si queréis —repuso Crag condescendiente—. Pero se vote o no, hay ciertas cosas que tenemos que hacer todos. Necesitamos un lugar para vivir. La nave es demasiado pequeña y hay demasiado poco espacio para cinco personas que vivan dentro de ella. Ya resulta excesivamente pequeña para cuatro. Tenemos que comenzar por erigir pequeñas cabañas con adobes al principio; después, con más tiempo, podríamos construir habitaciones más completas y decentes.

—¿Qué son adobes? —quiso saber Hauser.

—Arcilla en forma de ladrillos, dejada a secar al sol. Si exploramos el río en ambas direcciones, creo que encontraremos alguna arcilla.

—¿Chozas de barro? ¿Es que vamos a vivir en *chozas de barro*? —preguntó Gert horrorizada.

Crag la miró.

—Si tienes algunas ideas mejores, fuera de que cinco personas puedan vivir dentro de esa nave, veamos cuáles son. No hay problema por la comida y los alimentos. Según calculo, en la nave queda lo suficiente para una semana, día más o menos; pero hemos de aprender a cazar y a pescar, y deberemos comenzar inmediatamente. Gardin, tú eres buen tirador ¿no es cierto?

Gardin aprobó con la cabeza.

—Entonces, ésa es mi sugerencia para hoy. Intenta cazar algo en ese bosque. Ve bien armado y no profundices mucho, no sabemos qué puede haber en la espesura. Aprenderemos a conocer los peligros que nos rodean gradualmente y no dejando que nos maten a uno de nosotros el primer día. Si quieres que vaya contigo, iré; pero...

—No necesitaré ayuda —repuso Gardin en seguida—. Pero ¿qué tienes pensado

para ti?

—Voy a explorar a lo largo del río en busca de arcilla. Estudié algo de geología y creo que podré reconocerla seguramente mejor que el resto de vosotros. Si encuentro ese depósito de arcilla, mejor. Si consigo encontrarlo, pero más lejos, de forma que resulte pesado transportar los ladrillos, nos cambiaremos de emplazamiento, y nos llevaremos allá la nave. Hauser ¿has pescado alguna vez?

—No.

—Bien, no es preciso haber tenido ningún entrenamiento especial para ello. Probablemente aquí sea algo distinto a la Tierra, de todas formas. Ve de encontrar algún alambre y haz ganchos y trata de descubrir qué carnada les gusta más a esos peces. O constrúyete una lanza y pruébala; el agua está clara y hay muchos sitios en que es fácil atraparlos. O... bien diablos, discurre la forma de pescar algo. ¿De acuerdo?

Hauser pareció estarlo, aunque no se sentía muy contento.

—¿Y nosotras? —preguntó Bea—. Supongo que habrás planeado el día para nosotras.

—Sugiero que reunáis leña para el fuego, como principio, cuanta más mejor. Después de eso, ya veremos. Si encuentro algún depósito de arcilla podréis ayudarme a la construcción de ladrillos. O si Gardin consigue alguna caza, podréis intentar despellejarla, si la piel es buena, y cocerla y guisarla. O también podréis hacer algo para ayudar a Hauser. —Y Crag hizo una mueca de humor—. No preocuparse, habrá mucho que hacer para todos.

—No me estoy preocupando —argumentó Bea—. No es por eso. —Y se quedó mirando fijamente.

—No soy aquí ningún amo —repuso Crag, leyendo en el pensamiento de la mujer—. Eso no ha sido ninguna orden; pero hay cosas que tienen que hacerse si pensamos en sobrevivir aquí. ¿Hay alguien que tenga otra opinión mejor?

—Sí —dijo Gert—. Éste es un lugar de infierno para habernos traído. Tendríamos que habernos marchado a Venus.

—Tal vez debiéramos haberlo hecho —dijo también Gardin—. Pero ahora es demasiado tarde. No hay suficiente combustible en la nave para volver a Marte. Hicimos nuestra elección cuando salimos de Marte, y podéis reprochar a Crag, si queréis, por habernos traído aquí: pero eso no cambiará las cosas. Sigamos adelante.

Y así lo hicieron. Crag tuvo suerte; encontró una arcilla excelente sólo a cincuenta yardas río arriba. Hizo unos cuantos ladrillos y los puso a secar al sol para comprobar el tiempo que tardarían en secarse, volviendo después. Bea y Gert habían reunido alguna leña y estaban de mal humor observando —no ayudando— a Hauser, como pescaba un barbo enganchado en lo que se parecía bastante a un anzuelo.

Crag les habló sobre la arcilla y sugirió que fueran con él a seguir haciendo más ladrillos. Pero Bea le miró desafiante.

—Ya hemos hablado sobre eso, Crag. Nosotras no queremos otras habitaciones

diferentes, Crag; nada de chozas de barro, de ningún modo. Deseamos seguir durmiendo en la nave. Tú eres el único que desees una casa particular, así ¿por qué tendríamos que ayudarte?

Crag dejó escapar un suspiro; pero decidió no discutir. Si las mujeres se colocaban en una situación recalcitrante, era cosa de sus respectivos maridos el llamarlas al orden, y él no debería mezclarse en sus problemas domésticos. Más pronto o más tarde, ya se cansarían de los estrechos recintos de la nave y cambiarían de opinión. Y cuando el suministro de alimentos se terminara, las mujeres comprenderían que sería mucha mejor ayudar en los quehaceres de la nueva situación.

Se volvió al depósito de arcilla y continuó fabricando ladrillos.

Hauser no volvió a pescar nada más durante el día. Gardin volvió del bosque con un animal parecido a un conejo. Parecía decepcionado.

—Vi diversos animales igual a éste; pero desperdicié la mayor parte de los tiros. ¡Santo Dios, qué rápidos son estos animalejos!

Dijo que había visto un animal mucho más grande; pero a gran distancia como para apreciar de qué tipo era y que le resultó imposible aproximarse para haber intentado un disparo.

—Supongo que soy mejor cazador de ciudad que de campo —admitió—. Puedo seguir a un hombre en la ciudad durante días sin perderle la pista; pero con los animales silvestres... en fin, creo que esto no es mi especialidad. ¿Qué habéis hecho el resto de vosotros?

Sólo le contestaron las miradas de Hauser y de las dos mujeres.

Crag sacudió la cabeza lentamente.

—Gardin, creo que cometí un error. Si no os gusta estar aquí, si comprendéis que ésta no es vida para vosotros, es algo que imaginé equivocadamente. ¿Queréis todavía marcharos a Venus y tomar allí alguna oportunidad?

—¿Quererlo? Crag, tal vez yo pudiera obligar a Bea a quedarse, si puede soportarlo; pero sólo tengo que mirarla para ver su respuesta. Sí, deseamos ir a Venus. Cambiaría gustosamente un millón de dólares que tengo en joyas por el suficiente combustible que nos llevara a Venus.

—Puedes guardarte esas joyas —repuso Crag—. El tanque no está casi vacío como te crees; hay lo suficiente para llegar a Venus. Hice un pequeño truco en el calibrador en ruta hacia aquí, una vez mientras todos estabais durmiendo. Quería dar a todos vosotros una oportunidad en Cragon, y deseaba que nos hubiéramos quedado aquí, *pensando* que sería por vuestro bien. Tomad la nave y marchaos cuando gustéis.

Las mujeres se habían incorporado súbitamente. Hauser no salía de su asombro. Crag afirmó nuevamente con la cabeza.

—Llevaos la nave. Sólo desembarcad los suministros que no vayáis a necesitar en el viaje, así como las herramientas y utensilios y todas las armas y municiones que puedan hacerme falta, quedándoos con un arma individual por cabeza. Además,

podéis llevaros esto. —Y alargó a Gardin un enorme fajo de billetes, el dinero que había extraído de las dos cajas de la caja de seguridad del Luxor.

—¿Qué es esto? —preguntó Gardin, tomándolo.

—Nunca lo conté —repuso Crag—. Pero tiene que haber sobre medio millón de dólares... de papel mojado e inútil. Aquí es un papel mojado; así es mejor que os lo llevéis. Y ahora, marchaos cuanto antes.

Gardin pareció algo embrollado y confuso, casi sintiendo repugnancia de dejar allí a Crag; pero los otros se dieron prisa, probablemente pensando que Crag no pudiese cambiar de opinión.

Una hora más tarde, de pie junto a una lona que cubría una pila de suministros, que representaba todo lo que la nave podía dejarle en Cragon, observó cómo partían para Venus.

Sintió un cierto vacío en su interior; pero sin que significara la alegría o la desgracia. Aquello se había producido, porque tenía que producirse así.

Aquel era su mundo y allí se quedaría hasta que muriera o le mataran. Estaría solitario, con seguridad; pero ya estaba acostumbrado a sentirse y estar solo. Y aquello, de todos modos, era infinitamente mejor que las ciénagas de corrupción que la Tierra, Marte y Venus habían llegado a ser. Era, y sería *su* mundo. Durante el tiempo que el ente extraño creador de aquel planeta había estado en la mente de Crag, aprendió lo suficiente como para construirlo de forma que encajase perfectamente a la mentalidad de Crag.

Se estaba oscureciendo mientras observaba la lucecita de la nave desaparecer para siempre, seguramente, en el cielo; demasiado tarde ya para seguir construyendo más ladrillos. Era casi la hora de encender el fuego. Se dirigió hacia el montón de leña que las mujeres habían reunido.

Pero apenas si había dado dos pasos, cuando la voz del ser creador de su mundo, habló en su mente.

»—Hiciste bien, Crag. Como tú mismo, ellos fueron rebeldes contra una mala sociedad. Pero la rebelión les ha hecho decadentes, más bien que formarles un carácter. Lo supe cuando contacté sus mentes y sabía que no podrían quedarse.

»—Tuve que haberlo imaginado por mí mismo —dijo Crag, en respuesta—. Excepto Gardin... pensé que podría conseguirlo.

»—Estuvo muy cerca de hacerlo. Lo podría haber hecho, de no estar debilitado al tener la esposa que no le corresponde.»

Crag se puso a reír.

»—¿Es que hay en alguna parte del Universo una esposa *de verdad*?

»—Tu subconsciente sabe ahora que sí existe, Crag. Una, y únicamente una para ti.»

Crag sintió rabia en su interior.

»—Entonces te atreviste a...

»—No olvides, Crag, lo que ocurrió cuando te volví a la vida, tras haber muerto

en el asteroide, antes de que yo supiera que te resentías de que invadiese privadamente tus pensamientos. Te dije que nunca entraría en tu mente de nuevo y no lo he hecho. Yo pude poner mi voz en tu interior; pero lo que he recibido de tu mente es sólo lo que has hablado en voz alta o lo que deliberadamente has proyectado hacia mí como un pensamiento. Ésa es la forma en que he ido sabiendo de ti; pero ahora creo que todo ha cambiado.»

Crag no repuso y la voz continuó:

»—¿Recuerdas lo que le ocurrió a Judeth, Crag? El desintegrador, sí. Pero antes de que ocurriera, yo había estudiado su mente y su cuerpo; ella era la primera de los tres que estudié cuando estabais en el asteroide. La estudié y procuré no olvidar la situación de cada molécula y de cada átomo de su estructura orgánica. Y esos átomos, tras la desintegración de su cuerpo, continuaban allí todavía. No fue difícil segregarlos y preservarlos en seguridad aparte.

»—¿Para qué? —preguntó Crag—. ¡Ella está muerta!

»—Tú también lo estabas, Crag. ¿Qué es la muerte? Deberías saberlo ya por ti mismo. Pero la salvé a ella, pensando en ti. Hasta que estuvieras dispuesto, hasta que vinieras a mí, como yo sabía que un día u otro lo harías. Fue cosa relativamente fácil restaurar la vida en tu cuerpo y relativamente difícil reemplazar los átomos y moléculas de...

»—¿Pudiste hacerlo? ¿Estás seguro?

»—Pues claro que sí. Ahora, ella está en camino hacia ti; no tienes más que volverte para verla.»

Crag se volvió. Y comenzó a temblar, incapaz por el momento de pensar ni de hacer un solo movimiento.

»—No tienes necesidad de explicarle nada, Crag. Puse en su mente todo el conocimiento necesario de todas las cosas que han sucedido. Y puedo decirte que no solamente está en condiciones de... Es mejor que me retire ahora de tus pensamientos; de los de ambos. Será mejor que tú le digas lo que sientes...»

Pero Judeth ya estaba en sus brazos y Crag dejó de pensar, ni de oír ningún otro pensamiento en el interior de su mente...